

Bitácora de la intimidad

Palabras del aislamiento



Massei | Gasparri | Nahón | Musa | Fabbri | Bier | Santi Kremer | Noya | Molina
Negri | Ascúa | Bilsky | Ducler | Balestra | Caferra | Estepario | Mascardi | De Bernardi
Romero | Pron | Ielpi | Boasso | Gatto | DeMichele | Alemandi | Núñez | González | Rossi | Robins
Bargeri | Vignoli | Torres | Belfiori | Bigliardi | Arpesella | Fritschi | Campero | Travesani | Dezorzi

Foto de Viginia Molinari “Kit de supervivencia”
de la Serie *Me cuidan mis amigas*

Bitácora de la intimidad : palabras del aislamiento / Natalia Massei ... [et al.] ;
compilado por Virginia Giacosa ; Lila Siegrist ; fotografías de Virginia Molinari.- 1a ed compendiada. -
Rosario : Lila Siegrist, 2020.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-27972-3-2

1. Ensayo Literario Argentino. 2. Poesía. 3. Narrativa. I. Massei, Natalia. II. Giacosa, Virginia, comp. III
Siegrist, Lila, comp. IV. Molinari, Virginia, fot.
Diseño y diagramación: Maxi Falcone.
Comité Editorial: Lila Siegrist; Virginia Giacosa; Pablo Makovsky;
CDD A864

Narrativas del virus	7
Así es como somos realmente Por Patricio Pron	8
Recobrar el pudor Por Beatriz Vignoli	10
Trepen a los techos Por Roberto Caferra	12
Actividad cancelada Por Virginia Ducler	15
Deriva interior Por Natalia Massei	19
El axioma subvertido Por Juan Mascardi	22
El arte de dormir en camas ajenas Por Ivana Romero	24
Diario de un monotributista Por Pablo Bigliardi	27
Nadie es una isla Por Laura Rossi	30
Interrupción y goce Por Cecilia De Michele	32
CASETES MINI dv TIRADOS EN EL PISO Por Sebastián Bier	34

Ahora que la ciudad es una red de categorías entrelazadas Por Victoria Noya	36
Aislamiento Por Ricardo Robins	38
El ansia Por Maricel Bargerí	42
Todo lo demás es afuera Por Javier Núñez	43
Johnny Por Agustín González	46
Contrapunto Por Carolina Musa	49
Las dos noches Por Ángeles Ascúa	52
Encierro Por Daiana Travesani	54
Misterios Por Melina Torres	56
Pensándolo bien Por Silvina Dezorzi	58
Al ensayo de una intimidad colectiva Por Dahiana Belfiori	60
¡Viva Karamazov! Por Eugenia Arpesella	63

Ensayos en aislamiento 66

El anonimato del voyeur 67
Por Wachi Molina

Algunas posibilidades que la pandemia propicia y que podríamos aprovechar. Parte I 74
Por Ezequiel Gatto

En la búsqueda del conejo (de chocolate) 78
Por Paola Santi Kremer

Tecnologías inciertas 81
Por Javier Gasparri

La vida abstracta 85
Por Marcela Alemandi

Pie de página 87
Por Ernestina Fabbri

Métricas en intimidad 89

La fiambrería de la cuarentena: de cómo los fantasmas de los antepasados, todos nuestros muertos, nos visitan durante el aislamiento 90
Por Pablo Bilsky

No sé 93
Por Coki de Bernardis

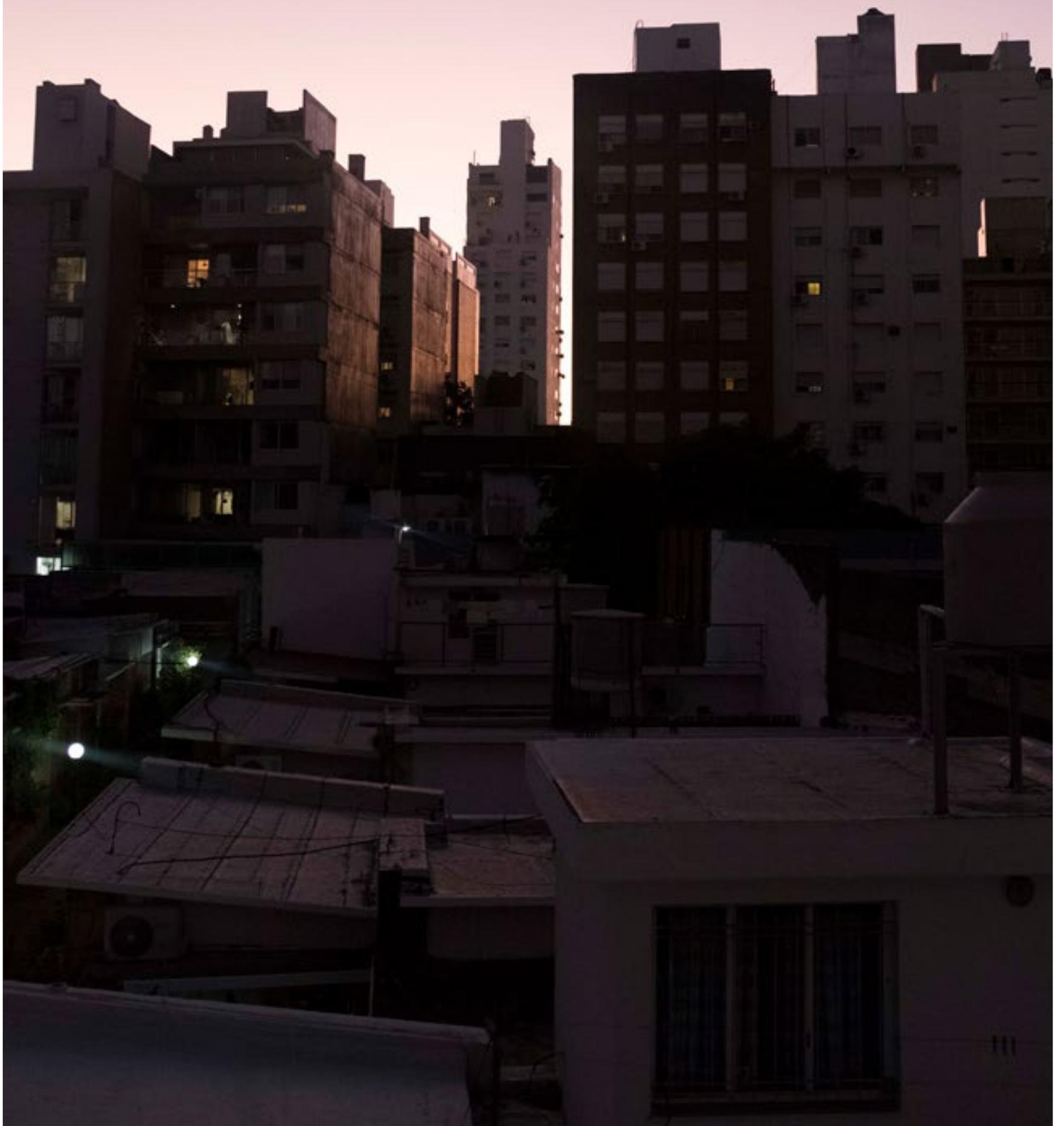
Y, sin embargo, se mueve 94
Por Flor Balestra

Lo que dije que iba a hacer y no hice en cuarentena 95
Por Federico Fritschi

Cardúmenes, cotinifolias y saquitos de mate cocido 96
Nacho Estepario

Poesía doméstica (selección 2020) Por Virginia Negri	98
¿Dormiste anoche? Por David Nahón	110
A veces, el amor Por Belén Campero	112
Las capas del habla Por Tomás Boasso	114
Tormenta sobre la costa Por Rafael Ielpi	121

Narrativas del virus



Así es como somos realmente

Por Patricio Pron

Nadie nunca nos dijo que los finales no importen. De hecho, no hay nada que importe más. Bob Dylan echó una mirada a su alrededor desde el asiento trasero de un coche de policía alguna vez y afirmó, al final de un filme no muy bueno: “Todo se desmorona, en especial ese régimen tan pulcro de reglas y leyes. Cómo vemos el mundo es cómo somos realmente: si lo ves desde un claro jardín todo se ve alegre, pero sube a una superficie más alta y verás pillaje y asesinato. La verdad y la belleza están en el ojo del que mira”.

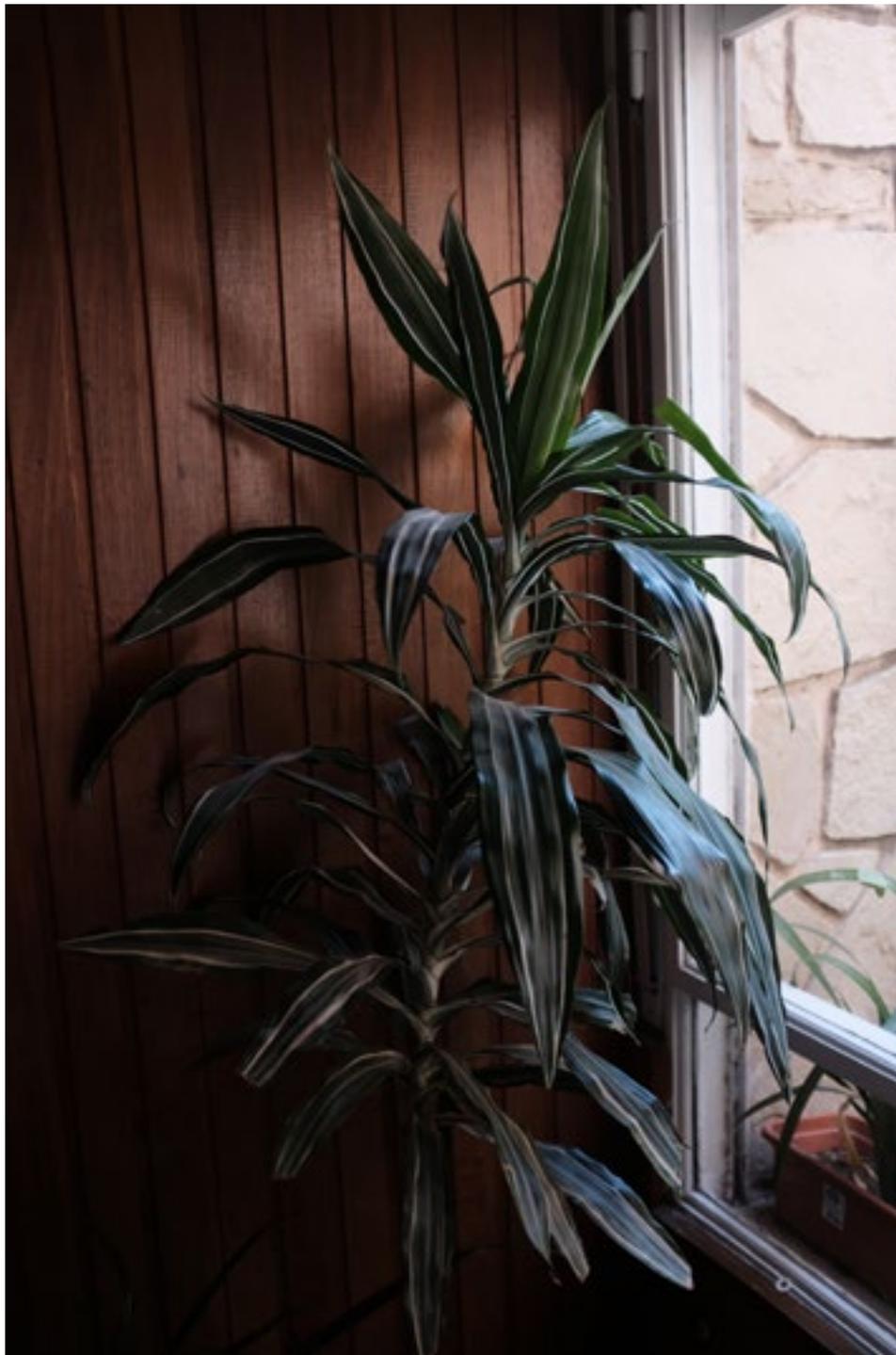
Visto desde un pequeño apartamento en el centro de Madrid, el mundo no parece un sitio tan malo estos días, aunque no vivimos en un jardín precisamente. Los gatos continúan imponiéndose a sus poderosísimos enemigos, casi todos de peluche, y alternan la caza furtiva con su gesto habitual de desdén por los asuntos del mundo. Mi esposa y yo tenemos proyectos, y nos mantenemos ocupados. Nuestra familia está bien. No nos falta comida a pesar de que nos hemos negado a acapararla. Tenemos discos. Tenemos libros. Y nunca hemos pensado que mereciéramos tener más que lo necesario. Saldremos de esta. Y esperamos que las personas que amamos también lo hagan.

Mientras tanto, algo parecido al mundo sigue algo parecido a su camino. Gigantescas salas vacías devienen hospitales de campaña. Los hospitales parecen estar desbordados, y su personal, carecer de equipamiento. No se sabe si las medidas draconianas del Gobierno solucionan problemas o más bien los crean, comenzando por la instalación de un Estado Policial y lo que Paul Virilio llamó “la administración del miedo”. Una persona renuncia a la herencia de su padre mientras otras pierden su trabajo. Ancianos conviven con cadáveres en residencias. Nadie sabe cuántas editoriales, cuántas librerías, cuántas salas de conciertos, cuántos teatros sobrevivirán a la paralización de las actividades, nadie sabe siquiera decir si alguna vez volveremos a disfrutar de cosas que eran el soporte de una forma crítica de mirar la realidad. La prensa de calidad se enfrenta a una crisis sin precedentes, pero la otra prospera porque contribuye a la histeria colectiva. Las personas, por su parte, prefieren los memes a ambas.

Quizás estemos viviendo el final de decenas de cosas de las que no sabíamos que disfrutábamos. Naturalmente, sería magnífico que lo fuese de las causas de lo que mencionaba antes. Un entretenimiento de masas poco creativo que necesita grandes instalaciones por lo general ociosas, el desinterés por la sanidad de quienes estos días salen a aplaudir a los balcones pero presumen de no pagar impuestos (un fenómeno que en Argentina llamamos el del “patriota pero evasor”), la demanda de “mano dura” ante cada circunstancia adversa, ciertos privilegios otorgados a algunas personas solo porque han nacido

en ciertas circunstancias, el hábito de abandonar en residencias a las personas mayores, el desdén generalizado por las prácticas artísticas y culturales, una disminución de la calidad de la información a la que la propia prensa, desafortunadamente, contribuye.

“Dejé de intentar entender todo esto hace mucho tiempo”, admite Dylan en el mismo filme. Son tiempos singulares, en los que uno se ve tentado a recurrir a la experiencia de otros a falta de certezas. “Puede que sea cierto que quienes siembran con lágrimas cosecharán con alegría”, afirmó Hope Jahren alguna vez. Pero Karl Valentin, más realista, se conformaba con menos. “Ojalá el futuro no se ponga peor de lo que está”, escribió.



Recobrar el pudor

Por Beatriz Vignoli

Todos los documentales, las crónicas y el periodismo
gonzo se han vuelto ciencia ficción.

Lila Siegrist, “Una civilización de entrecasa”

En *Bitácora del virus. Palabras del reposo*

(Rosario, 2020)

¿Es posible, o deseable, seguir practicando una literatura del yo en condiciones de sobrevigilancia social? ¿No es acaso tiempo de echar un prudente manto de secreto sobre la vida privada? ¿Acaso no propician las mismas condiciones actuales –de encierro y sospecha– una recuperación de la intimidad?

La mirada del otro ya no es lo que era. El voyeur cómplice devino en mirilla del panóptico. El striptease ha mutado en revisión médica preliminar al servicio militar obligatorio; perdida toda garantía de placer mutuo, el exhibicionismo encalla en el frío goce sádico del control. Cercada en dosis iguales por la muerte y por los cuidados más bien brutales que buscan evitárnosla, nuestra existencia cotidiana perdió toda su ligereza y su torpe encanto. Somos mariposas de plomo amordazadas, incrustadas en el ámbar denso del trayecto hasta la granjita de la esquina, la farmacia o el banco. Igualadxs en la mortalidad y el tedio, vemos todxs todos los días más o menos lo mismo, nos hacemos las mismas preguntas, consumimos la misma información, nos angustiamos parejo...

Después del atracón inicial de “testimonios de la cuarentena”, encuentro que contar la propia vida en cada mínimo detalle ya no equivale a una comedia de stand up; ya no causa alivio cómico, ni mucho menos eleva hacia las alturas de la epifanía, así sea la epifanía de lo sublime banal. La categoría de lo banal se ha corrido de lugar. Ya no nos entenece contemplar el despliegue de un yo como espectáculo. No es gracioso, es trágico. El documental autobiográfico trivial, aquel texto que no había que blindar porque total se leía como ficción, hoy resulta el enunciado más vulnerable. Es donde se juegan la reputación moral y hasta el estatuto ante la ley penal. Se vuelve peligroso confesar una transgresión tan pequeñita, un acto de rebelión tan mínimo como salir de paseo con un bolso de las compras para fingir que vamos al mercado. No sabemos si a otrxs les resultará simpático. Pero lo peor es que tampoco sabemos si nos escracharán.

Me gustaba citar en mis talleres de crónica literaria las dos condiciones que constituían

el interés del relato del narrador según Walter Benjamin en “El narrador”: lejanía en el tiempo o en el espacio. O, al menos, su subproducto: extrañeza. La crónica autobiográfica en primera persona, al uso contemporáneo neo- Nuevo Periodismo, tenía sentido cuando el narrador se extrañaba de su Umwelt, de su propia burbuja existencial donde habitaba, ya fuese para abrir a los extraños una burbuja estadísticamente minoritaria (narradora trans, trabajadora sexual, autista, presidiario, sacerdotisa umbanda) o para salir del termo de su normalidad clasemediera, incursionando con la cabeza abierta en una diversidad medianamente exotizable. La primera persona que seduce es la que se ha inquietado, porque tiene algo para contar que viene de antaño o de lejos (siempre y cuando ese allá y aquel entonces se reactualicen en un aquí y en un ahora; en una experiencia vivida, por decirlo con otro término benjaminiano).

O sea: contame que fuiste al Tíbet y te metiste en una cueva a exhumar escrituras sagradas de hace tres mil años, o por lo menos que caminaste cuarenta cuadras hacia el sur y viste un teléfono fijo de baquelita en la vidriera de un negocio de antigüedades en un barrio obrero distante. ¿Te quedaste en tu casa? Qué bien, tenés casa, pero ¿qué me podés contar? ¿Qué aprendiste a hacer pan, lo mismo que todxs? ¿Que eso te sorprende? ¿Qué acariciás a tu gata mientras ordenás fotos polvorientas y estornudás bajito para que no te oigan los vecinos de al lado, que seguramente están haciendo lo mismo (o casi, pero con otra música, otro color de pared)?

Y para colmo, encima de aburrir, la grata tontera de contar la propia vida como nerd agorafóbico/a ahora pasó a ser testimonio autorreferencial de quienes dan ejemplo cívico y moral. Los cronistas de sí hoy se jactan de estar encerrados enloqueciendo: mártires del altruismo, a falta de otros mártires más amables con el lector; pero con ese lector amable que ya no está más allá afuera, o no podemos garantizar que siga estando.

El lector ha cambiado. El lector es el supuesto literario básico y el lector o la lectora que la literatura del yo suponía era una madre: un ojo amoroso al que se le ofrendaba en su totalidad la producción diaria de heces preciadas. El lector ha cambiado, de madre a vigilante. Con tan poco que contar y, aun así, con tanto que perder por contarlo, ¿no nos convendría volvernos como el gato, que astutamente las esconde? Vivir bajo cientos de nuevas reglamentaciones que van variando según las investigaciones científicas y las decisiones políticas, tantas normas y tan cambiantes que no llegamos a informarnos a tiempo para cumplir con todas y nos arriesgamos así a ser delatados por los más cercanos; rigores tan detallistas y omnipresentes que ante el menor acto privado dudamos de si estamos haciendo el bien o el mal, ¿no tiene al menos la fuerza de hacernos recobrar el pudor, siquiera bajo la forma del terror?

Trepén a los techos

Por Roberto Caferra

Mi cabeza es una pala haciendo un hoyo. Asumido en el privilegio del punto 9 de las excepciones que el Gobierno dispuso para la Cuarentena Obligatoria, todo es confuso, veloz y superficial. A pesar de la quietud, del encierro ajeno, de esa mirada slow y sedada de vecinos y amigos. No hay mucho tiempo para hacer pozos profundos. Apenas empezamos a cavar ya hay otro que arrancar. Y así. Contando las historias de la cuarentena, el covid y el temor a infectarse y morir. Preguntas como dardos que pocos conocen el blanco-respuesta. Siento la culpa de un sepulturero en Nueva York, con una bolsa grande de cuerpos que nadie reclama enterrados en una fosa común. Ahí nomás de la superficie. ¿Exagerado? Siempre. Gajes del oficio.

No fue hace mucho. Hace poco más de un año compré una escalera por primera vez en mi vida. Ferretería, doce escalones, plegable de aluminio, carísima. Me independizaba de Jorge (el vecino) cada vez que tenía que pispear porqué al tanque de casa no llegaba el agua. El plomero me pedía la escalera las veces que necesitaba responder eso. No había otra manera de hacerlo. Y así fue. La escalera en casa. En un rincón.

Pero nunca la usamos. El plomero no vino más y yo menos necesitaba subir a sus alturas. Hasta que el 20 de marzo, el aislamiento y la posterior cuarentena reorganizó los tiempos en casa. La encontré en su rincón. Subí escalones para barnizar maderas de un techo, pintar los altos de la parrilla, colgar un cuadro en un lugar vertiginoso, cambiar lamparitas altas, instalar una rejilla para que la enredadera crezca entre sus alambres. Tareas que nacieron cuando tuvimos que mirar para el adentro del encierro hogareño.

Tal vez el aburrimiento o el susurro del viento de otoño me confió una costumbre olvidada. El sol, la caída de las hojas de sus árboles, la ventisca, la voz interior: Trepén a los techos. Ver el barrio desde la loza más alta de la casa. La esquina a lo lejos, las ramas amarillas y los cables de luz cerca. La gente que pasea. El techo, su membrana, sus cerámicos, como un refugio a ese encierro protector. Un contragolpe inesperado. Al final, previsible, la canción de Spinetta: “Hablaré con el jardín/Hablaré con el que se fue/Todos quieren mi montaña/De la mitad de las sombras/La mitad partida siempre/Solo quedan las alturas, Trepén a los techos ya llega la aurora”.

El contador de cadáveres

Todo cronista, al menos en los últimos 10 años, se ha transformado en un contador de cadáveres. En marzo de 2010 asesinaron a Pimpi Camino, ex jefe de la barra de Ñuls, en setiembre de 2012 a Fantasma Paz, en mayo de 2013 al Pájaro Cantero, en diciembre de

2013 a Luis Medina, la lista sigue profusamente antes, durante y después de esto.

Todas las mañanas el parte policial da detalles de quienes murieron la noche anterior. El conteo de cuerpos muertos con apodos, nombres y apellidos. Conexiones entre sí de un día a otro. La prima de aquel que murió hace una semana. Que era la madre de quien acribillaron en Navidad cuando buscaba vengarse de la balacera que mató a su padre. Y así. Una enredadera sangrienta podando el árbol genealógico de las narco familias.

En enero de este año fueron asesinadas 22 personas. En febrero los cronistas contábamos que en la morgue de Rosario estaban alarmados por la cantidad de muertes violentas. “Es como tener una catástrofe todas las semanas”, decía la funcionaria a cargo. Las muertes por armas de fuego son un hecho frecuente. De 143 autopsias que realizaron allí en lo que va del año, 41 eran asesinatos. En febrero de 2020, hace dos meses atrás.

Así es como el covid19 es la nueva muerte, le pasó al VIH, o a la Gripe A. La vida enferma. La vida mata. Como el Guille que se cargó 50 o 60 muchachos en su raid de matón. “En Rosario el delito mató más personas en una noche que el Covid en estos meses. A nadie se lo ocurrió una cuarentena mientras eso sucedía”, me dice un veterano del barrio dispuesto a buscar excusas para escaparse.

En nuestro país se diagnostican alrededor de cien mil casos nuevos por año de cáncer. Se mueren 60 mil por año de una enfermedad que casi no tiene cura. El 90 por ciento de sus víctimas son mayores de 44 años. En Argentina 120 personas mueren a diario víctimas del consumo de tabaco. Los menores de 30 dejan este mundo en accidentes de tránsito. Y así.

En el Estado de Nueva York el covid19 mató diez veces más que el atentado a las Torres Gemelas. En Rosario, al momento de escribir este texto se espera la llegada de una pandemia que hasta ahora (a 30 días del inicio de la cuarentena) mató a sólo una persona.

Imposible no recordar al personal de salud suicidado en Italia en medio del desborde pandémico. “Tenían que elegir a quien ponerle el respirador. Era una manera de elegir a quien salvar y a quien dejar morir”, es el relato a la distancia. Habrá duras secuelas de esto.

En esta ciudad las estadísticas del Registro Cizvil aparecen frías. **Desde el 20 de marzo del 2020 murieron 830 personas, algo así como 27 por día.** De distintos padecimientos. De viejo, de obesos, de cansados, de enviciados, accidentados, asfixiados, asesinados. No aparecen en ningún cuadro estadístico. Los diarios no los nombran. Los familiares no los velan. En puntitas de pie, los sepultureros los dejan en la morgue por algunas horas, los buscan y se los llevan en soledad y silencio al cementerio de la ciudad. No hubo velorios en Rosario en el mes donde más se le ha temido a la muerte en mucho tiempo.

Leo un mensaje de un amigo que me llega por Instagram. “Estoy aterrado. Soy paranoico. Esto va a destruirme. Tengo miedo. Pagué 1500 pesos por una máscara de plástico. Por miedo. El terror de morir. Sé que me puedo morir de esto”. Le contesto con un chiste: “Sos tan feo que ni el virus se te va a acercar”. No hay respuesta. No hay humor.

Desde el techo

Bajo a recargar el agua del mate y dejo los apuntes de este texto en la reposera. El viento me vuela algunas hojas que debo correr en la calle. Está linda la tarde. El clima de otoño parece embellecerse con la quietud urbana. Sin tantos autos, sin tanto smog. Sin tanta culpa.

Sin tanta culpa para beber, para dormir la siesta, para estar al pedo, para no hacer nada. Para sentarnos en un sillón del patio a mirar el cielo por horas. Para tocar la guitarra todo el día. Cosas que en la pre pandemia recibían la mirada recelosa de quienes creíamos que el tiempo es veloz y había que ganarle corriendo más rápido.

Extraño pocas cosas: ir al río, meternos con Cin en las islas para hacer lo que hoy estamos haciendo puertas adentro. Alejarnos de la multitud eufórica para respirar el aire que hoy llega al techo de casa.

¿De qué te gustaría morir?, me pregunta algo borracha mientras acaricia su copa de vino. No lo pensé. No creo que mi respuesta valga la pena. Hagamos un plan para mañana, le digo. Sólo para mañana. Después vemos.



Actividad cancelada

Por Virginia Ducler

En la vida, como en la literatura, las cosas importantes no suceden de repente. Si miramos para atrás, vemos que está sembrado de huellas, de señales que van anticipando los hechos. ¿Alguien notó que en la segunda parte de 2019 empezaron a cancelarse muchísimos eventos artísticos y culturales? “Actividad cancelada”, se leía a cada rato en las redes.

A comienzos de este año tuve que empezar una cuarentena personal. En medio de un quiebre emocional que parecía no tener solución, me torcí un tobillo de un modo inexplicable y asombroso, y me quebré. Al rato llegó una ambulancia, me subieron a una silla de ruedas, me llevaron a una guardia, me hicieron una placa radiográfica. La radióloga me dijo: te fracturaste el peroné. Después me vio un traumatólogo y me dijo: Ahora te ponen un yeso y no podés apoyar el pie por un mes. Yo me pasaba la mano por la cara. Pensaba en mi casa, en mis hijos, en la comida, en las compras. ¿Quién limpia el baño? ¿Quién riega? ¿Quién cocina? Me llevaron en silla de ruedas a una casa ortopédica de la esquina, y tuve que comprar unas muletas.

Supe que la vida sigue. Con dos piernas o con una. Incluso sin piernas la vida seguiría su curso. Estuve más de un mes haciendo acrobacia sobre un pie. Decidí tomarlo como un juego, como una prenda: un mes sin tocar el piso con el pie derecho. Una prenda difícilísima. Aprendí cómo subir y bajar las escaleras con muletas. Aprendí a quedarme sentada mirando cómo a mi alrededor se desordenaba todo. Me di cuenta de que es mucho el tiempo que dedico a corregir las hilachas de lo cotidiano. La incesante corrección de esas pequeñas imperfecciones del espacio se traga el tiempo vacío, el sinsentido de todo, ese sinsentido que ahora se imponía con toda su fuerza.

Sentada en la cama, en el sillón, veía pasar el mundo, veía cambiar los colores de las cosas en la declinación del día. Miré mucho el cielo, las nubes que lo surcan cambiando de forma. A veces no hay nubes, el cielo tiene un azul definitivo e indiscutible. Entonces parecería que nada cambia. Hasta que aparece una nube que me devuelve a lo transitorio de las cosas. Eso también pasó, mi hueso se soldó, me sacaron el yeso. Y cuando pude volver a caminar sin muletas, el virus ya estaba ahí.

También me gustaría tomarlo como una prenda, una prenda social. No tocarse por tiempo indeterminado. No circular. No chocarse. El que se choca con otro, pierde. Fuera de tu casa, no podés acercarte a otros a menos de dos metros de distancia.

Entré al juego sin conocer bien las reglas. Nunca me gustó leer los reglamentos. Soy muy

mala para los juegos grupales.

Encontré a un conocido en la panadería de la esquina. Le dije Cómo andás, tanto tiempo, y le di un beso. El conocido me miró como si le hubiera dado una inyección letal. Perdón, dije, me olvido de las nuevas reglas.

La cajera del supermercado me increpó: Perdón, ¿vos no viniste ayer? Respondí que sí. Entonces levantó las cejas y la voz, y me dijo que nos tenemos que cuidar entre todos, que hay que ir una vez a la semana y comprar todo para no volver a salir. Le pregunté por qué asumió el rol de policía, si no le pagan para eso. Ella no me escuchaba; mientras marcaba la mercadería sacudía la cabeza y repetía que nos tenemos que cuidar entre todos. Le dije que se replanteara el papel que había asumido, porque era imposible controlar a todo el barrio, que era inútil la tarea de supervisar con qué frecuencia van todos al supermercado.

Me crucé con un amigo que salió a hacer compras. Manteniendo la distancia protocolar, me dijo, con la boca semiaplastada por el barbijo, que la está pasando bien porque está en cuarentena con su pareja, y que siente culpa por pasarla bien mientras mira los noticieros y ve que está muriendo gente. Le dije que todos los días muere muchísima gente mientras él la pasa bien, que muchos la pasan realmente mal mientras él la pasa bien. Y que seguramente mientras él la pasó mal había gente pasándola bien. Que cuando hay gente muriendo hay gente naciendo. Y que el mundo siempre fue así. Y le aconsejé que se deje de mirar las noticias y que se dedique a pasarla bien. No, pero hay gente que sufre, dijo. Me pareció inútil seguir hablando, y seguí mi camino.

El verdulero de mi barrio empezó a usar unos guantes para agarrar los tomates, pero al barbijo lo usa en el cuello, habla arriba de la mercadería y escupe.

En la verdulería escuché que una señora le contaba a otra (ambas con las palabras aplastadas por los barbijos) que en su edificio hay una chica que tiene un perro, y que es el único perro del edificio. Y resulta que los vecinos a cada rato le piden el perro para poder salir a dar una vuelta. El perro no quiere salir más, está exhausto, pobrecito.

El otro día escuché decir a un anciano, también en la verdulería, que si el virus se muere con alcohol, entonces hay que tomar mucho alcohol.

El dueño del mercadito de enfrente se compró un casco rarísimo con una pantalla transparente que va de la frente al cuello. Dice que con eso está tranquilo.

Hoy me acordé de que en los años 90, durante el menemismo, no salí de mi casa por dos semanas porque en la calle había una especie de polvo viviente. Cada tanto, en alguna reunión, comento lo de esos bichitos, pero nadie se acuerda. No puedo creer que nadie se acuerde. La calle se llenó de unos bichos muy chiquitos que, al ser miles, millones, formaban una especie de polvo volador. Uno salía a la calle en pleno día, y respiraba ese

polvo viviente. Desapareció tan rápido que ni siquiera alcanzaron a clasificarlo entre las cosas del mundo, ni siquiera alcanzaron a ponerle un nombre.

Al menos ese polvo se veía. Pero este otro polvo es invisible. Tan invisible, que fue necesario ponerle un nombre para que exista, para que podamos creer en él. Corona Virus. El rey de los virus. CV. Que tiene las mismas iniciales que curriculum vitae. Es tan imponente el nombre que, aunque no se vea, nadie pone en duda su existencia. Vemos que cuentan cuerpos, vemos estadísticas, número de infectados, de recuperados, de muertos. Pero no vemos el virus, ni tampoco los cuerpos. Vemos todo lo que sucede alrededor: barbijos, distancia entre las personas, alcohol en gel, recomendaciones, encierro, policías. Vemos toda la red de comentarios que genera ese polvo invisible. Vemos palabras que estaban ocultas y se instalan para siempre en el discurso colectivo: pandemia, cuarentena.

Todos hablan del contagio. Hablan detrás de barbijos. Ya no se oye como antes. Las palabras salen distorsionadas, se deforman un poco detrás de la tela. A veces me atrevo a decir que la gente que tiene problemas respiratorios es la que se muere, que esas personas se mueren con cualquier virus, con cualquier gripe. Todos me responden lo mismo: No, pero este virus es muy contagioso. Hablo con amigos que están en Italia, en España. Todos están encerrados. Todos aceptan el confinamiento como una fatalidad, como un fenómeno natural. Pero nadie que yo conozca se infectó; tampoco ellos conocen a ningún infectado.

Como si quisieran fumigarnos, como si hubieran echado un veneno enloquecedor que no se puede detectar con los sentidos. Ese veneno es el miedo. Todos corremos como cucarachas a escondernos en nuestras cuevas. Si no te escondés, te agarra la policía. Todos somos muertos potenciales o potenciales asesinos. Todos somos asesinos de ancianos. Si tengo el virus y soy asintomática, mato a un anciano. El acto de amor más altruista parece ser el de encerrarte en tu casa, aislarte. Si me encierro soy solidaria, si salgo soy asesina y no me importa el otro. Todo parece haberse invertido. Siempre están los influencers que indican en las redes qué es ser una buena persona. #yomequedoencasa empezó a circular como una pandemia por las redes. Si no publico eso en las redes, significa que no me quedo en casa, y que no me importan los otros.

La bolsa de los mandados o el perro pasaron a ser indicadores de que no estás violando la cuarentena. Ah, Está paseando al perro, o Está haciendo las compras. Es fácil: si querés salir a tomar aire o no aguantás más a tu familia, meté un rollo de cocina y un cif en una bolsa, y salí.

La palabra “cuarentena” pasó a formar parte del discurso colectivo. Se me ocurre que podría llegar a reemplazar a la palabra “penitencia”. A los niños se los va a castigar poniéndolos en Cuarentena. ¿Querés venir a tomar la leche? No, estoy en cuarentena porque saqué un aplazo en lengua.

Mientras tanto pienso en el cuento de García Márquez “Algo muy grave va a suceder en este pueblo”. Todo empieza una mañana, cuando una anciana le dice a su hijo: “He amanecido con el presentimiento de que algo muy grave va a suceder a este pueblo”. El hijo va a jugar al billar y pierde, confirmando de este modo el presagio de la anciana. Le comenta el presagio a su contrincante, y ahí empieza a correr la voz por todo el pueblo. Esa voz que se pone en circulación no es más que la resonancia del miedo, que empieza a tener entidad en el momento en que se nombra. Cuando todas las personas del pueblo huyen escapando del peligro, la anciana confirma su presagio: “¿Viste mi hijo, que algo muy grave iba a suceder en este pueblo?”

Me pregunto qué hubiera pasado si a nadie se le hubiera ocurrido clasificar a este virus, nombrarlo, darle entidad. Tal vez las palabras sean más venenosas que cualquier virus.

Bueno, parece que el futuro ya llegó, y era esto: clases a distancia, amores a distancia, viajes a distancia, mirar en la tele cómo cuentan y apilan a los muertos, los bares cerrados, las bocas tapadas.

El tiempo se volvió lento y laxo. Las horas se estiran y no terminan nunca. Dejar de hacer aquellas cosas que creíamos imprescindibles, se volvió posible. E incluso es posible NO HACER NADA. Volvemos a aburrirnos, como en la infancia. Y en ese deambular por los intestinos de nuestras cavernas, tal vez tengamos la suerte de tropezarnos cada tanto con nosotros mismos, y nos demos cuenta de que al enemigo más temible lo llevamos dentro. Se llama miedo, y está hecho de la misma sustancia que ese polvo invisible que parece estar fumigando a la raza humana.

Ojalá pronto podamos encontrarnos en un parque, y entre mate y mate recordar con nostalgia este momento: ¿Te acordás de cuando estuvimos en el futuro y no nos dejaban salir a pasear?

Deriva interior

Por Natalia Massei

Binoculares para ver borroso

Paso buena parte del tiempo espiando ventanas y pantallas. Todo que está del otro lado forma parte de mi interior expandido. Experimento una intimidad ampliada. El río aquietado, las islas, las luces del puente. El letrero luminoso de la playa de estacionamiento que se enciende, ceremonioso, cada atardecer. Un barco anclado desde hace días, hundido hasta la línea de flotación, nos acompaña por las noches con sus luces de pueblo fantasma. Lo alcanzo con un par de viejos binoculares que sirven para ver borroso. La flânerie del encierro.

Desde el comienzo de la cuarentena escribí apenas algunos versos alucinados. Las palabras se ensanchan en la materialidad del día a día como bloques que no sé dónde amontonar, como muebles que esquivo al andar por la casa. También las llevo en el cuerpo: las mías, las de lxs amigxs, las de mis hijas, las del fondo de la noche, las de la tele, las de la familia al teléfono, las conversaciones de whatsapp, las teleconferencias, las reuniones de trabajo, las palabras de amor en tiempos de confinamiento. Quizás esta invitación a la escritura me permita liberar un puñado de ellas.

Interior noche

Mis hijas relatan sus sueños de cada noche. El barco semi-hundido aparece en nuestro imaginario nocturno y sigue allí al despertar. Lo que soñamos flota en el aire espeso de la vigilia, forma parte de este adentro expuesto.

Soñé con mi abuela Chiche. Dorotea. Mi abuela materna fallecida en 1986 cuando yo tenía seis años. No recuerdo si alguna vez había soñado con ella. Sí la recordé, largamente. La recuerdo. Pero anoche soñé con ella y fue como volver a verla. Volví a verla treinta y cuatro años después.

Era una noche de oscuridad total. Yo estaba en la calle, me resultaba difícil avanzar. Caminaba alumbrándome con la linterna de un teléfono celular cuando me encontré, por azar, frente a mi casa natal, la casa de mis abuelos, la de mis padres, la casa en donde vivimos todos juntos. Pensé en quedarme un rato ahí hasta que pasara eso que oscurecía todo.

Me acerqué a la puerta y la vi. Barriendo el pasillo. La puerta de hoy, no la de hace treinta años. Ella, con el cabello corto como lo llevaba desde que la recuerdo y un pullover de lana de los años ochenta. El encuentro me resultó inesperado pero natural, dichoso.

–¡Abuela! ¡Soy yo, Natalia! –aclaré, consciente del paso de los años– ¡No sabés cuánto tiempo hace que quería verte!

Me miró con algo de desconcierto durante un instante y enseguida se iluminó:

–¡Natalia! ¡Mamita!

Nos abrazamos, felices.

Después entramos. En la cocina ella tenía un peinado raro y yo le hable de mamá.

Me desperté con la impresión cierta de haber estado con ella, de haberla abrazado. Todavía me dura. No el recuerdo nítido del sueño, sino una certeza inexplicable. La de una palabra que resuena en la memoria, inaccesible a la evocación: mamita. Ella me habrá nombrado así alguna vez, o muchas. Reconozco el mismo apelativo cariñoso en mi madre para con mis hijas. Algo liberó el recuerdo. Se posó efímero como una mariposa sobre la piel, apenas, y siguió su vuelo nocturno, fuera del tiempo.

Intimidad expandida o montaje

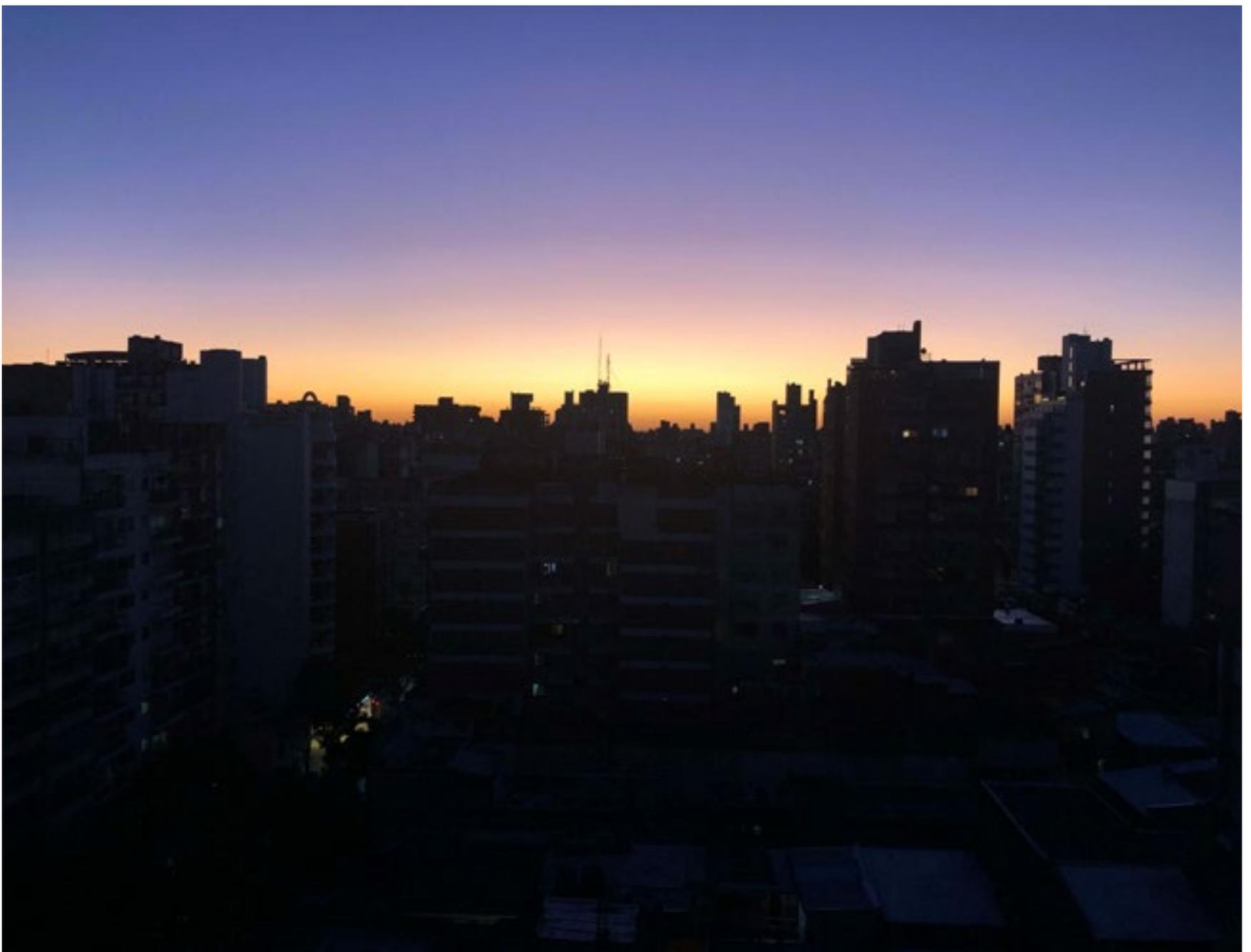
Desde el comedor, la habitación o el estudio se asiste a la sesión de Pilates, la clase de inglés de la hija menor, las reuniones de trabajo (siempre con mate y sin corpiño), se celebran los encuentros del afecto y se convive con todo el spam del mundo. Las ventanas del adentro se abren, de a ratos, de par en par. La exposición de lo interior sigue siendo, no obstante, mediatizada, editada, montada en sus fragmentos como un texto. Si juntáramos esos recortes ¿se armaría un relato?

Antes del aislamiento había comenzado a hilvanar una historia que transcurría precisamente entre cuatro paredes: la heroína, una trabajadora del servicio doméstico, realiza tareas durante años en la misma casa bajo la modalidad cama adentro. Una tarde el empleador no regresa. Transcurren las primeras horas, luego varios días de incertidumbre en los que ella repite los gestos de la cotidianidad y del deber, prepara las comidas para el patrón a la hora habitual, realiza la limpieza y las labores diarias. Pero sin salir, sin comunicarse con el exterior. En la repetición mecánica de lo habitual van apareciendo desvíos, permisos propios e inesperados: servirse una copa de whisky, antes de dormir, y saborearlo recostada en el sofá, encender el aire acondicionado, elegir qué cenar cuando se tiene hambre, disponer del espacio y del tiempo. Me gusta pensar que la heroína se adentrará en la conquista de un territorio, el de la propia intimidad.

Lo personal es político y lo íntimo, reservorio vital. Último reducto, núcleo vibrante. Todxs tenemos derecho al universo propio. No el de la cultura de puertas adentro. Esas que tanto costó (y cuesta) tirar abajo cuando en vez de lo propio, se aloja lo siniestro.

Practico ejercicios físicos, sobre una colchoneta en medio del living, mientras mis hijas interrumpen una y otra vez con sus dispositivos abiertos, sus preguntas sobre dónde está esto o aquello, sus juegos y sus peleas. Estoy adentro mío. Fluyo en la respiración profunda que abraza los órganos y los contiene. Los visualizo en su materialidad interior. El aire que los toca vuelve a salir.

Cuando el mundo se descoloca, la ficción más que nunca se erige como lugar cierto. Allí irán a parar muchas de las palabras contenidas de los días de cuarentena. Y a la poesía. Donde vivos y muertos se encuentran, donde el adentro se abre poderosamente al afuera, corre los límites, igual que en los sueños.



El axioma subvertido

Por Juan Mascardi

Al final de esta historia nadie muere. Simplemente, porque en esta historia, no hay ningún personaje. O, en todo caso, el personaje es un personaje filtrado, redibujado, transfigurado y etéreo. Una especie de no-personaje colectivo. En esta historia, sí hay un afuera y hay un adentro. No hay tiempo, no hay espacios: solo suspensión de las vidas vividas, un sopor virtual e infinito que se asemeja a la locura, un juego refractario de espejos antagónicos, un caleidoscopio onírico sin sabor, sin olor, sin tacto.

El personaje es copia y mimesis de la persona. La persona no es un muro, no es un bloque, no es una totalidad. La persona es fisuras, matices, contrastes y contradicciones. La persona es su inconsciente, es el bajo fondo de las pulsiones reprimidas. ¿La persona existe? La cuarentena es el escenario. Es el ideal de la vigilancia. Es el poder del sistema que propone el control del encierro disfrazado de hashtag en singular. El singular no tiene singularidades.

Cerrar las ventanas.

Vendar los ojos.

Controlar la respiración.

Apagar el fuego.

Hegemónica, burguesa, monogámica y coercitiva, la cuarentena mundial obligatoria es la panacea del universo sobremoderno que se embandera con consignas medievales. El poder impone el terror transformado en estigma. Todos somos culpables, enfermos, contagiados, portadores, transmisores y caldo de cultivo. El poder lleva la cuenta matemática en los portales de internet: cantidad de muertos, cantidad de infectados, cantidad de recuperados. Tres categorías en tiempo real y sin rostros. Pero, en esta historia, nadie muere porque no hay personaje.

El personaje que no existe no se revela –está imposibilitado– y solo vive en su inconsciente. El poder arma, planifica, diseña y ejecuta un programa inocular de conciencia colectiva. El no-personaje se encapucha se maquilla se endulza se disfraza. Es bufón digital, gastrónomo de delicias, fabricante de tutoriales de autoayuda, recomendador de sexo virtual, paseador de perros, especialista en videojuegos, videoconferencista de una academia pacata. El fabricante de la falsa intimidad expande una narrativa tan intangible como un virus, tan mortal como una pandemia. ¿Quién la fabrica? ¿La persona o el personaje?

Tapar los espejos.

Arrancar los abrazos.

Limpiar las sillas.

Dominar los remolinos.

Si la tarea de un narrador es contar una historia, en esa historia debe haber acciones. Y si hay acciones, esas acciones deben ser realizadas por un ser animado o inanimado, es decir, por un personaje. El personaje puede estar presente, aunque no lo veamos. ¿Dónde vive el no-personaje? ¿Qué hace el no-personaje? ¿Existe el no-personaje si no hay persona? Las vidas de los personajes ficticios suelen ser más vívidas que las de los seres reales. Y si los seres de ficción realizan acciones similares a las de sus autores: se estremecen, se retuercen, se masturban, se abrazan, se odian y se aman, ¿cómo puede vivir el personaje en cuarentena? La pandemia tensiona y subvierte el axioma: la persona existe; el personaje, en cambio, pretende existir.

Contraer los dedos.

Estirar los dedos.

Ignorar la urgencia.

Acompañar los fantasmas.

Escribir la nada.

Dormir.

Vivir.

cerrado apagado contraído dominado tapado ignorado
vendado limpio controlado estirado arrancado acompañado
dormido escrito vivo.

El arte de dormir en camas ajenas

Por Ivana Romero

Sobre la última vez que nos vimos

A esta hora deben estar lanzando los globos al cielo. ¿Globos en un cementerio? ¿A quién se le ocurrió? El dolor nos enloquece, nos pone raros y festivos. La muerte enloquece más, pero sabe mantener la calma. En su extraña benevolencia, se deja cubrir de globos o flores o abalorios o crucifijos. Igual, muestra sus huesos que refulgen más que el sol, fosforescentes y lejanos como una luz mala.

Diego murió a finales del verano. Su entierro fue bajo un sol esplendoroso. Era fotógrafo. Uno de los mejores. Trabajamos juntos varios años en el mismo diario hasta que nos dejaron en la calle, sin aviso. Muchos años después, R. me dirá que sí, que a Diego lo mató la vida convertida en piedra dura. El presente es un arma letal. Ella sabe cosas que irá contando de a poco. La angustia de estar sin trabajo a los cuarenta años, con un hijo pequeño, con una madre enferma que murió, lo juro, un día después que él. Todo esto, en medio de un país que se desplomaba de pobreza, de cinismo, el corazón corroído por lluvia ácida.

No fui a despedirlo, no pude.

Me quedé en tu casa. Tu gato se subió a mi falda y vos me besaste. Tus besos eran hermosos y tristes. Te habías ido varias veces de mi lado, buscando refugio en tu propio dolor. También vos te habías quedado sin trabajo justo cuando te separaste, con dos hijas pequeñas y una ex que coleccionaba dinero y furia. Ella se fue de viaje por el mundo para odiarte desde lejos. Vos manejabas un Uber a escondidas, para que nadie sepa que los chicos más talentosos de la clase también pueden caer.

El gato saltó de mi falda. Vos y yo nos besamos con furia, con un amor oscuro como un carbón encendido que dejaba cenizas y tizne en la boca. Me di vuelta, me apoyé contra los cerámicos de la cocina, todo ese frío se metió en mi cuerpo y entró en combustión con mi calentura, con la humedad que se escapaba entre mis piernas. Entraste en mí, los dos aún vestidos, desesperados por cosas distintas, por urgencias que no encontraban un espacio íntimo de acuerdo. Nos derramamos juntos.

No iré a despedir a Diego. Esta mañana vuelvo a casa en un subte atestado de gente. Un niño se levanta y espera la próxima estación de la mano de su madre. El niño lleva un globo rojo. El globo me roza los muslos, la cintura, el pelo, todo en un segundo, antes de desaparecer.

Invención de los amantes

No sé cómo es posible que estés triste si sonreís en cada foto que subís a Instagram. Decís “todo el mundo sonríe en las fotos de Instagram” y yo siento que abrazo una verdad tan literal que me quema y me devuelve a mi silla cubierta de ampollas. Realmente. Cuando veo una foto tuya en Instagram pienso que de veras estás siendo feliz, aspirando el aire salado del mar mientras tu novia se recuesta sobre tu pecho y luego decide que te mirará a los ojos, encontrará el enfoque adecuado, sacará una foto, pondrá filtros que intensifiquen y voilà: Vos Esplendoroso. Puedo imaginar más. Seguramente alquilaron una casita encantadora a pocos metros del agua, un poco más allá de los médanos. Se duermen cerca de la ventana donde murmuran los pinos. Los grillos completan la escena. Hablan poco entre ustedes porque lograron ese raro equilibrio de dos que se dejan habitar por el silencio.

Dormir en una habitación desconocida

En la casa había varias habitaciones. Me recosté en una de esas camitas de cuento, de madera, con sábanas celestes. Al lado había algunos libros para chicos. Me llamó la atención uno que decía “Cómo ser un buen peregrino”. Me hubiera gustado averiguarlo, pero entre el calor y el cansancio que traigo, sencillamente me fui durmiendo.

Adoro dormir en habitaciones de hotel, en piezas de niños desconocidos, en casas que visito de casualidad. No me incomoda husmear vidas ajenas. Finalmente, alguien las dejó allí olvidadas, como un par de zapatos en desuso. Yo camino en esos zapatos. Mejor si todo esto ocurre en sueños.

Sobre la dificultad del insomnio

Me pasé años y años mirando desde la orilla, viendo cómo otros se lanzaban al agua. Admiré a quienes podían mantener un estilo de nado en medio del oleaje, más allá de la rompiente. Se los veía felices enfrentando un rugido que no era del todo audible para quienes estábamos acá. Vuelvan, vuelvan, empecé a decir. No me dejen sola. Claro que no me hacían caso. Regresaban cuando querían, exhaustos, cargados de algas y peces y monstruos oceánicos que movían su cola prensil y se dejaban acariciar como animalitos inverosímiles rescatados de un naufragio. Es que los monstruos no tienen miedo: saben cómo retornar al lecho del mar si no son bien recibidos.

Algo que sobró de otro texto

Si tuviera que decir qué ha dejado tu silueta sobre la cama, diría: fantasmas.

Mi gato

Esta mañana desperté con el gato saltando a mi alrededor, concentrado en algo que solo él podía ver. Pensé que era un espíritu. Quizás el gato jugaba con el espíritu de mi padre,

queriendo darle caza. Pero no. Era simplemente una polilla que hizo un corto vuelo y se escondió adentro de la lámpara. Ahí se quedó ella, ese color marrón deslucido que tiene, tan funcional para pasar desapercibida. Ahí se quedó el gato, anaranjado y brillante, los ojos fosforescentes, con el todo el tiempo del mundo para esperarla.

Un sapo

Una noche comenzó a llover y un sapo entró en la cocina. Saltaba, desconcertado, sobre el piso de mosaicos, quizás aturdido también por la luz repentina. A los tumbos se refugió detrás de unas cajas y lo dejamos hacer, preocupados por conseguir baldes para las goteras que se filtraban desde el techo. Cuando la tormenta pasó, suspiramos aliviados y nos fuimos a dormir. Antes busqué al sapo. No lo vi. Te pedí que, de todos modos, no corras ningún mueble, así el animalito no moría aplastado. Dejamos abierta la puerta del patio. A la mañana volví a buscarlo y no estaba. Todavía pienso en el sapo. Ojalá que haya vuelto a sus yuyitos, a su lecho nocturno con bichos voladores como manjares suspendidos en el aire. Ojalá que no haya quedado atrapado en la cocina.



Diario de un monotributista

Por Pablo Bligiardi

Cuando vuelva a mi peluquería no sé con qué lío podré encontrarme por mi condición de monotributista. El cargo de todas las responsabilidades como empleador y como deudor siempre fueron más por intentar ser un trabajador independiente. Pero no me importa nada. Las expectativas me acompañan tarareando la canción de Silvio Rodríguez: “que me perdonen los muertos por mi felicidad”. Llegó el momento de experimentar la comparación de mis últimos treinta años como trabajador de una belleza efímera: la peluquería y tratar de distinguir cómo se vive de escritor. Será hora de darle el verdadero inicio a mi novela UneSole. ¿Qué habrá sido de su vida, ¿no? La pobre fue abandonada allá por mediados de 2018. El difícil género fantástico me agobiaba.

Al día siguiente reviso la cuenta bancaria esperando ingresos de los movimientos de las tarjetas de crédito y débito que mis clientes abonaron la semana pasada. El banco siempre atrasa. Una semana es mucho cuando prometen menos de 48 horas. Entro al home banking, ni un mango.

Termino de desayunar y me voy al patio con la notebook. Al rato voy a buscar el equipo de mate para bajar el desayuno. Alguna vez escuché que el agua caliente ayudaba a la buena digestión. Creo que hace bien. Dos horas después me levanto y voy a mear al fondo del patio. Estoy quemando una planta que avanza rápido, tanto que ocupa el lugar de las otras y las anula. El orín le va achicharrando las hojas. Vuelvo a escribir, reviso cómo van las redes, qué dicen mis amigos. Dos horas después, a mear. En algún momento del mediodía que oscila entre la una y las tres de la tarde, almorzamos. Mi compañera cocina y yo me excuso en el trabajo de ¿escritor? Tendré que hacer un asado. O, anticipando los reclamos que no tardarán en llegar, cocinar lo que sea.

Después de tres horas de escritura del día equis practiqué el drive con la raqueta. Fui tomando velocidad y ensayé el revés. Probé saques al vacío, iba bien. Fui a buscar dos pelotas y empecé con golpes suaves, luego fuertes hasta que exploté un pelotazo contra la pared. El corrimiento de la ventana de la vecina se fue escuchando en la medida en que creía estar clavándole un ace a mi compañero de tenis Pedrito Squillacci. “El boludo de Pablito con su raquetitaaa”, le decía mi vecina Mirta a su marido que intentaba dormir la siesta. Eran las dos de la tarde. Tomé la manguera de riego y me bañé. Siempre me gustó bañarme al aire libre –con la malla puesta– debajo de un árbol en donde creo, no me ve nadie.

Un gigante abejorro que pasa y da dos vueltas a mi alrededor desde el principio de las escrituras del patio, hoy está fallando. A la tarde lo veo en el césped intentando levantarse. El tipo asusta, es un brillante abejón negro y amarillo. Le coloco mi raqueta a modo

de escalera y se sube. Lo llevo hasta el tronco viejo de un árbol en donde una familia de abejorros hizo su nido hace mucho tiempo. No sé para qué fecha del año salen pequeños y de color ocre. Se van oscureciendo con el paso de los días hasta quedar gigantes como este abejorro que se está muriendo. Lo dejo en la puerta de su cueva. A la noche hice una tremenda y jugosa tapa de asado a la parrilla. Envié fotos por wasap a mis amigos. Casi todos estaban haciendo asado, incluso mi hermano en Bahía Blanca, o mi primo en Viedma.

Un día, ya no sé cuál, se me ocurre enviar a las redes sociales la oferta de los productos de peluquería que me traje a casa cuando el presidente, el jueves 20 de marzo, anunció la cuarentena. Acto seguido fui hasta la peluquería. Tomé el equipo de tijeras y máquinas completo y cerca de treinta champús y cremas previendo lo que el Covid se llevó. La oferta de libros y productos a través de las redes sociales fue un éxito de sólo dos días con buenos resultados en emolumentos.

No es que hoy esté contando los días, pero el tiempo libre me lleva al siguiente control: 45 páginas de UneSole. Cantidad inicial desde el 21 de marzo: 18 páginas. No-te-va-grandar Don Jhonson que te faltan otras 45 como mínimo.

Escribir agota tanto que no quedan ganas de hacer nada. Debía vaciar el cuarto del patio que está lleno de trastos. Faltan muchos días de cuarentena. ¿Cuánto falta? Cuando mañana vuelva a escribir pensaré en el siguiente día para los compromisos de oficios de utilísima satelital.

De no haber sido por esta cuarentena jamás habría podido destrabar la complejísima trama de UneSole. La había abandonado por The Big Liar, un posible libro con el que ahora descanso trabajándolo cuando me agoto de UneSole. Y deduzco que debería dejar de ser peluquero tanta cantidad de horas. No pienso en el covid, no escucho noticias salvo lo mínimo indispensable evitando el exasperado sensacionalismo de la búsqueda de la no-noticia. No espero nada de esto. Espero todo a la salida de esto.

Encontré al abejorro muerto al lado del cuarto de trastos. Por la forma en que apunta me sugiere que arregle ese cuarto de una buena vez. De bronca en tres horas limpié y ordené el cuarto.

En esta parte de UneSole estoy leyendo a Mariana Enríquez, y vendrá la pregunta: ¿Qué carajo tiene que ver? Es que en el género fantástico hay que mentir mucho para armar la cosa esa a la que le dicen ficción y Enríquez es buena en eso. Puede crear la teoría de la zanahoria negra dentro de un realismo total. Otro famoso límite del realismo. Lo mismo pasó con Determinación leyendo El limonero real. Y sí, es una novela realista. No tiene nada que ver, pero me daba la pausa constante para frenar la locura autobiográfica que salía como un vómito. Con Saer me tranquilizaba. Sabelo, será conveniente leer a Saer, cuando compongas algo bien ajeno.

A partir de hoy, el cuarto día de abril, experimentaré por primera vez en mis últimos treinta años de peluquero, unas vacaciones de más de dos semanas.

¿Qué es esto de invitar al escritor a leer? Autofilmarse para el chat de esto o aquello. ¿Es un showman? ¿La banda de música viene tocando? La exposición a la incomodidad producto del covid. ¿Y quién me escucha? ¿Qué tengo de bueno para contarle al lector? Nada, sabelo Bigliardi no tenés nada de bueno para contarle a nadie. Quisiera llegar a vivir de esto. Very difficult.

Le fui a cortar el cabello a las vecinas de enfrente. La necesidad de la urgencia me lleva a ofrecer los servicios por precios bajos. La charla me hizo dar cuenta que mis dedos entumecidos eran velas de cera que poco a poco se iban ablandando con el calor de la práctica casi olvidada. El desastre arrojó unos cortes impecables que el secador y el cepillo arreglaron. Me fui corriendo antes de que se dieran cuenta.

Caminé dos cuadras hasta la casa de tres clientas de la peluquería. Me habían llamado para comprar algunos productos. En la oferta de la venta y la insistencia sobre los libros que nunca me habían comprado, me hicieron reflexionar. Las grandes estructuras en las que estoy metido y de las que no obtengo grandes ganancias podrían llegar a pensarse. La búsqueda de nuevas alternativas será el desafío, estúpida palabra marketinera que no se merece este diario.

A casi un mes de escritor se arrojan los resultados de noventa y nueve páginas de UneSole con principio, nudo y final para continuar perfilando. The Big Liar, (el gran mentiroso soy yo of course) sumó veinte páginas y llegó a sesenta. Si me pagaran por hoja escrita sería Don Jhonson y Philip Michael Thomas juntos.

Nadie es una isla

Por Laura Rossi

Tus vecinxs saben qué estás cocinando. Saben cuándo te bañaste por última vez, cuántas veces por día se descarga el depósito del inodoro. Saben que no sacaste a tu perro pero que tampoco tuviste ganas de levantar la mierda del balcón. O saben que no tenés perro, pero sí un gato; cuántos días hace que no cambiás las piedras de su bandeja sanitaria, cuánto te duró la locura del alcohol, de la lavandina. Tus vecinxs saben qué música escuchás, qué canción ponés en repeat. Te oyen desafinar. Saben que, cuando lavás los platos a las cuatro de la tarde, te levantaste al mediodía. Como vos, tus vecinxs detectan ahora la presencia de otrxs vecinxs que ni sabían que existían. También huelen sus comidas, oyen sus peleas, sus canciones, sus guitarreadas. Pueden ver tus luces encendidas hasta cualquier hora, oír la aspiradora que ni vos te acordabas que tenías. Saben si estás mirando una serie española o una sueca; cuándo te cansás de las noticias. Si pediste pizza o si volvéis cargando botellas. Tus vecinxs saben si cogés o no, si hablás dormidx, si tenés pesadillas y te despertás gritando. O llorando. O sin emitir sonido pero sospechan, por los pasos torpes, que te levantaste al baño, oyen el agua corriendo por las cañerías. Y el depósito del baño, otra vez. Saben que las primeras semanas lavaste cortinas que nunca habías lavado. Y las sábanas. Y que tendiste todo en la terraza, que te creíste un poco eso de que había que hacer cosas. Saben menstruabas cuando empezó todo porque vieron, de lejos, las toallitas al sol. Aunque quizás desde los balcones que se han poblado de gente que habla sola o a su teléfono (no sabés si a los gritos o a un volumen aceptable que retumba en este silencio nuevo al que todavía no te acostumbraste —porque no es ese que paladeás en el insomnio, que tampoco es de ahora; no, es un vacío siniestro—); quizás desde los balcones —decía— no vean las toallitas o no logren determinar qué son, pero sí que hace rato tendrías que haber renovado las sábanas o el corpiño fucsia o alguna de las bombachas minúsculas llenas de dibujitos. Tus vecinxs saben que no estuviste de viaje y aun así empezaron a mirar con recelo tu puerta, aunque vos no lo sepas: estuvieron atentos al más imperceptible rechinar de sus bisagras. Por si tenían que denunciarte, por si no habías entendido. Tus vecinxs saben si aplaudís a las nueve, si ya te cansaste o si te ganó la angustia y ya no levantás la persiana, aunque el sol brille fuerte como si todavía fuera verano, como si no se hubiera enterado de que estamxs ocupadx en no morirnos y no le prestamos atención.

Tus amigxs y lxs cientxs de desconocidxs que pululan por tus redes saben qué lees, qué te indigna, qué te duele. Con qué juegan tus hijxs, qué cosas lográs hacer a pesar de todo y adivinan las que no, por los silencios. Saben con quién hablás, a quién le escribís. Qué fotos te gustan, cuáles te encantan; qué comentarios te divierten o te entristecen o te enojan. Si hacés yoga online, si seguís trabajando. Si te aburrís, si se te fue el efecto del

alisado, si te pintás las uñas. Saben qué estabas haciendo hace un año. O dos. O tres. O nueve. Y todo lo que ellxs no llegan a saber, deja de todos modos una huella en la memoria zombie de la red: ella sabe más que vos de vos mismx, ya no necesita olfatearte para pegarte un tarascón.

Vos también sabés.

La otra noche oíste el llanto de un chicx. Te acercaste a la ventana que tenías abierta y te quedaste quieta, expectante. Oíste los ‘mamá’ en medio del llanto. Después, alguien más lloraba. Otrx chicx, pensaste. Pero no: era una mujer. Lxs dos lloraban en coro. Te desesperaste. Qué podías hacer en pijama, pegada a la ventana. No te animaste a preguntar qué pasaba porque hubieras tenido que gritar. Y no te gusta. Sentiste que estabas siendo testigx de algo que no te correspondía —aunque ya no entiendas qué corresponde ni a quién—; te aferraste a ese invento añejo que es la intimidad y te convenciste: no había nada que pudieras hacer. Oíste otra voz —la de un hombre— y los llantos se fundieron en el aire. No volviste a escuchar nada más.

Le hiciste lugar a esa incomodidad que empezó a crecer en tu pecho. La arrastraste a la cama. Apoyaste la cabeza en la almohada. Pensaste que nadie puede saber qué hay en vos cuando cerrás los ojos. Todavía.



Interrupción y goce

Por Cecilia De Michele

Tengo diez bombachas nuevas, pero creo que acá dentro no tiene sentido usarlas. Todavía hace calor. La gente quiere saber cómo ando porque estoy sola, me escriben y respondo presurosa. Vivo el comienzo de la cuarentena como una siesta larga. Cuando era chica, después del almuerzo, lxs adultxs dormían y nadie te vigilaba: alcanzaba con sostener el silencio y un andar rasante para no subvertir el orden. Y ahí, en ese tiempo en suspenso, todo podía suceder.

A eso de las tres de la tarde, se ilumina en diagonal un jarrón viejo y adivino en la mancha de la pared una figura humana, le hablo y esa imagen me responde. Los rayos llegan después de rebotar en los pliegues de los edificios, yo gozo con los reflejos de la piel de una ciudad desierta. Me fascino conmigo y soy soberana de mi territorio: mi casa, mis ideas, mi cuerpo. Ando abierta y desnuda.

Duermo demás, despierto enredada entre el cable del celular y las sábanas. Me descubro y ahí estoy, entera para mí, ocupando el centro de la cama aunque me quede demasiado grande. Hechizada en mis vericuetos, incursiono en pajas evocativas, barrocas, delirantes. Hago un collage mental con imágenes que retornan y otras que me invento: un hombre de lomo dorado y patas desgarbadas pidiendo más; yo galopando sobre un cuerpo oscuro, transpirado, deseado largamente; un amigo poderoso que me estruja, manotea mi pelo y pregunta: ¿Te gusta? Investigo en lo fallido, recupero lances tímidos, sutiles, el roce que apenas despertó mi atención, lo que no dije, los pasos que no di. Escucho coger a mi vecino y gimo intentando atravesar el muro para que sepa que del otro lado también hay alguien capaz del erotismo. Mis pensamientos se ramifican y arborezco, experimento con mis dedos y el espejo. Así como los orgasmos aletean mientras desaparecen, una bandada de pájaros se cuele entre los edificios para perderse definitivamente.

No tengo opción, como no la hay en el letargo animal. ¿A qué se dedica el bicho cuando hiberna? Sus signos vitales disminuyen de tal modo que se confunde con la muerte. La presencia de lo tanático en las noticias, los mensajes y las cifras me devasta. Lo erótico, su sola posibilidad, me conecta con lo vital aún dentro de mi cueva. Todxs hablan de sexting, pero ¿cómo se llega a tener sexo virtual?, ¿dónde me anoto? Nadie me invita a jugar y tampoco tengo chongos, no sé qué son. Ahora que lo pienso nunca usé esa palabra, a mí me gusta decir “persona”: no tengo “personas” para sextear. Y además sigue siendo paja, ¿no? Sé que necesito una tregua y propongo un reencuentro, pero me rechazan por miedo. No intento más.

Abro la ducha y me quedo en cuclillas con la cabeza entre las piernas. El agua demasiado caliente me golpea la espalda. Ya no sé bien quién soy, quién era, quién podré ser

después. Lo doméstico empieza a asfixiarme y la angustia me atora. Huyo y recurro a rescatar batallas ardientes fuera de los límites de esta intimidad: besos adolescentes en el zaguán, el tacto en la esquina antes de que el LED nos quite la penumbra, un garche salvaje en la playa. Y el más divertido: en una plazoleta muy Rodríguez Larreta. Qué hermosura cogerle el espacio público a lxs porteñxs. Qué placer agarrarme a esas rejas para que me besen el cuello, los hombros y me levanten deliberadamente la pollera. Mis fantasías de invocación son la estrategia de contacto con lo único que hoy aparece como real —además de la pandemia—: mi cuerpo deseante y mojado.

Si al principio mi sensación fue de suspenso, ahora es de interrupción. No se trata solo de con quién o dónde te toca la cuarentena, sino en medio de qué. Estamos atrapadxs en una tensión narrativa entre lo que pasó y lo que puede pasar. No es pausa y luego play, en ese caso la espera y la paciencia serían suficientes para surfear el vacío. Es stop. Y empieza otra película. Lo que se interpone cobra relevancia y habrá que ver qué hacer con el disloque, con esta fractura. Claro que sobreviviremos a la interrupción, pero saldremos heridxs.

Los días ruedan mientras me enrosco un rulo mirando por la ventana. Los límites se difuminan, las noches se suceden y me siento fuera de las estructuras. Tengo toda la libertad y mis propias reglas, pero estoy sola. Ya no llegan tantos mensajes. La luz entra por la persiana cerrada y hace circulitos en la pared. Para paliar mi angustia, una voz familiar y antigua me dice: si no te duele nada quiere decir que estás muerta.

Sigo sin usar bombacha, aunque ya no puedo andar desnuda, hace frío. No sé cuándo ni cómo voy a ser devuelta al movimiento cotidiano de las cosas. No espero nada. Para despertar y dormir, pero sobre todo como prueba de vida, abro mis piernas y busco en mis recovecos. Encuentro un cuerpo capaz de moverse, contraerse, reír; un corazón que todavía late y se agita. Entonces conjuro: soy la puta ama de este tiempo lento, espeso, propio. Gozo de la interrupción y me dejo abrazar por el misterio de lo que está por suceder.

CASETES MINI dv TIRADOS EN EL PISO

Por Sebastián Bier

Son las siete de la tarde, o las ocho, no sé bien, de un martes, o miércoles. En la terraza está oscuro, oscureciendo, mejor dicho, y estoy por empezar a hacer un asado. Fumo más de lo que debería y escabio menos de lo que me gustaría. Ahora es un tinto, ayer fue birra, creo, o al revés. El clima es el que me gusta, está fresco apenas, como para un bucito, y puedo usar bermudas. Estoy en patas. Lxs mostrxs juegan con barro alrededor. El barro lo sacaron de unas macetas secas que estaban abandonadas hace mil años. Les pusieron agua con una manguera y se armó la guerra. Están en calzones. Les pido que se pongan algo en los pies para que no se quemem con las brasas que en cualquier momento van a empezar a crepitar. Yo debería hacer lo mismo, pero me da fiaca bajar a buscar las alpargatas, aparte está tan lindo acá arriba... Cada tanto me toca correrlos, o dejarme atar con las cintas de unos casetes mini dv que le robaron a Flor que están rodeando cada uno de los objetos de la casa. Los rompieron a martillazos y sacaron las cintas.

No tengo cunita ni infiernillo, aunque me gustaría, pero la rusticidad da lugar a la colaboración de lxs menorxs; apilan carbón sobre los pedazos de madera de un cajón de manzanas y restos de papel cortados de la bolsa. Les pido que se bajen de la parrilla, que voy a encender. Lo hacen con saltos ampulosos y a los gritos. Se van a dibujar las paredes con pedazos de carbón. Prendo.

La noche está linda, como para reflexionar sobre los temas importantes de la vida, ahora que lxs mostrxs bajaron. Pienso si debería dejarme el bigote. Evalúo las posibilidades, no me va a ver nadie ahora luciendo lo ridículo que luzco con los tres pelos que me crecen mal en la cara. Por otro lado, dejarme el bigote implica afeitarme la barba, que me parece un paso adelante en el cuidado corporal al que no quiero ceder. La coquetería me da vergüenza. Me cabe el look náufrago, me siento un anacoreta. Flor solo opina que me queda como el orto. El fuego crepita y la parrilla pide en medio de la noche de mi terraza en el centro de manzana del centro de la ciudad. El silencio también está lindo, hasta que, primero tibiamente, después con un poco más de fuerza, arranca una ola de aplausos que baja de los balcones. Me da un poco de bronca, debo reconocerlo. No sé por qué. De pronto uno, de un balcón no identificado, me grita: aplaudí, pecho frío. Me da risa y miro alrededor para descubrir al aplaudidor compulsivo. No lo identifico. Una señora me pide un poco de asado, también a los gritos. Eso no me causa tanta gracia.

Lxs mostrxs suben y bajan, ahora a la mugre del barro se le sumó la del carbón, y los pedazos de naranja que le quedaron en las manos, el pecho y la comisura de los labios le

forman una capa pringosa donde la mugre se adhiere. Son un asco.

Ahora bajamos lxs tres y preparamos la carne y las verduras, primero nos lavamos bien las manos. Sal para la carne; sal, pimienta, algún yuyito y un poco de aceite de oliva para las verduras. Hoy vamos a aventurarnos con un debutante en el menú parrillero habitual, zapallo a las brasas.

De vuelta arriba, en la terraza, ahora arranca, esta vez más con mayor compostura, un levísimo cacerolazo. Serán tres o cuatro, cinco máximo, haciendo ruido con unas cucharitas sobre la tapa de una olla. Nadie grita. Aunque me imagino por dónde viene la mano, me toma por sorpresa la manifestación. Me da cierta ternura; si se lo tuviera que escribir en un guasá a algxn amigx seguro terminaría el texto con “paaaaabres”.

Mientras comemos -lxs mostrxs pelan los huesos de las costillas con las manos y a los mordiscones, como bestias salvajes- tomamos vino y charlamos. El mostro mayor, segundo grado, dice que extraña la escuela, que quiere hacer “escuela en casa”; rarísimo, nunca quiere ir a la escuela, ni que hablar de hacer las tareas. La mostra menor, jardín de cuatro, dice que ella no extraña nada. Yo no opino, la verdad no lo pensé. No sé qué extraño, a lo mejor algo sí, la(s) birra(s) de los viernes con la monada, quizás una noche larga, no más. A mí me sienta bien la cuarentena, digo. Flor se ríe, y me dice que me afeite esa barba ridícula que traigo. Le cuento del que me quiso hacer aplaudir. Me hago el zongo y pregunto, como si no supiera, qué aplauden. A lxs médicxs, me dice. Y a la policía, acota el mostro mayor. Lxs cuatro entonamos la canción de Flema, Nunca seré policía. Cómo se indigna la gente, comento con Flor. Lxs mostrxs ya se retiraron de la mesa y ahora corren por la casa enfervorizadísimos. Sí, es cierto, me dice, pero no es de ahora, no es por esto. Creo que tiene razón, la indignación, ese enojo engolado, profundamente moral y juicioso, es uno de los sentimientos más extendidos en los últimos tiempos, pero la situación les da más motivo, digo. ¿Vos viste la cantidad de gente que denuncia a otra por romper la cuarentena? Cuánto vigilante aspiracional... Las redes explotan: ponete barbijo, quedate en casa, limpiá bien las verduras, el hijx de putx que sale todos los días a sacar el perro al parque, lxs garcxs que se quieren ir a la costa. El sorete que quiere que abra todo, el gil que recita la cantinela de “la salud está primero que la economía”. Le pelotude que habla en lenguaje inclusivo. El fachx que se niega a hacerlo. Lxs chetxs que se van de viaje. Es el capitalismo, estúpido. Bullying Chan, Agamben, Žižek y Bifo. Joni Viale. Los rugbiers golpeadores. MMLPQTP. Los machirulos. El borracho mugriento de Ginés. Peronia. El lesbomarxismo. La yegua. Ni nis rir-pisintin. Lxs antivacunas. No al aborto (coja por el orto). Trump, Bolsonaro. iiiiiiAlberto Fernández!!!! IN-DIG-NA-CIÓN. Todxs con el dedo en alto, todxs subidxs al banquito de la moral. Qué risa, paaaaabres.

Ahora que la ciudad es una red de categorías entrelazadas

Por Victoria Noya

Termina la cadena nacional y aplaudimos desde los patios al corazón de una manzana macrocéntrica. Alguien le grita a mi vecina ¡callate peroncha de mierda! Ella contesta con aullidos: ¡ni bien pueda te voy a ir a abrazar! Al rato intercambiamos la alegría de hacer crecer lazos comunitarios sin chapar con gorilas. De otro lado de la noche mi amor bajonea a veces, dice pandemia global, redundando en conceptos de obturación sobre la posibilidad de proyectar. Prendo lo que quedó de la cosecha y el video en que la jefa pone en jaque a un intelectual pesimista: toda su vitalidad le echa en cara la fuerza de las genealogías. ¿Qué digo? Lo de siempre. En la incertidumbre presente, futuro hacemos nosotras.

Una amiga manda links de wetransfer para descargar películas de Erika Lust. La grupal se debate brevemente sobre el aura fotogénica de algunas pijas. Opino sobre ritmos de narración, aunque mis pensamientos son planos detalle cada día más abreviados. Agito por la ruptura de la convención, caídos los grandes relatos quiero abrazarme a la emoción pura. Difícil a veces zafar de viejos discursos de opresión, hasta hace poco eran diccionario: el fetiche de la herida, el desprecio por la vida, el pensamiento binario. Alguna vez estuvimos acostumbradas a ser las últimas.

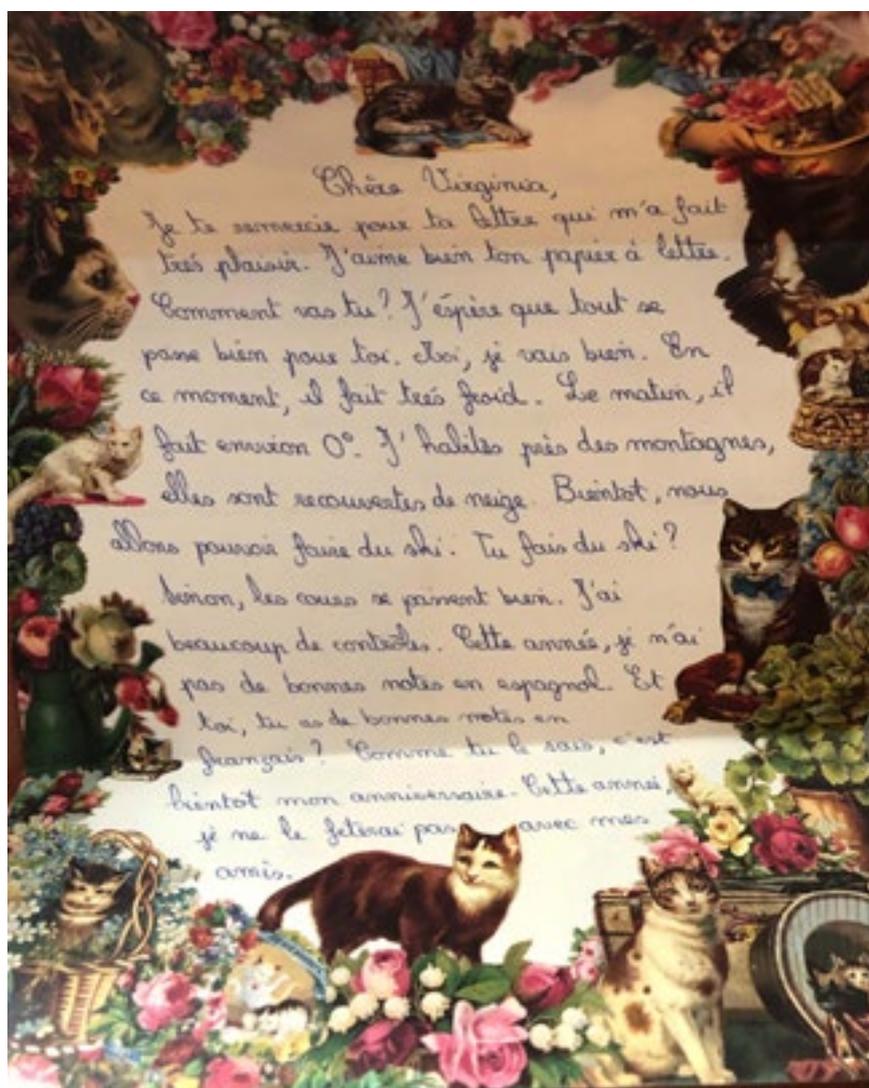
Por cierto, un informe que emitió la televisión pública en 2011 expone: el aborto es por entonces la primera causa de muerte materna en Argentina. Los que opinan en principio son tres hombres. Hablan del derecho a decidir sobre nuestros cuerpos. La nota abre con un plano espantoso: manos enfundadas en latex haciendo elementos quirúrgicos, todo virado hacia un azul gélido. A continuación, un tipo con sotana aclara: “Cuando hablamos de legalización, estamos hablando de la situación de la mujer pobre”. 500 mil abortos se realizan de manera clandestina ese año. El futuro ahí es la enfermera que camina por calles de tierra del brazo de dos vecinas que asisten al dispensario. Se la escucha en off hasta que su rostro vuelve a pantalla, habla con dureza y dulzura, pronuncia oxaprost.

No creo en el tiempo como materia aprovechable. El utilitarismo de algo inatrapable me resulta absurdo al punto de ominoso. Tranquila, me digo, mirá, leé como si fueran experiencias nuevas, hago el intento, dirimo mis emociones contra la saturación digitalizada. Vuelvo a enemistarme con el teléfono. Quizás los novios a distancia: casi una década a principio de siglo basta como experiencia virtual amorosa. Pero la retórica ¡ah! el fuego de las palabras.

En alguna enciclopedia afectiva escribí intimidad: caricia elocuencia fulgor hoja blanca tachón dibujitos cartas de la abuela Marta mirada de la abuela Elena. Una tarde en otra era, estamos a 327 kilómetros de casa. Tus ojos abiertos textura soleada son el tesoro, un reloj de antaño que juega sobre mi piel, con el índice me hace sombra, con la primavera que asoma y dice: este día es de laboratorio, de un equilibrio que no se repite. Me acerca un jardín frondoso en un vaso de la canilla, menos por sed que por ansia te tomo entero.

Ir hacia lugares comunes, también quiero. Sueño que te llamo para celebrar que cancelamos la deuda con el fondo. Me contestás: con qué plata si no hay dólares. Es diciembre y no imaginás que el espacio público se acotará a dos permisos que llevás impresos en la billetera.

Circular como enunciar: normalidad para volver, a dónde, no hay. Apunto fantasías de equidad: fin de la hiperproductividad, lapsos de delirio polisémico, redistribución de las oportunidades de goce. Practico la devoción por mis amores en la ansiedad de un mito de origen nuevo. La temperatura de las sábanas la dicta el afán de los cuerpos que desordenan la cama. La noche, que me fue amable y me enseñó el miedo y me enseñó el fervor, defiende una vez más mi deseo: duermo temprano profundo y sueño que Alberto me lleva de la mano por un paraje pampeano soleado y desértico.



Aislamiento

Por Ricardo Robins

Nunca había visto 200 camas vacías, prolijas, limpias, dispuestas de forma ordenada a un metro o metro y medio de distancia en un loop que no es interminable pero no hace falta. 200 camas que son somniers incompletos, sin revestir, que donó una empresa y lucen como un palet de madera, esos que juntamos de la calle para hacer mil cosas pero que después tiramos. 200 camas que soportan un colchón y arriba descansa la almohada, la sábana, la toalla y la frazada doblada para un futuro próximo dueño temporal. 200 camas en uno de los tres pabellones similares de la ex Sociedad Rural, uno de los centros de aislamiento creados en Rosario para enfermos leves con coronavirus.

Las camas esperan. La quietud inquieta. 20 camas podrían ser para un campamento de niños boy scout. 50 para alojar deportistas amateurs. Pero 200 camas así de pulcras, de sospechosamente asépticas, no. Si hay una guerra contra el covid-19, esto debe ser la trinchera. Y lo que inquieta es el ruido de la bomba por caer que no está. No hay nada cuando todos repiten: “Hay que prepararse para lo peor”.

¿Qué será lo peor? ¿Hablan de la enfermedad, de la curva de contagios o es una forma eclipsada de señalar a la muerte? ¿La muerte es lo peor; o es el miedo a la muerte y sus múltiples ramificaciones?

El otro día la periodista Sonia Tessa preguntó en su Facebook si estábamos tomando más alcohol o drogas por el encierro obligado. Yo seguí de largo. Pensé que no tenía nada para aportar y no lo hice, pero confieso ahora que casi le agrego alcohol en gel a un vaso con cerveza Ipa. A un cuarto o quinto vaso. Pero nada que ver, Sonia.

Porque en general las cosas les pasan a los otros. A los chinos, primero, que se empeñan en probar su chinesidad cerrando ciudades enteras de humanos con barbijos. A los italianos y los españoles, después, porque: imirá qué loco cómo cantan y aplauden! Y de pronto –aunque un amigo que vive por allá nos avisó y otro más mandó videos de los camiones militares cruzando una ciudad y algún medio mostró las fotos de los ataúdes y de las fosas comunes en Estados Unidos– todo aquello decanta, asoma como real y cercano. Demasiado cercano cuando estás dentro de un pabellón con 200 camas vacías y vos, y todos, tienen puesto un barbijo porque es obligatorio.

Un par de horas después de terminar y publicar la nota de los centros de aislamiento listos para usar, en este jueves de abril, la sensación, el residuo de esa sensación tabicada por cierto estado de alerta laboral aflora. Pero ahora estoy en el balcón de mi departamento de primer piso. Al lado, Vera, de 6 años, habla con Olivia, de 7 que se asoma desde la ventana de la hilera de casas de enfrente. A esta hora de la tardecita, ellas y muchos

chicos y chicas del complejo (somos 80 familias en tres torres de barrio Echesortu) solían bajar a jugar al patio en común. Una hermosa plaza seca colectiva que está desierta desde el 20 de marzo. Por eso, Vera y Olivia se limitan a hablar desde el balcón y la ventana.

– Ay Olivia, me falta un novio desde todo el año–

–Pero Vera, vos no tenés que pedirle permiso al chico. Lo hacés tu novio y listo–

–Pero no sé, porque no puedo ahora. Y tengo un tema con los dientes amarillos–

– Ah, mañana te llevo una pasta de mi papá que te la pasas y te quedan blanquitos–

Ellas tienen esas charlas fabulosas que parecen mal editadas, con un mal manejo de la elipsis, pero son así. En tiempos de cuarentena se agravaron porque la imposibilidad de salir de la casa se les cuele de forma abrupta, se les cae en el medio de una oración sobre unicornios o irrumpe cuando se cuentan de los regalos de pascua que son bombachas rotas o un calzoncillo sucio que le dieron a un amigo del papá de Olivia que se portó mal.

Dos periodistas se pelean al aire en la radio. Uno ya dejó de ocultar su ira hacia las personas que pasean perros más de lo debido. Lo debido, define el movilero es “salir 50 metros, el perro hace lo suyo y volvés a tu casa, ¿qué tenés que andar diez cuadras con el perrito?”. Es casi un reto, una reversión local de ese alcalde italiano sacado con su pueblo desobediente.

El conductor en el piso, que imagino a favor de los pasea perros, aunque él no lo confiesa, indaga en la materia con clara malicia. La motivación del otro emerge entonces como lava: “Se escudan detrás del estrés de un perro que tiene que pasear. ¡Por estrés! ¿Sabes cómo pasó el cumpleaños de 4 mi hijo? Con la mamá y el papá y nadie más... no fui a buscar ni a los tíos”.

El intercambio me atrapa porque tengo un pie en cada lado. Soy uno de los que quiebra esos límites de la ética canina y aprovecho para caminar unas cuadras con mi perra Gunda. Y, también, tengo un hijo de 3 años que no puede más con el encierro. Alguien dijo por ahí que el aislamiento obligatorio es una gran medida del presidente de la Nación pero que cada familia es, a su vez, una pequeña Nación.

Mi compañera, Vanina, que sabe mucho y bien de eso, una de esas tardes de colapso nervioso llevó al kiosco de la vuelta a la perra junto a nuestros hijos Pedro, el de 3, y Ema, de 12. Les compró caramelos y chocolate (a los chicos). Y Ema celebró el verde tan verde de un pasto iluminado por el sol. Una válvula de escape para la pequeña Nación en riesgo.

Porque Pedro sigue gritando “Vamos Alberto” a las 21 cuando aplauden, pero Ema ya no le dice Alberto, se distanció a un “Fernández”.

Son esas válvulas de escape, en definitiva, las que hacen posible la cuarentena general. Por supuesto que hay quienes prefieren señalar la falla del otro en lugar de revisar la propia. Quizás por eso proliferaron tantos buchones como infractores en la pandemia rosarina.

A propósito de pestes: ¿Qué virus conquistó a los dirigentes y periodistas que redefinen a la clase media como parte del 0,1% más rico solo para defender a éstos de un impuesto urgente?

Antes de abandonar la ventana, Olivia le avisó a Vera: “Cuando yo abro acá (por la cortina blanca detrás de las redes de seguridad que tienen forma de rombos y dos pececitos de colores pegados) es porque estoy acá”. Volvió al rato disfrazada de varón (con una chomba de la escuela) para que Vera, que se quedó limpiando unos lentes de su abuela –según me dijo durante la ausencia de su compañera de enfrente–, pueda practicar con un candidato a novio.

– Voy a probar la voz de varón... ejeemmmmm...: “Hola Vera”–

– No así noooo. Pero Olivia, icómo le voy a decir palabras si no lo veo en el recreo!–

– Mi novio me conoce desde los dos meses–

– Bueno Olivia, chau–

– ¿Mañana querés venir a mi casa?–

– Capaz me dejan, pero tengo que compensarla a mi mamá, porque antes vivíamos en Baigorria–

– Bueno, después te paso la dirección–

No será mucho contar los muertos en la tele, en la radio y en los medios digitales, uno por uno, todos los días. La verdad, no es algo que me afecte en especial. Pero ¿está bueno eso? ¿No hay demasiados comunicadores diciendo una verdad que otro contradice al rato? ¿Cómo es que un funcionario niega algo que a los días es decreto?

“Si no saben qué poner, pongan música”, pidió Sergio Maldonado, hermano de Santiago, a los medios que mal informaban sobre el caso por torpes o malditos. La diferencia de aquella confusa tragedia nacional frente a un virus desconocido es mucha –y no quiero atentar contra la industria que me alimenta– pero: ¿No hay demasiada hojarasca y poco

tronco sólido donde sostenerse en la pandemia de los medios?

Cuánto mareó ese ruido a uno de los porteros y vigiladores de mi edificio que me dijo enigmático una noche: “Hay más muertos que los que dice el gobierno”. Y a mis viejos, población de ultra riesgo, que les llevé un medicamento oncológico y me recibieron con un papel de diario seco puesto en el piso como única barrera sanitaria.

Recuerdo una sola cosa del brote de cólera cuando era chico, en los 90’: la propaganda oficial que indicaba cómo hervir el agua cinco minutos o echar dos gotas de lavandina por litro. ¿Y si nos limitamos a difundir la información útil y buenas historias? ¿Y si ponemos música?

Porque entre la hojarasca hay quienes juran con cara seria “que esto llegó para quedarse”, que “el mundo ya no será igual nunca más” y no se refieren a los aires limpios de tóxicos y a los peces danzantes en ríos transparentes; apuntan a jubilar por siempre los abrazos, extinguir los asados, prohibir los reencuentros. Lo resumió Beatriz Sarlo al bendecir en el prime time televisivo “una ventaja enorme del coronavirus: vamos a cambiar esa costumbre ridícula de darnos besos”.

Si es por ahí, me vuelvo al balcón, a los sueños con recreos y amores de Vera y Olivia.

El ansia

Por Maricel Barger

Cuatro semanas de aislamiento y la rutina se vertebró en tres funciones vitales: comer, cagar y (la imposibilidad de) coger (con j). A lista se suma una cuarta “c”: canciones. Dos infinitivos, un reflexivo y varias playlists intercaladas. Todo en un universo de 35 metros cuadrados, paredes blancas y un piso de parquet que demuestra la imposibilidad de los anteriores inquilinos de moverse sin volcar líquidos. ¿O será que hubo otros aislamientos antes? La madera ofrece una calidez al tacto y la frotación distinta a la imparcialidad de las baldosas.

Todo es adentro. El afuera es ocasional, extraño y hasta híbrido, tanto que una rata en una panadería no genera ni asco. Cuerpo mediano de pelo corto y grisáceo. La mirada la sigue mientras ella registra los espacios entre las heladeras. Husmea a la caza de una abertura que asegure su vida antes de que llegue el primer grito. Un intersticio en el que pueda entrar.

“La vida no está completa hasta que tu corazón pierde un latido. Y nunca lo recuperarás, tampoco podés volver el tiempo atrás”. La idea de un tiempo (o beat) perdido se asemeja al encierro: un ansia en loop que recorre cada pliegue del cuerpo y en la que, al igual que una rata, se busca una hendidura donde ahogar la espera.

“Caramelos de miel entre tus manos” y la promesa de “una cita ideal”. De a ratos te llega la calma. El hastío y el silencio se cancelan en un continuado de jadeos. Breves impulsos nerviosos ponen en destellos blancos la normalidad suspendida.

En otros, nada alcanza. La alquimia de fluidos y movimientos te inflama las mejillas pero los pies están fríos. No hay otra voz, otra mirada o una mano distinta que separe los pelos pegados a la cara.

“Uso mi flash. Capto impresiones”. El encierro potencia la fantasía. En ese mundo paralelo que también ocupa un décimo piso con ventana al sur hay diálogos imaginarios. No existen los miedos y la única violencia es el propio dolor. Pantallas y objetos animan las ficciones de la desnudez.

Hay tapabocas obligatorios, distanciamientos obligatorios, restricciones para el “crush”, pero no hay ley contra las superficies de placer.

Las canciones

“Goodbye Lucille #1”, Prefab Sprout

“Luna de miel” y “Superficies de placer”, Virus

“She bop”, Cindy Lauper

Todo lo demás es afuera

Por Javier Núñez

UNO

Desde que empezó el aislamiento mi casa equivale a mi mundo. Ahora el norte es el living con el ventanal que da a calle Urquiza y el sur, la cocina y la puerta prohibida. El este es un sillón que casi siempre está tomado por el gato; al oeste se alza una cadena montañosa de almohadones sobre la cama. El mundo se contrajo y las fronteras están delimitadas por paredes blancas. Salvo contadas expediciones al exterior para ir en busca de provisiones o para asistir a algún familiar, estamos confinados a la casa: lo doméstico se ha vuelto un todo y todo tiene lugar en el ámbito de lo doméstico. Es geografía y territorio en disputa. Dentro de estas fronteras están los espacios que mi compañera, su hija y yo nos repartimos para que funcionen, a veces en simultáneo, la oficina, el salón de clases, el cine, la facultad, el taller, el bar donde nos encontramos por Zoom con familia o amigos. Todo lo demás es afuera. Un concepto tan vago como amenazante, que abarca desde el supermercado que está a la vuelta hasta el confín más lejano del planeta.

Es un mundo estrecho: no hay ni siquiera un balcón. Antes de todo esto teníamos un ritual: a eso de las siete mi compañera o yo nos levantábamos —más ella que yo— le poníamos comida al gato y alzábamos la persiana para que mirara a la calle a través de las rejas y la malla de protección. A veces lo veía asomarse a ese mundo vedado que se desplegaba allá abajo y me daba cierta pena.

Ahora lo hacemos los dos, el gato y yo.

DOS

Hay días en que el encierro nos agobia a todos y entonces subimos a la terraza. Si vamos por la escalera, contamos los departamentos en los que se acumulan zapatos en la puerta como a la espera de los Reyes Magos. La terraza es pequeña, con jaulas de alambre oxidado y casi nada de espacio libre. A veces, igual, hay alguien que hace ejercicio siguiendo una rutina por Instagram, y entonces hay que esperar o ubicarse en el sector opuesto. El virus nos volvió a todos un poco más animales, un poco más agresivos en la defensa de la territorialidad. El espacio personal que uno considera sagrado se ha extendido, y la invasión de ese espacio puede generar reacciones de todo tipo. La mayoría da unos pasos atrás, pero nunca falta el que muestre los colmillos.

La primera vez que subimos, lo hicimos al atardecer. Fuimos mi compañera y yo: llevamos una lata de cerveza y nos acodamos a mirar la ciudad vacía allá abajo. Después subimos dos o tres veces más con la nena, que canta o salta la sogá. También hay días

en que el encierro nos agobia pero igual me quedo en el departamento y dejo que suban ellas dos para quedarme solo un rato. Cuando el afuera no es un terreno prohibido siempre se puede huir por un momento y así uno afloja tensiones, posterga confrontaciones incómodas, deja que bajen las aguas que amenazan con colmar el vaso propio o ajeno. Ahora no hay hacia dónde escapar. No queda más que permanecer y enfrentarse con lo que molesta, irrita o hastía de los demás.

O de uno mismo, lo que es todavía peor.

TRES

No me gustan los grupos de WhatsApp ni las videollamadas. Ni siquiera me gusta hablar por teléfono: saludo, comunico una información determinada, cuelgo. No sé conversar. Soy el bicho raro de la casa: mi compañera habla siete veces por día con madre, escucha audios en altavoz, graba mensajes todo el tiempo. La hija tiene llamadas con el padre o la abuela que pueden extenderse por más de una hora y media. La casa está llena de voces y yo envío noticias con la frecuencia de las cartas que llegaban por barco de Europa. Reviso el grupo de WhatsApp familiar para comprobar que todos están bien y me muevo en silencio.

Igual de vez en cuando hablo con mis hijos. Lo hago casi a escondidas porque después, indefectiblemente, lloro.

CUATRO

De todos modos no me quejo. Sé que formo parte de un grupo privilegiado. Sigo trabajando desde mi casa y el sueldo fijo en estos días es una tabla a la que nos aferramos con uñas y dientes hasta que pase esta tempestad en la que naufraga el resto de nuestra economía familiar, compuesta por ingresos informales y de monotributistas de los dos. Me levanto a la hora de siempre, cumplo mis 9 horas de trabajo de oficina desde mi casa, y los martes y jueves cuando termino la jornada dicto un taller de escritura creativa hasta después de las 21, pero ahora por Zoom. Aunque a veces me irrita esa idea de “ahora que sobra el tiempo” —y más todavía esa especie de implacable demanda de productividad—, sé que haber sostenido rutinas cotidianas contribuyó a espantar algunos fantasmas de la angustia. No sé cómo hubiera transitado esto de otra forma, cómo me podría haber afectado.

Me alejo de los noticieros, del conteo de muertos, de las previsiones fatalistas, de pasar mucho tiempo en las redes, de los excesos de la sobreinformación. Leo novelas largas. Miro películas. Escribo y me quedo en una historia a la que trato de darle forma. En estos días, más que nunca, la ficción es mi cobijo y refugio. No quiero pensar en el hoy.

No quiero interpretar lo que pasa afuera. No puedo. Me prometí no escribir el enésimo diario de la peste ni textos como éste.

Aunque hay días en que esa especie de burbuja también se vuelve incómoda.

Recuerdo una escena del libro *La tierra permanece*. El mundo es un montón de despojos y la humanidad fue arrasada por un virus implacable al que sobrevivieron unos pocos acá y allá. El personaje principal recorre las avenidas desiertas de Nueva York —el espectro de ciudad en que se ha convertido Nueva York, con un bisonte que se pasea por el Central Park, un transatlántico encallado cerca de la estatua de la Libertad y una fina capa de polvo que lo cubre todo— y se encuentra con dos sobrevivientes, Milt y Ann. Es gente que se pasa los días jugando al bridge, escuchando discos, bebiendo y conversando sin apuros. Viven en Riverside como náufragos en una isla desierta y viven cada día interpretando la comedia de la pareja con una vida normal, como si afuera no hubiera un mundo que se acabó. El mundo se reduce a lo que pueden alcanzar en sus caminatas: Broadway al este, el río al oeste. Un mundo de cinco kilómetros. “La orilla izquierda estaba tan lejos como Filadelfia. Brooklyn era una región tan fabulosa como Arabia”, dice.

¿Cuál es el límite de nuestros mundos hoy? ¿Qué calles del mapa se nos han vuelto, de golpe, fabulosas como Arabia, inalcanzables para nuestras breves exploraciones con barbijos y bolso de los mandados?

CINCO

Pero no lo pienso con afán fatalista. Lo pienso preguntándome por ciertos aislamientos —reales o imaginarios— que, a veces, hacen que dejemos de ver si afuera el mundo se acabó, atraviesa un período de pausa que más tarde o más temprano irá quedando atrás para reconstruir una vez más la normalidad, o acaso está cambiando de una vez y para siempre.

Por ahora, supongo, no queda sino esperar.

Johnny

Por Agustín González

Esta mañana quise hacer mermelada de jengibre y rosas, pero se me pasó el punto del azúcar y terminé haciendo caramelos, que de todos modos resultaron exquisitos. Cada tanto pregunto en qué día estamos o qué día es hoy, para recordar el antiguo calendario y el orden tradicional de los días, en donde un lunes era muy distinto a un miércoles y sin duda muy distinto a un viernes. Mi amigo J, que pareciera no perder nunca la cuenta, responde siempre a mi pregunta.

Creo que es momento de presentar como corresponde a mi amigo J. Como dije anteriormente, el aislamiento nos encontró en su casa en el campo, construida sobre los restos de un monasterio colonial.

Johnny es astrónomo, graduado de la Facultad de Astronomía de Esquel, y aunque en la práctica no se dedique a ello, en la última remodelación de la casa, la torre del campanario del monasterio fue acondicionada como observatorio para ver el cielo a través de un telescopio. Johnny tiene una segunda profesión que le da mayor satisfacción y que es la música. Es pianista y es por eso que en el gran salón abovedado de la casa hay un piano de cola. Dos o tres conciertos al año por el mundo, sumado a algunas masterclass le permiten vivir cómodamente.

El caramelo de rosas quedó arriba de la mesada y ahora está lleno de hormigas. No son las típicas hormigas negras, sino unas chiquitas y rojas, domesticas, que se alimentan de la cocina humana. Las batallas que tenemos que dar contra ellas son diarias y a veces más de una vez al día. No se puede dejar nada comestible en la mesada porque en seguida las exploradoras lo descubren y dan aviso a las recolectoras, que se ponen en marcha hacia donde está la gota de aceite, el hilo de miel, el grano de choclo frito, el pétalo de rosa, y de pronto hay cientos y cientos que salen desde grietas en la pared. A veces tengo la impresión de que la casa está construida sobre un enorme hormiguero.

La casa se incendió dos veces, una en los 80 y otra en los 90, devorando todo en su interior, como si se purificara cíclicamente. Lo curioso es que, según dicen, también el monasterio había sufrido varios incendios. Con esto quiero decir que los pocos libros que hay actualmente en la pequeña biblioteca son todos originales de la casa, en inglés, y son los pocos sobrevivientes de los múltiples incendios. Pertenecían a los tatarabuelos de Johnny, Emmeline y John Broadwood, un matrimonio de maestros norteamericanos de los que vinieron al país en la época de Sarmiento. Ellos adquirieron la propiedad y el monasterio y realizaron la primera restauración, que fue en madera.

A esta biblioteca tan particular pertenecen los libros que leo durante el aislamiento.

Recientemente empecé a leer Emma, de Jane Austen. Emma es linda, inteligente y rica, vive en una casa cómoda, con todo a su disposición. Tiene 21 años y no piensa casarse. No lo necesita. Y además no está enamorada de nadie. A Emma le gusta buscar el amor para otros, match making, posibles matrimonios por amor o por conveniencia. Leí durante toda la mañana tirado en el sillón mientras mi amigo Johnny, al piano, tocó su repertorio matutino, que incluye siempre El despertar de los durmientes, de Bach.

Después del mediodía salí a caminar por el parque y vi un aguilucho volando en el cielo, altísimo, dando vueltas en espiral. Huyendo de él, bandadas de cotorras verdes y charlatanas surcaron los árboles. Pensé que hay pájaros solitarios y pájaros comunitarios. A la hora de la siesta seguro aparece algún cardenal a cantar desde las ramas de un olivo y los loros azules que vienen a comer los últimos dátiles de las palmeras. Cada animal tiene su hora en el jardín, las abejas aman las rosas y las salvias por la mañana y las lavandas por la tarde, las mariposas van a morir al atardecer, entre los papiros del estanque. La iguana se hace presente solo una vez o dos al mes. Y dos veces al día, Susy, que es una perra salvaje casi ciega y gris viene a tomar agua del estanque. Y las hormigas que están siempre, trabajan las 24 horas.

Vuelvo a recostarme al sillón, dejé a Emma en medio de un capítulo divertido y cruel: un admirador secreto le regala a Jane Fairfax un pianoforte y todos elucubran chismes pertinentes. Me levanto del sillón porque Johnny exclama en la cocina y son las hormigas que están encima de los caramelos de rosas. “Son miles” dice Johnny. “Bueno quizás exagero”.

Días después sigo leyendo la novela. Emma arruinó todo al querer juntar a Harriet con Mr. Elton y ahora Harriet tiene roto su corazón. Es el capítulo en que Harriet quema el máspreciado tesoro que había guardado todo este tiempo: una curita que una tarde le había dado Mr. Elton. Ahora Harriet la arroja al fuego y se promete sacarlo de su corazón para siempre.

Sigue el aislamiento y el otoño ya da sus señales inciertas, como el frío con sol de esta mañana y una cualidad de la luz que cambió. El color de los árboles y de las plantas, el verde unánime que mantenían todavía hasta hace unos días, se transforma en marrones, amarillos, naranjas, rojos y grises.

Con los primeros fríos las hormigas desaparecieron por completo. Ni una sola más fue vista. No así los grillos. Los grillos también invadieron durante el fin del verano, pero mucho más desorganizados e individualistas. Debe de ser cierta la fábula, porque mientras las hormigas trabajaron día y noche, los grillos se la pasaban en el estanque cantando con las ranas, buscando un compañero.

Por la tarde, Johnny toca su repertorio actual: Beethoven, Liszt, Chopin, Piazzolla y Milici. La música del piano llena todo el lugar, el gran salón abovedado, las galerías, las

habitaciones. Yo continúo leyendo. Es el capítulo en que Emma reconoce claramente en su corazón que ama al Sr. Knightley.

Por la noche aparecen los grillos, los que todavía persisten. En la ducha, mueren bajo el agua sin siquiera intentar escapar. La noche está clara y fría. Siempre salgo a caminar por el parque por la noche, aunque no me alejo mucho de la casa. La luna está brillante y finita.

Los grillos persisten todavía, no tantos como antes, porque van muriendo, debilitados por las bajas temperaturas y la falta de alimentos. Los grillos mueren extenuados, y da la impresión de que se dejan morir. En verano eran miles y cantaban y eran todo alegría, y en unas semanas caerá la helada y ahí sí, será el final para todos ellos.

Por suerte las cosas son como tienen que ser, y después del invierno vendrá la primavera, como a cualquier noche le sucede la mañana. Estoy por terminar de leer Emma. En un acto de heroísmo del sentimiento, el Sr. Knightley va a confesarle su amor a Emma y dice con voz tímida: “Si te amara menos, Emma,…” pero no pude continuar leyendo, porque apareció Johnny en el salón y dijo con entusiasmo que acababa de descubrir algo maravilloso en el cielo. Que fuera con él a la torre a ver en el telescopio.



Contrapunto

Por Caro Musa

1

Una mujer limpia frenéticamente todo el día desde hace varios días. Limpiar es una puerta giratoria que abre la memoria, o la imaginación. Ya he escrito eso en otra parte. Pasa los sesenta años y no le hace falta cerrar los ojos para juntar las nueces bajo el nogal. No tiene nombre todavía. Ni pasado ni cara. Mueve la franela sobre un mueble desvencijado que es casi un panteón para decenas de fotos que se amarillean ahí. Hijos, nietos, familiares de varias generaciones. Veo su espalda. Los rulos blancos le caen sobre los hombros.

Vació una botella de agua en las plantas del balcón. Abajo, en el entrepiso, un vecino corre en círculos mirando cada pocos minutos un aparato en su muñeca. Lleva puesto un barbijo. Si un gigante asomara la cabeza ahora mismo sobre esta pecera mental posiblemente se reiría: corre como un hamster en la rueda, entre la desesperación y el ridículo.

2

¿Quién será esa mujer? En este punto un personaje no es nada, un hueco, un armazón de alambre sobre una forma retorcida que quizás conocés. O un sonido, una palabra esdrújula que rebota arriba, abajo, a los lados. Débora. Una interpelación que se apodera de la mente. Devora. Aunque nadie la llama así. Vive sola y su rutina no ha cambiado mucho. Excepto por los sueños. Anoche caminó sobre un paisaje de hielo, atardecía y era hermoso hasta que no supo cómo volver. Ni a dónde. Desde antes se escuchaba los pensamientos, pero ahora más. Hace días que no habla. Recoge nueces y da vueltas alrededor del establo escondiéndose para acariciar a los caballos.

Si me preguntaran diría que la relación del sonido con la memoria es vital. A quién le importa semejante cosa. Pero si remotamente alguien me lo preguntara, rasparía el suelo con las uñas hasta extraer las palabras precisas/preciosas que lleven a su oído el viento de verano cuando mueve las ramas del nogal.

3

Débora suele lavar las ventanas del living los sábados. Son tres ventanas y no parece que necesiten ser lavadas con semejante ritmo, pero ahí está ella llenando el balde con el agua de la costumbre, mojando el trapo de la costumbre, moviendo el brazo de la costumbre. Si no fuera por el ruido que provocan los objetos, sus roces, no sabrías adonde

está. Anda silenciosa por la casa. Por la vida también. Cada vez que la visitan los hijos y los nietos le duele la cabeza. Se acuerda cuando herraban los caballos. El griterío. En especial se acuerda del toro, señor rey de la tranquera echado a la vera del arroyo moviendo el aire denso con la cola. Un día vio un caballo pararse en dos patas. El abuelo la puso en penitencia porque no debía estar ahí. La abuela no la defendió. Ni entonces ni nunca. “No sirve para nada, pero si usted la quiere...” Palabras de la abuela para el hombre que pidió su mano como un caballero en armas. Palabras que tienen el poder de confinar a alguien al silencio. Digo, tratando de entender, no es estrictamente necesaria una pandemia para sentir la garganta clausurada con una bolsa de piedras. No escribís esos días, no usas el cerebro para ninguna cosa y oís el metrónomo tac tac tac de derecha a izquierda, de izquierda a derecha marcando el tiempo.

4

Huelgan las razones, pero hace horas que pienso en unos zapatitos hundidos en el barro. Los de Débora. Bajaron de un colectivo cuarenta años atrás, directo a la incertidumbre y sin boleto de regreso. Dos tiempos diferentes pero el mismísimo calor levanta humo del asfalto mal hecho y quema la planta de mis alpargatas. Me estoy comiendo una naranja ahora. No delante de la pantalla sino allá, en la memoria que remueve este texto, bajo un paraíso de la plaza pelamos las naranjas con los dedos y aunque no me gusta la acidez de la cáscara me gusta el premio: succionar el jugo dulce, desenfundar la naranja y arrancarle a mordiscones esos gajos hasta dejar sólo la cáscara del revés. Puedo retener cierta cantidad de movimientos y acciones, pero invento todo lo que hablábamos. ¿De qué hablo ahora? Las autopistas de la mente son insondables. Persigo un gato adentro de la mente y es un gato invisible, o mutante.

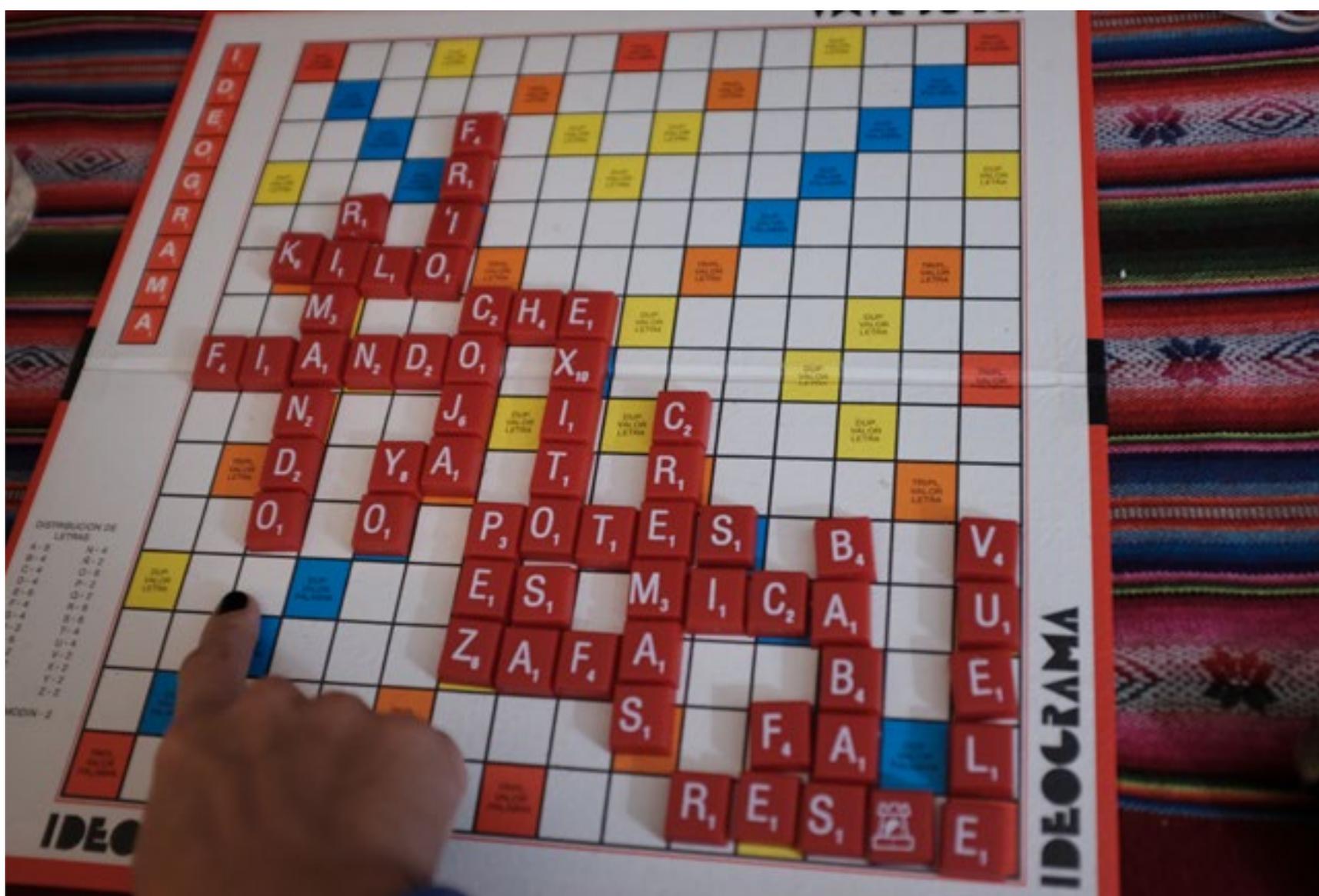
5

Miramos la trastienda de la ciudad destartalada desde el balcón en contrafrente, contamos hasta cien y abrimos el vino cada noche quince minutos antes que la anterior. Eso nos lleva hasta la caída de la tarde. Si sigue así esta sucesión de domingos calculo que al final de la pandemia habremos extirpado definitivamente el agua de nuestras dietas. Sólo beberemos vino.

6

Ayer dejé a Débora en un pueblo envejecido al costado de sus ruinas ferroviarias. Fue a una hora como ésta: bajaba el sol por los rectángulos de cemento y no llovía como llueve ahora, lento, finito.

La lluvia demora la historia. Alguien podría cortar la cebolla de ese modo que tantas veces he querido y no logro contar: sin el más mínimo registro del método, hacia un lado, hacia otro, como si fueran puñaladas. Pero no, tampoco. El que aparece claramente tiene tres dientes en la boca y se presenta hablando en una media lengua del monte que Débora entiende apenas. De este hombre no sabe nada, pero entrevé. ¿Hachero? Arrimo el torso queriendo oír, como si el problema estuviera en las ondas sonoras. Callarse es una estrategia también: la de los cobardes.



Las dos noches

Por Ángeles Ascúa

Ringo atraviesa una crisis de apego. A pesar de dormir entre nosotros, se despierta cada hora. Tuve que aprender a anticiparme a sus reacciones para no interrumpir un intento de descanso. Por eso la noche adquirió otra entidad para mí. Transitar ese estado de quietud y expectativa, me volvió más sensible a sus matices.

Desde que empezó la cuarentena alterno un sentimiento de gran desazón, de preguntarme si el mundo volverá a ser como era antes, que por momentos se opaca con una sensación más apaciguada como de estar de vacaciones. Será por eso que con el amanecer volví a reconocer una temperatura particular, un frío que aparece cuando se hace de día. En esta coyuntura, quizás percibir que empieza un nuevo día se haya transformado en un acontecimiento significativo.

El verano de Rafaela era casi insoportable, rajaba la tierra. El camión del riego tenía que pasar por nuestra calle para amenguar la nube de polvo caliente que levantaba el viento norte y los autos al pasar. Desde los cuatro a los quince años asistí, cada uno, con mi hermana a la colonia que funcionaba en el club del Frigorífico Rafaela alias Lario. Era la única que se realizaba a la tarde, de catorce a dieciocho horas, mi mamá la elegía porque consideraba que de mañana la temperatura del agua de la pileta estaba muy fría. Funcionaba exclusivamente para los empleados del frigorífico, aunque mi papá no trabajaba más ahí nos seguían admitiendo.

El Lario era nuestra escuela de verano. Dos ómnibus recorrían toda la ciudad y nos trasladaban hasta el club que quedaba en otro pueblo, de nombre nostálgico como lo son estas noches, Bella Italia. Estos días me siento igual, pienso que si encontrara una tierra desierta tan productiva le pondría Bella Rafaela sin dudarle. Hacíamos el recorrido completo del micro, porque mi casa quedaba al ingreso de la ciudad. El club estaba al lado de los tambos de Alfredo Williner, donde se criaban las vacas de las que se extraía la materia prima para el dulce de leche más venerado, el Ilolay, elegido cuatro veces consecutivas el mejor dulce de leche del país. Cuestión que el club era inconmensurable, no se reconocían sus confines porque después venía el terreno de las vacas. Las instalaciones eran modestas, eso ayudaba a que el terreno se viera tan extenso. Un quincho, una cancha de tenis, un playón, dos vestuarios, una habitación para los andariveles y la pileta olímpica, majestuosa, de 3,45 metros de profundidad, bordeada por un lava pies en el que corríamos porque la baldosa calentaba horrorosamente. Completaban las instalaciones una pileta más chicas casi playa y un pino, que a pesar de haber varios árboles, funcionaba como un edificio más. Ahí se desarrollaban las reuniones y nos daban las instrucciones para la agenda del día.

Mario Mayo era el director, además de tener un talento especial para enseñar y entretener, armaba muy buenos equipos de trabajo. Por ejemplo, la señorita Natacha que nos sentaba a todas las chicas en fila antes de volver a casa y nos peinaba una por una con trenzas muy sofisticadas, recogidos o rodetes.

El evento más importante era el campamento de tres días y dos noches. También estaba el de supervivencia. Arde el fuego, se prenden los leños, unamos las voces amigos cantemos. Existía un código, especialmente durante la adolescencia: no había que dormir. No sé si era el cansancio o toda esa magia, que de repente al amanecer percibía una temperatura ridícula. Paulatinamente, la oscuridad empezaba su retirada y aparecía el momento más frío de la noche ¿Cómo podía ser? semejante contradicción: salía el sol y la impavidez nos obligaba a buscar un buzo. Nunca lo pude comprender. Me resistí mucho tiempo a esa sensación que vuelvo a percibir estos días y que había olvidado. La luz traía una emoción especial, un perfume que vuelvo a sentir mientras acuno a mi hijo.

Para despedir el verano nos sentábamos con todo el grupo de amigas sobre el trampolín, estaban las hermanas Mayo con su prima la Gigi Abraham, las Zenklussen y Fantini, las Navarro, Laorden, Sara, Irazábal y nosotras dos, las Ascuitas.



Encierro

Por Daiana Travesani

Es 11 de abril y el reloj marca las 3.12 de la madrugada. Cuarentena nuevamente tres años después y en la misma fecha. A esta misma hora en el aislamiento de 2017 tampoco dormía. Los pensamientos, al igual que hoy, me aturdíen.

La incertidumbre crece. Puedo ver como las paredes de la habitación se desintegran en mil partes para dibujarme túneles interminables llenos de anhelos de esa vieja vida cuando no había pandemia.

Siempre me gustó dormir con la persiana abierta. Me gusta recostar mi cabeza en la almohada, ver por la ventana el cielo oscuro, a veces con luna y estrellas, otras sin nada como si se desnudara y así quedara.

Mi encierro comenzó el 15 de marzo. A casi un mes de ese fatídico inicio la persiana en alto me alivia. Me dice “tranquila” cada vez que despierto por la noche sin poder respirar. “Es la ansiedad hermana”, me digo a mi misma, mientras me desvelo y pienso.

Me encuentro en una película sin fin, madrugada tras madrugada, abro las cortinas y veo el reflejo de mis ojos perderse entre las luces de algunos edificios. La falta de contacto humano. Extraño a quiénes no creía extrañar y dejé de pensar en personas que sentía que eran importantes en mi vida.

Tanta miseria social duele. Mi primera cuarentena fue por una operación, una craneoplastía. En ese momento dolía mi cuerpo sobre todo y mi alma también porque tenía que soltar una parte de mí y empezar a ver cómo vivir con la nueva yo.

Pasé muchas horas en silencio, en una soledad muy cruda. En ese entonces no soportaba los ruidos más o menos fuertes. Dormía muchas horas, cuando despertaba pensaba y me angustiaba, hasta el punto que me enfrenté tanto a mí que pude verme, terminar de romperme y empezar una nueva construcción dentro de mí.

Cuando empezó este encierro pensé: “La tengo re clara en ésta yo”. Las dos primeras semanas fui un 10, me sentía con mucha seguridad porque jugaba en mi cancha y no me era desconocido el partido. Pero la tercera semana me desmoronó. Lloraba sin saber el porqué, despertaba cada vez con más miedo, por las tardes la tristeza se hacía carne y mis manos temblaban sin parar.

Estuve días encerrada en mí misma, descompuesta de una manera muy fea y sólo pensaba en cuánto cariño estaba necesitando con urgencia.

Hablé con varias personas y empecé a sentirme menos sola en esas crisis emocionales porque la mayoría estaba sintiendo algo así. El aislamiento, junto con la incertidumbre, genera esto después de cierto tiempo.

Explico en cada conversación que esta pantalla negra y táctil se siente como un pequeño agujero negro succionándome al mundo de la irrealidad, dónde no se conoce el calor de los cuerpos unidos, el ardor de los besos, la suavidad de las caricias, las vibraciones de dos miradas unidas en una misma sintonía y sobre todo la alegría de poder compartirnos en abrazos, de esos que duran 30 segundos reloj y se traspasan las almas mimándose, dándose amor.

Mi duda es porque en la cuarentena de 2017 no me sentí así. Quizás haya sido porque en ese momento me acongojaban otras cosas como pensar si iba a volver a caminar o quizás porque sabía que afuera todo seguía igual que siempre. No lo sé.

Ahora siento que me pierdo, que no sé qué debo hacer. La virtualidad me abruma. Nunca me gustó mucho la tecnología, pero ahora tengo la sensación que está robando parte de mi ser.

Extraño saludar al chofer del 127 o al del 126 por las mañanas, extraño que Pali me haga el desayuno en la oficina y que Coni llegue cantando a los gritos. Extraño analizar el calendario y ver algún fin de semana largo para volver al pueblo. Extraño pelear con mis vecinos porque dejaron el ascensor mal cerrado, o con las doñas en el colectivo. Extraño llegar cansada a la noche después de estar todo el día afuera haciendo cosas. Extraño extrañar mi cama y mi casa. Extraño hablar cara a cara con mi psicólogo. Extraño ver a Meli mi kinesióloga y discutirle las terapias mientras le cuento de mis días. Extraño a mis amistades, extraño el trabajo fuera de casa. Extraño la libertad de poder salir cuándo quiero y lo deseo. Extraño el no tener tiempo para mirar el celular a cada rato.

Misterios

Por Melina Torres

Supongo que lo que voy a contar entra en los apartados de los misterios de la vida y cualquier persona con justa razón me tildaría de fantasiosa, lo cual es cierto, pero este no es el caso. A veces encontramos una aguja en un pajar. Como con el pedido de Diego hace casi quince años.

No miento si digo que me pareció una locura. Pero igual acepté, al menos iba a intentarlo. Tal vez porque éramos jóvenes, estábamos en Barcelona y me conmovió escuchar esa historia. Lo de siempre: un muchachito homosexual con todas las ganas de ser quien era y una familia tradicional con todas las ganas de evitarlo. Así que ahí estábamos mi amigo y yo, en la misma ciudad que cincuenta años atrás había elegido su tío abuelo para nunca más dar señales de vida.

Todo esto me lo contó mientras nos tomábamos un chupito en la barra del Cangrejo, bar por excelencia del decadentismo catalán. El Cangrejo era el lugar donde travestis entradas en maquillaje, en años y en carnes hacían sus shows semanales. Eso le daba una belleza insólita al lugar. Y una ahí, viniendo de un país donde todo había volado por los aires, se sentía como en casa.

Mi amigo, volvía al otro día a Mallorca, donde vivía, no sin antes anotar en un papel el nombre de su tío, el desterrado. La única postal que había enviado databa de los años ochenta cuya dirección era un edificio cercano al barrio chino que por ese entonces era el sitio perfecto donde yonquis, niñas bien —fugadas de la casa de sus padres— y chulos de poca monta, se daban la mano. Todo estaba por hacerse, tetas, democracia y libertad bañados por el mediterráneo.

En una de las vueltas al Cangrejo, escuché una lavada tonada argentina de la boca de un transformista. Cuando terminó su show, me acerqué y le conté la historia. Ni un sí ni un no, ni un gesto de asombro en su cara. Solo me pidió mi número de celular. Y en el orden de las probabilidades poco probable de que las cosas sucedan, sucedió. Llámese destino.

Al otro día me llamó una señora: Selena. Me interrogó sobre por qué yo pregunté por ese señor. Le vuelvo a contar la historia y le digo que si lo conoce le explique que su sobrino nieto lo está buscando. Claro que conocía al famoso tío buscado, dijo, pero como su familia lo negó y lo humilló, sería imposible que lo estuvieran buscando ahora. Chan, parece una novela. Cortó.

Los detalles aquí se vuelven estériles. Lo importante es que me volvió a llamar a los quince minutos. Y me dijo, con una voz llorosa, que por primera vez en cincuenta años había llamado a Argentina, a la abuela de mi amigo (su hermana) y que sí, era cierto, el

pasado le tocaba el timbre y que ella era ahora quien yo buscaba. Bingo. Me quedé sin aire: Selena era el desterrado. Y si por detalles maravillosos faltan déjenme decirles que ese transformista argentino era el mejor amigo y la única persona en Barcelona que conocía el nombre de nacimiento de Selena, quien había cambiado su sexo y nombre en Marruecos, más de treinta años atrás.

Lo inverosímil sucede a cada rato, qué puedo agregar a semejante obviedad si quizás cuando alguien lea estas palabras esté encerrada en su casa como más de la mitad de la población del planeta tierra.



Pensándolo bien

Por Silvina Dezorzi

Hace muy poco tiempo, cuando la pandemia se reducía a noticias que empezaban a llegar de China y –no me da orgullo decirlo- casi ni figuraban en mi mapa mental, escribí un cuento que se llama “Apagón”.

Es el relato de un autoencierro, de un confinamiento voluntario al que se somete una mujer que no soporta la muerte. O, mejor dicho, que no soporta las muertes en singular, por lo que alucina el mal de muchos, el máximo consuelo, un gran final común: el sol se apaga.

Ella busca acelerar ese proceso a través de un distanciamiento radical de lo poco que todavía quiere. Es un cuento amargo, duro y asfixiante.

Cuando empecé a escribirlo, el jueves 30 de enero del 2020 a las 14:24:49, según reza en las Propiedades del documento, la cuarentena por el coronavirus no estaba en los planes de nadie en esta parte del mundo. Obvio que tampoco en los míos.

Hasta entonces, varios de mis cuentos (si no la mayoría) se estructuraban alrededor de una partida, un desgarrón en lo cotidiano que resultaba, de un modo u otro, liberador. Una separación, una traición, un viaje, un descubrimiento, una confesión o hasta un asesinato fungían como puertas que se iban abriendo para liberar a alguien de un encierro.

Por alguna razón, en cambio, “Apagón” vino a confirmar que la libertad no siempre es lo que se desea. Y ni siquiera es lo que todos necesitan, me atrevería a decir. Porque el deseo no es algo prístino, no es el gran productor de cosas buenas y sanas, no es, como se lo suele presentar, un aliento únicamente vital. Qué va a ser eso, el deseo.

La mujer de mi cuento, por ejemplo, tiene deseos oscuros. Tan legítimos como otros deseos que gozan de mayor popularidad. Ella quiere acabar ahí, corroída en su prisión autoimpuesta. No importa cuán convencida esté de ese apocalipsis que ha desencadenado en su cabeza y que atribuye al afuera de su casa. O simplemente, al afuera.

¿Cómo sostener ahora ficciones como esta cuando el afuera propio, y el afuera de todos, ha pasado a ser de una irrealdad tal que nos asombra incluso más cuando empezamos a descubrir que lo estamos naturalizando?

Ahora, transcurrido medio abril, se escucha cada vez más que el confinamiento –en especial para los mayores– podría durar meses. Hay quienes arriesgan tiempos sin plazo, o plazos tan absurdamente extendidos que a determinada edad podrían equivaler al resto de la vida.

No puedo preguntarme, más que ficcionalmente, si transitarlos valdría la pena. Todo

depende del deseo. De ese del que nadie es dueño, de ese que uno no sabe que tiene.

Entonces surgen algunas otras preguntas. Si la reclusión asfixia y no hay punto posible de fuga, ¿dónde esconder el cuerpo escamoteado a ese afuera que siempre ha sido el gran organizador del juego?

La literatura, el cine, la plástica, la filosofía, para poner algunos ejemplos, aparecen como campos evidentes donde es posible escapar de la dicotomía afuera/adentro.

Escribir, leer, mirar, pintar, pensar. La comunicación en cualquiera de sus formatos es otra gran coartada.

Sin pretensión de exhaustividad, muchas modalidades de trabajo podrían conseguir saltar esa disyuntiva entre permanecer adentro (al precio que sea) y arriesgar a morir afuera.

Pero en el caso de una pandemia hay más: la alternativa ni siquiera es individual, con lo cual la libertad es aún menor.

¿Sobre qué escribir, entonces, sobre qué podré escribir en ese tajo, ese abismo estrechísimo que se abre entre mis pies cuando el encierro no se soporta y la salida no es posible?

Dije antes que las metáforas de partir abrevan en las rupturas. Dolorosas, radicales, sutiles o aliviadoras. A veces imperceptibles. Salgo en busca de una, incluso con la sospecha de que esta vez no voy a encontrarla.

Al ensayo de una intimidad colectiva

Por Dahiana Belfiori

Durante la primera semana de aislamiento social, preventivo y obligatorio me preguntaron, para un programa de radio, qué dimensiones del tiempo se me revelaban en esos días. Recordé que desde hace unos meses vengo leyendo literatura que tematiza la vejez y me sobresaltó la relación que hice. Más allá de los modos en los que nuestras sociedades exponen a lxs viejxs al abandono, pienso en la vejez como un tiempo en el que se evidencia la dependencia, la vulnerabilidad, la fragilidad y pienso que así andamos, íntimamente expuestxs a nuestras trémulas vidas.

Luego, el 3 de abril, escribí lo que sigue en un grupo de Whatsapp en el que se hablaba sobre las ventajas y las desventajas de las plataformas de videoconferencia para desarrollar algunos de los trabajos y encuentros que, antes de la masiva migración al intercambio virtual, se venían desarrollando por esos medios: “En estos días hablamos en los grupos del taller de lectura y escritura sobre las posibilidades que también da la virtualidad, para no centrarnos en todo lo que ya sabemos que no nos da. Por ejemplo: hay una libertad gestual que permite excluirnos momentáneamente de la mirada de lxs otrxs, si es necesario, ante cierta incomodidad o emoción o lo que sea que surja. Soy consciente de las limitaciones existentes pero prefiero verlo como un modo de la libertad en este momento”.

Sabemos todo lo que no nos da la virtualidad. Punto. Desde ahí parto, de sentir que extraño, y de saber que seguiré extrañando, los abrazos y los besos, la respiración agitada de mis amigas mientras hablamos y caminamos bordeando el río, los mocos y pegotes de comida de mis sobrinos una vez al mes, las discusiones acaloradas con mi familia que se permean en los tonos rojizos de las mejillas. De saber que seguiré deseando la piel de varias personas, su olor, su modo de presionar mi cuerpo, mi modo de presionar los suyos. Y el mate... ¡el mate, mi diosa! Ese gesto de intimidad lúbrica y de confianza en la saliva de otros cuerpos que tendremos que posponer más allá de la cuarentena.

Decido entonces, y a modo de experimentación, de juego incluso, oponer la risa de las amigas mientras nos maquillamos en una suerte de “fashion emergency” online del rescate emocional a la extorsión aterradora y constante de las siempre últimas noticias. Decido subirle el volumen a lo que habitualmente no escucho o escucho poco, decido aumentar el brillo y la saturación de colores de las cosas y seres que habitan mi casa, no tanto para entenderlos, sino más bien para probar una posible amistad que me aumente la alegría de los días buenos y me alivie la tristeza de los no tan buenos. Decido, también,

compartir mis descubrimientos con las amigas y hacer refugio de la virtualidad para recuperar algo de lo íntimo del susurro, de las medias voces, de las sutilezas y violencias de las caricias. Desde esta intimidad hablo, haciendo foco sobre lo que sí ofrece en este momento incierto. Juego a una intimidad aumentada bajo la lupa del realismo delirante, esa propuesta de Laiseca para escribir ficciones. Intento hacer de mis días ficciones amables que me expandan la realidad en la que pueda apaciguar los demonios y aumentar las voces de las viejas sabias que nos heredaron sus hogares de palabras.

Hace poquito encargué unas tazas por internet a un artista plástico amigo. Antes a unas amigas, los tapabocas de rigor. Con mi compañero decidimos hacer las compras en el almacén de la vuelta de casa en lugar de hacerlo en cualquier gran supermercado, hablo todos los días con mi madre, hacemos dulce casero de naranja cada semana y un cheesecake que llega —vía cadeta amiga— en tres porciones gigantes a las amigas que andan extrañando los mimos culinarios de abuelas y madres. Es curioso, aquello que no estaba ahí, de pronto está al alcance de la mano. Y no es sólo la magnificación de un adentro cada vez más difuso y complejo, es el descubrimiento de un afuera invisible entre la marejada de imágenes superfluas. Hablo del acento puesto en lo importante: puedo acompañar el hacer de la gente cercana, puedo sumarme a esa red y provocar una cercanía de intercambio de saberes y haceres de quienes me importan. Una red íntima de cuidados se me va haciendo explícita al limpiarme de la ansiedad inicial que me provocó la perspectiva de la falta de horizonte.

Si hasta hace un mes la intimidad era instagrameable, joven y feliz, impostada y estetizada, ahora las casas —esos lugares llamados íntimos por convención burguesa— aparecen sin filtro tras miles de ventanitas de Zoom. Yo me maravillo ante esa intimidad compartida sin montaje, carente de escenificación. La única preparación de la escena suele centrarse en la constatación de que los dispositivos funcionen y de que la conexión no falle y algún que otro makeup ad hoc. Entonces el mundo es eso que pasa sin más delante de nuestros ojos. Las casas abiertas, la intimidad desnuda. El mundo íntimo que se exponía pre-pandemia revela su artificio ante el miedo que produce la incertidumbre. Lo revelador de las pantallas en pandemia es que multiplican la intimidad como constatación de un estar ahí. La pantalla es el lugar donde nos encontramos en una presencia virtual que pareciera demandar conectate hasta que vuelva el abrazo. Ensayamos una intimidad colectiva: propiciamos un diálogo de miradas cómplices que sonrían traspasando tapabocas y barbijos, modulamos las voces para que ericen otras pieles a través de las pantallas. A mi lado hacen cuerpo esas voces que entran desbocadas y silentes.

Hace un tiempo, otro amigo querido me dijo que a veces hay que cerrar la casa. Yo, que antes de que todas las casas se nos abran andaba de casa abierta por mi trabajo, le dije que hay lugares de mi casa a los que sólo yo llego. Ni siquiera quien accediera a la fotografía de este reflejo de luz otoñal sobre la ventana de mi patio, por ejemplo, podría verlo

a tiempo. Ser la única testigo de esta luz y su sombra me produce una extraña alegría. Con esto quiero decir que ninguna pantalla, como antes ninguna foto de la intimidad escenificada, podrá quitarnos la posibilidad de decidir cuándo dejar de estar disponibles. Así podría haber un momento y un lugar habitable y por habitar, en compañía de los ecos de las voces queridas, también en el offline de los días pandémicos.



¡Viva Karamazov!

Por Eugenia Arpesella

En una entrevista que le hice la semana pasada a Pablo Bilsky para El Eslabón, él decía que el teatro del mundo ahora está cerrado y que el rol que cada uno ocupaba en él, antes de la cuarentena, ya no existe. Nadie sabe cómo, ni cuándo se va a reanudar la dinámica de nuestra existencia en relación al afuera y con los otros. Varios especialistas, psicólogos sobre todo, aseguran que la cuarentena se vive entre la mayoría de nosotros como un duelo. Ok. Estamos de acuerdo, hay algo del orden de la vida y de lo cotidiano que de manera repentina se perdió. Pienso que más tarde o más temprano, todo eso será recuperado, y esto no es una certeza, es solo una expresión de deseo, sin olvidar que hoy el mayor desafío y nuestro más alto deber es no morirnos, y no volvernos tan locos en el intento. Con suerte, cuando todo esto termine ya no seamos los mismos pero ¿quién sabe? ¿Acaso podremos seguir siendo los mismos? Acuérdense del juego de las estatuas, se corta la música y cada uno queda congelado en su lugar. Si hacen la prueba en sus casas (esto es un challenge) de adoptar la misma postura en la que estaban cuando lo escucharon a Alberto anunciar el aislamiento obligatorio, comprobamos lo difícil que resulta quedarnos así, en el molde. La imagen es fuerte, contracturante, exagerada. Bueno, la cuarentena nos agarró a todos y a cada uno en una distinta.

La vida se suspendió para todos pero no a todos nos encontró en el lugar que quisiéramos o en la posición más cómoda o adecuada para permanecer de un mismo modo durante mucho tiempo. Más bien todo lo contrario. Se me ocurren muchas situaciones hostiles, incluso desesperantes, pero supongamos una separación. Imaginemos entonces, un duelo dentro de otro duelo. Suena espantoso ¿verdad? Lo es, pero podría ser peor. Desde hace mucho tiempo pienso que de todas las catástrofes que debemos afrontar las personas, el desamor es la mejor de todas. Por lo menos es la única que aprendí a soportar. No quiero sonar optimista, un poco romántica puede ser, mi empresa es modesta: se trata de fracasar mejor. Resulta que, entre los ensayos que proliferan y circulan en los grupos de Whatsapp, las conclusiones apresuradas, los pronósticos desoladores, sumado a los artículos con instrucciones para aprovechar al máximo el tiempo libre y ser productivos ¡en nuestras casas!, a mí me dieron ganas de volver a leer “Homenaje a Masoch”. Es un relato brevísimo del guatemalteco Augusto Monterroso, en el que un hombre que acaba de divorciarse por primera vez, vuelve cada noche a su departamento de soltero, luego de haberse divertido como loco junto a sus amigos, en el café, o en el coctel de la exposición tal, sintiéndose verdaderamente contento de ser libre de nuevo. Pero una vez que el tipo está dentro de su casa, la cosa cambia. Empieza la verdad y con

ella, su ritual de martirio. El sillón, la botella de ron, el tocadiscos, una grabación de la tercera sinfonía de Brahms, y el ejemplar empastado de 1944 de Los hermanos Karamazov. Va puntualmente al capítulo 3 del Epílogo, para leer en un loop un poco enfermizo una escena bellísima, realmente conmovedora: el niño Ilucha en su féretro, rodeado por sus amiguitos, entre ellos Kolya, y el joven Aliocha, que está ubicado al lado de la piedra donde Ilucha quería ser enterrado, empieza a dar un discurso dirigido a todos esos niños, y les pide que cualesquiera que sean las circunstancias que tengan que enfrentar en la vida, no deben olvidar ese momento en que se sienten buenos, y que si alguna vez cuando sean mayores se ríen de ellos mismos por haber sido buenos y generosos, entonces una voz dirá en el corazón: “ pues esto no es cosa de risa”. El cuento de Monterroso termina como el capítulo 3 de Dostoievski, con un una explosión de llanto y la exclamación a coro ¡Viva Karamazov, viva! Lo leí por primera vez hace muchos años haciendo el taller de escritura creativa con Marcelo Scalona. Algún tiempo después, ese cuento me condujo entre otras cosas, a leer con mucho amor el ladrillo macizo de los hermanos Karamazov. Mil páginas infernales para llegar hasta el epílogo del capítulo 3 y gritar junto al hombre masoquista de Monterroso, Kolya, y Aliocha ¡viva Karamazov! ¡La potencia de un microrrelato! También vuelvo a ese texto porque contiene lo que más me fascina de la literatura, la hipertextualidad. La capacidad de un texto de contener a otro, como una mamuska infinita.

Así una cuarentena de mierda te lleva a Monterroso y Monterroso a los Karamazov y los Karamazov al duelo del duelo de la cuarentena. ¡Parece un trabalenguas! O un laberinto de 40 metros cuadrados, y mi casa ahora es la casa de Asterión. También recordé al minotauro en estos días. En estos días de duelo.

¡Cuánta falta hacen los amigos y amigas que se desvanecen detrás de una pantalla tratando de devolvernos una imagen un poco más piadosa de nosotros mismos! Pues, a diferencia del personaje de Moloch, una espera sola y pacientemente que pase la hora de la angustia, también conocida como la hora de la fiebre (cuando cae el sol hay más probabilidades de que aumente el ritmo cardíaco y/o la temperatura corporal), respiramos hondo como aprendimos en las tres clases de yoga que hicimos el año pasado y pasamos a otra cosa.

La noche se enciende cuando abrimos un vino, empezamos a cocinar algo, y por ahí no escuchamos a Brahms, ¡pero tenemos nuestras canciones! Yo hice por lo menos cinco o seis listas de canciones en un mes de cuarentena, algunas fueron colaborativas y las hice con amigos, otras en soledad. Digamos que durante las primeras semanas de confinamiento es lo único que pude hacer, además de limpiar y limpiar, y limpiar. Estas son: “Tasa tasa (cada cual a su casa)”, “Tu vieja en 40tena”, “Loro volvé a tu jaula”, “Cuarentena season 2”, “Duelo en cuarentena”, “Más feliz que la mierda (con canciones de La Renga, Flema, 2 minutos y Vieja Locas)” y una que se llama “Folclore ATR”, con temas

de Horacio Guarany y el Turco Cafrune, entre otros. Hay canciones que se repiten en varias de mis listas y seguramente en las playlist de muchos lobizones encuarentenados: “Estoy verde”, “Atrapado en libertad”, “Mi enfermedad”, “Yendo de la cama al living”, etc.

Las canciones son desde siempre mis grandes compañeras, me ayudan a no perderme (como el hilo de la pobre Ariadna), y cuando ya todos duermen me pongo a hablar con ellas y me imagino en otros escenarios, con las personas que quiero y extraño, también fantaseo con encuentros indeseados, claro, pero además cumpliendo con mis obligaciones, algo así como habitando un futuro más o menos a mano, más o menos posible. También lloro por Ilucha, por Mitya, por Aliocha, por el vino, por lo buenos que fuimos alguna vez, y un poco por eso que dicen los especialistas, que después del corona killer la vida ya no será la misma. Ahora mismo mientras escribo esto, escucho una canción (sale playlist nueva) con una voz que viene de lejos, enturbiada, premonitoria. Dice que hoy todos somos gente del pasado... Y la alucineta es que nadie quiere volver a ser como antes, ino!



Ensayos en aislamiento



El anonimato del voyeur

Por Wachi Molina

Fue gracias a Salvador Biedma, el escritor que tuvo la librería Colastiné, que logré tener en mis manos *El motel del voyeur*, de Gay Talese. Es una crónica que inserta fragmentos del diario de un hombre que, en Denver, compró un motel y lo acondicionó en su entretecho para poder ver a sus clientes tener relaciones sexuales por medio del sistema de ventilación. La primera condición que el voyeur impone es que no se sepa su nombre en el libro que, asegura, Talese no va a poder evitar escribir cuando le entregue el fárrago de diarios que había compuesto gracias al dispositivo panóptico implementado en su establecimiento. Uno que le dio no solo placer a él, sino también a su esposa, puesto que “un poco de picante en una pareja no viene mal”, pero también al propio Talese que, cuando lo visita, sube en varias oportunidades con él y se convierte en un profesional del ojo captor de la intimidad ajena. Sin embargo, Gay no accede a ocultar el nombre del voyeur, puesto que escribe non fiction, asegura. Así sabemos que el diarista era Gerald Foos, un hombre blanco estadounidense que, a juzgar por las fotografías que el libro incorpora, era un tonificado deportista que hacía babear a cualquiera; y luego, se convirtió en un atractivo chongo mayor con lentes, bigotes y un poco más regordete y hermoso. Me quedo pensando en cuestiones que repiquetean siempre que vuelvo a ese libro. En principio, la gimnasia desmedida de Gerald para que no lo descubran, en el motel o cuando persigue a clientxs para observarlx en sus casas y tener una perspectiva mayor de sus vidas, es análoga a los intentos por fotocopiar por trechos el libro sin dejarlo en la fotocopidora para que lo lean lxs empleadx, casi del mismo modo que le plantea a Talese que borre su nombre porque contiene los secretos de demasiadas vidas. En efecto, ahí están las historias de médicos y enfermeras amantes, de mutilados por la guerra que son legión y van a tener sexo, de putos que se chupan la pija mejor que cualquiera, o de tortas a quienes califica como “las mejores amantes entre sí”, o hasta de los turistas que fingen felicidad y placer en el afuera, pero adentro de la habitación no hacen gran cosa. Es decir, todo un mundo inhabitual, escondido, íntimo aparece de golpe en la escritura. Y sin embargo, su autor intenta borrar el mínimo rastro de sí. Y no porque considere lo que ha hecho como algo banal; al contrario, en un momento, asegura: “si nuestra sociedad tuviera la oportunidad de ser voyeur por un día, abordaría la vida de una manera muy distinta a como lo hace ahora”. Por eso Gay Talese duda de las verdaderas intenciones de anonimato, porque, al fin de cuentas, para qué lo convocó y se presentó ante él con el fin de que escriba algo con sus diarios.

De alguna manera, la respuesta posible aparece en otro diario de un voyeur, anónimo,

del S XIX en la Inglaterra victoriana, que está mencionado mínimamente en El motel de Talese a partir del estudio, realizado por el Dr. Marcus, sobre el costado b de la época, que ninguno de sus novelistas reconocidos quiso mostrar: Mi vida secreta. Un niño, luego un adolescente, luego un adulto voyeur escribe sobre el deseo escópico e insaciable de mirar a las mujeres mear. Ante la inexistencia de baños públicos, nos enteramos, las mujeres y los varones victorianxs orinaban en los parques públicos y la mirada curiosa de los adolescentes y niños aprovechaban para tratar de ver y llegar a esa incógnita patriarcal sobre cómo era una concha, de la que se hablaba todo el tiempo sin haberla visto. Sin embargo, la sexualidad victoriana no solo era vigorosa en este costado b de un sistema de modales represivos, sino además, muy fluida. Los varones se miraban las vergas mientras iban al baño o en grupos de pajeros con quienes tenían masturbaciones cruzadas a menudo (y hasta sexo oral), a tal punto era común este hecho, que a los niños se los hacía dormir lejos de los criados varones y un tío del diarista anónimo lo acechaba para controlar que no haga “esos juegos” con sus amigos porque iba a enloquecer y lo desheredaría. La paja entre y con varones era una realidad frecuente que atemorizaba a los adultos de la sociedad victoriana. El diarista, sin embargo, no le teme a nada y a lo largo del desarrollo de su vida adulta expondrá cómo disfruta del sexo con hombres y mujeres a quienes primero filtra por el secreto de su exacerbada pasión escópica. Aunque lo que vemos junto con el voyeur sea, a veces, el horror de la opresión que se presenta mediante un sistema clasista y explotador de la sexualidad cuyos blancos privilegiados son lxs criadx y lxs niñxs. El concepto de abuso aún no poseía los alcances legales actuales, pero bajo la modalidad de un juego cómplice y divertido naturalizado, el sexo reproducía todo un sistema de relaciones sociales y económicas extendido, donde había cuerpos explotadores y otros sumisos. Durante todo el diario, el voyeur de Mi vida secreta se las arregla para no dejar rastros sobre su identidad y continuamente reflexiona sobre esto. El efecto es doble. Si por un lado, señala cuán represivo es el sistema del que muestra lo que no debe y por eso se oculta al extremo, al mismo tiempo ese artificio le permite mostrar eso que ninguno de sus contemporáneos hace, justamente, porque acatan la norma. El diarista de Mi vida secreta, en parte la acata y en parte la burla. Esa doble condición hace posible que aún hoy se tejan las más controvertidas hipótesis sobre su autoría que sigue siendo una incógnita. Foucault diría que la sexualidad ni siquiera allí deja de multiplicarse. Esa es la diferencia con Gerald Foos, quien no puede escapar a la tiranía de la escritura de otro, a quien busca para solicitarle reconocimiento y puerta de ingreso a un mundo de escritores del S XX. Mientras el autor anónimo de Mi vida secreta, hace la suya sin buscar paternidades ni maestros, Gerald queda entrampado en las condicionales de otro y su secreto se quiebra. Sin embargo, cumplido o no, el deseo del anonimato en los dos voyeurs deja clara la consistencia de lo que implica serlo: el voyeur es el que mira y captura la intimidad de lxs otrxs, pero evita o, por lo menos, dificulta todo lo que puede, siempre, ser descubierto detrás de la mirilla, entre los yuyos, en las rejillas de

la ventilación o en los pliegues de una escritura.

Antes de que llegara la luz, los voyeurs en los parques de Rosario tenían la noche a su disposición. Con las políticas que presuponen que, a mayor iluminación, mayor seguridad, lxs voyeurs se dispersaron y se convirtieron en los fantasmas de las plazas y parques. En los pueblos se hablaba de ellos como sátiros, indistinguidos, a veces, de manera extrema, con los exhibicionistas, que son su contracara. Con el negocio de las luces leds y la falsa política de seguridad de la derecha rancia en el espacio público, la noche dejó de ser hasta para los pájaros que, desorientados, no solo cantan en plena medianoche, sino que andan por el césped comiendo insectos a cualquier hora. La luz enceguece, desorienta y transforma al planeta, cada vez más, en un día sin final habitado por desubicados fantasmas nocturnos. Al costado del río, en rosedales, lagos y en cualquier resquicio donde la oscuridad oficiara de ropa para los cuerpos desnudos de las teteras, los ojos de los voyeurs se quietaban en la noche a la espera, larguísima, de una cuota de goce a la altura de su deseo. Las palomas dormidas, arácnidas en los cuerpos, se sobresaltaban con los gemidos y volaban posesas de árbol en árbol. Los voyeurs, ocultos en las matas o árboles, sin embargo, a veces también devenían exhibicionistas o participantes necesarios de las orgías desplegadas en el césped de una ciudad chorreante de deseos y no de miedos lumínicos. Pero el desafío real eran esas parejitas que querían replicar la monogamia innecesaria en el espacio público, abierto a todas las miradas. Ahí, el voyeur debía mimetizarse, convertirse en imperceptible. Y a veces, lo lograba. Eran largas horas para esperar el goce de la mirada y la paja, intensas horas donde desfilaban esposos ejemplares, maricas, trans y travestis que hacían unos mangos en la soledad nocturna, adolescentes incendiados y deportistas adrenalínicos que requerían una descarga urgente de sus lubricidades contenidas por tanta actividad deportiva. Ahora, los espacios para la intimidad pública de los voyeurs se reducen cada vez más, o quedan confinados a la otra luz confusa y segadora de las aplicaciones virtuales. Esas que promueven la exhibición antes que el encuentro y que esquivan las corridas huyendo de las razias policiales en los parques o los gemidos musicalizados con los grillos o el río. Sin embargo, los voyeurs resisten como fantasmas en los resquicios de un sistema que aparentemente dejar ver todo, aunque no sea así. El chongo que va con su mujer a coger mientras lo miran otros tipos no se ve. El marido casado que le paga a la travesti o trans entre las flores del parque no se ve. Las orgías gozosas y comunitarias de cuerpos desconocidxs, viejxs, gordxs, flacxs, altos, petizxs, blancxs, negrxs, tobas, chetos, travas, putxs, mujeres no se ven. Solo vemos imágenes petrificadas en la virtualidad, esperando la única opción de la parejita para el matcheo, o el fueguito que indique unión de a dos, siempre dual, previsible, con el cuerpo conocido desde antes, sin posibilidad para lo clandestino del ver lo que no está permitido o que luego deviene en ocasiones, permitido e insaciable entre muchxs. Las intimidades del voyeur se han quemado con la luz. Y, sin embargo, ellxs, agazapadx

en las sombras que las luces de lo contemporáneo proyectan, aún resisten. Y escriben para hacer éxtimas, unas intimidades que en sus retinas se vuelven colectivas, sin pudor y con orgullo, por ejemplo, espiando a sus vecinxs, como en este poema anónimo de un voyeur contemporáneo:

Mi vecino exhibicionista
se pasea todas las noches
desnudo en el balcón
arriba las estrellas diminutas
se agrupan en la oscuridad
cuando él toma un puchito
y lo enciende naranja
recortado en el marco del ventanal
donde las fumadas encienden en la piel
incandescencias que se apagan
una vez me levanté para ir al baño
fue cuando por el ventiluz de la bañera
lo vi frente al televisor
tocarse los pezones
hasta gemir en contorsiones de intensidad
como una sombra chinesca
después agarró el boxer del suelo
y con prolijidad
se limpió el cuerpo
el brillo de la pantalla
dotaba a la escena
de una bruma sombría
esa noche me enamoré
aunque él no lo sepa
y quizá nunca pueda declarárselo
lo cierto es que sueño

como esa vez cuando
con su novia cogieron en una banqueta
protegidxs por lo negro
ella sujeta a la baranda
mientras él miraba hacia acá
la lucecita encendida del baño
sus ojos de goce inolvidable
nos conectaron a una complicidad
él sabía que la luna
muestra todo
sabía que yo
tan pajero como él
no dejaría de mirarlxs
y sabía que entre su vista y la mía
esa noche construimos un puente
tanto que una vez
por la ventana de la cocina
vio que me estaba duchando
y corrió hasta la heladera
mi corderito
fue desesperado
y tomó un tetra brik de leche
corderito
y le dio un sorbo mortal
oh, corderito mío
con la mirada en puente
mientras se acariciaba la axila
y bajaba por el abdomen
su manito de manteca
hasta que sí
corderito descontrolado

se vació la caja en la cabeza hasta abajo
yo apenas si llegaba a ver sus rodillas
pero cuando fue al balcón
noté las gotitas blancas en los dedos del pie
corderito
y tomaste la banqueta
y abriste las piernas en ella
sentado tirado despatarrado
arquéandote de placer
corderito
cruzaste el puente hacia mí
y en la bañera juntos
nos duchamos el deseo

pero ahora mi vecino exhibicionista
vive con ella
y puso un black out
solo a veces se desnuda
muy pocas
como esa vez cuando la tormenta furiosa
lo hizo correr en puntitas de pie por el living
parecía un bailarín del Colón
estirado sutil livianísimo
suspendido en el espacio
venía de la mano con ella que tenía apenas una tanga
él parecía tan avergonzado
que al asomar la cabeza en la ventana
se cubría con unas cortinas
para mirar el desastre
apenas hizo puente
inquieto nervioso inseguro

bajó el black out
y así de una cortó las sogas de amarre
y terminé golpeado en contra de las barrancas
en el río furioso del deseo
mientras la fuerza de la lluvia
caía con dolor sobre mi cuerpo
ahora no es solo el corazón
el que duele
sino toda su ausencia
cada vez que entro al baño
pispeo hacia su departamento
a ver si descorre el telón
y abre esa pantalla de nuevo
no sé si eso sucederá
no sé qué será de mí
pero sigo esperando el día
en que él
chongo arrepentido
arme como pueda el puente de nuevo
y me diga con dulzura “perdoname, amor”
y me tome entre sus brazos
y me lleve por el puente
al país donde florecen las violetas en los sueños
para hacerlos reales
o escribirlos
que, como nos enseñaron
es lo mismo
oh, mi corderito.

Algunas posibilidades que la pandemia propicia y que podríamos aprovechar

Por Ezequiel Gatto

1. El especialista en futuro versus el pensamiento estratégico del futuro

Un amigo, de esos que nacen en y por la política, me preguntó hoy a la tarde: ¿Cómo pensás tu lugar para hablar de futuro cuando hay tantas opiniones y pronósticos dando vueltas? Me pareció una excelente pregunta, que me sirvió para organizar un poco lo que vengo haciendo.

Creo que la proliferación de pronósticos, que aparecen de diversas maneras (charlas cotidianas, opiniones en medios, discursos políticos, discursos científicos, discursos sociológicos) puede ser abordada de dos formas, solidarias entre sí.

Una es la analítica de esos pronósticos. No rechazarlos, refutarlos, ver si aciertan o se equivocan, testear si corresponden o no con lo que quiero (lo cual no quiere decir que yo no tenga imágenes de lo que deseo y principios de orientación).

En cambio, prefiero avanzar en lo que llamo una etnografía de las futurizaciones (es decir, de las postulaciones de imágenes de cómo será el mundo en un cierto futuro, una cierta localización cronológicamente por delante de la nuestra actual). Indagar esos pronósticos (que son una subespecie de las futurizaciones; otras pueden ser las profecías), ver cómo se posicionan, cuáles son sus componentes principales.

Esos componentes pueden ser la pobreza, el miedo, la tecnología, la seguridad, las inversiones financieras, la geopolítica, etc. A su vez, esos componentes forman parte de lo que yo llamaría sintaxis de futurización: la amalgama que agrupa esos componentes. Una sintaxis puede ser política, puede ser tecnológica, puede ser ambientalista. Por supuesto que diferentes sintaxis pueden compartir componentes (que no quiere decir compartir orientaciones). Todo esto no se da sólo en un análisis del texto, de la palabra, futurizador. Entran también las imágenes visuales y los sonidos. Una futurización también, por ejemplo, tiene ruidos (imagínense sus “utopías”, ¿cómo suenan?).

Rastrear ese nivel de las futurizaciones y los pronósticos me resulta un modo de leerlos, que, de paso, me exime, o aplaca, de tener que hablar de futuro sólo en la clave de dar pronósticos. No soy futurólogo, aunque, de nuevo, resalto procesos, tendencias y busco posibilidades. Pero eso no me lleva a imágenes totales, un poco proféticas, del porvenir.

Salvo, quizá, en escalas pequeñas, que tiene que ver con pensar la trayectoria de una posibilidad. Esto, por lo demás, no tiene nada que ver con no querer cambios radicales. Se trata de producir un acercamiento reflexivo a los modos en que se figuran futuros.

Otro nivel posible en el escenario actual es más técnico o herramental. Tiene que ver con ofrecer nociones y herramientas para producir formas de pensar en el futuro. Esas formas, a mi entender (y aquí sí aparecen mis valores y tomas de posición) han de ser dialógicas. Por eso también la importancia de una escucha etnográfica, porque allí hay que mirar para entender qué futurizaciones se producen en la trama social (desde las corporaciones tecnológicas a las organizaciones populares) y en qué sentido alguien que investiga el futuro puede aportar elementos. Creo que un elemento decisivo es la producción democrática de imágenes de futuro. Y esa producción debe abandonar las retóricas clásicas (digamos, del discurso que se elabora y baja y se redefine como proyecto) para volverse explícitamente dialógico. Futurizaciones colaborativas para mundos interconectados.

2. El deshábito deshace al monje

¿Por qué este hecho es inédito en la historia de la especie? Porque la inmensa mayoría de la población mundial está al tanto de lo que pasa en tiempo presente de un modo muy singular. A diferencia de cualquier otro evento histórico previo con pretensiones de omnipresencia (la Segunda Guerra Mundial la caída del Muro de Berlín, la destrucción de las Torres Gemelas, o el gol de Maradona a los ingleses), este evento no es sólo una noticia mundial sobre algo que causará efectos locales o mundiales, pero diferidos (como, por un ejemplo, una catástrofe de las que genera la especulación financiera capitalista) sino una información con la que hay que hacer algo ya. Más aún, es una información que ya está generando consecuencias, incluso si uno no hace nada. La propagación del coronavirus obliga a todos a actuar de un modo u otro en función de él. Todas las instituciones políticas y económicas, los hiatos sociales, los pronósticos y hasta la jerarquía relativa de los saberes se reconvierten a una velocidad inédita.

En ese escenario, pronosticar casi que se impone, porque las situaciones de catástrofe (en el sentido en que los patrones estructurados se empiecen a desagregar), precisamente por desmontar los ritmos sociales previos (y sus anticipaciones y expectativas), aceleran la producción de imágenes. En nuestro caso, se trata de una situación signada más bien por el peligro y el miedo, pero podría decirse que esto participa en cualquier situación donde, como ha escrito Sergio Visacovsky en un texto reciente, la incertidumbre cumple un papel decisivo (2019). Las críticas a una serie de filósofos políticos que han producido textos para indicar tendencias y profecías tiene más sentido si apunta a que han intentado aplicar categorías más o menos mecánicamente a la situación que si cuestiona el hecho mismo de haber producido alguna figura del porvenir. De hecho, un

repasso de programas de televisión, los diarios, las redes sociales, los discursos expertos (desde las estadísticas a los médicos y científicos) y las más sencillas y cotidianas conversaciones alcanza para ver qué es pulsión de futurización está lejos de ser un monopolio del otrora saber de los saberes.

En definitiva, la imposibilidad de hacerse una imagen de lo que sucederá no inhibe la función de imaginación sino que, muchas veces, la intensifica. Como en esa situación que plantea Bergson en *Materia y memoria*: descubrimos que tenemos una pierna cuando no podemos bajar la escalera como solemos hacerlo porque la pierna se quebró. Será entonces, cuando el hábito (que es también una imagen del hábito) deja de ser posible, que nuestra especulación sobre posibilidades, imposibilidades y riesgos se intensificará. Más aún, si volvemos sobre la situación descrita por Bergson, podríamos agregar que, gracias al desmontaje de ese hábito descubriremos detalles que no habíamos notado (desde el ancho del -ahora peligroso- escalón, el tiempo que tardamos en ascender o descender, la rugosidad de la baranda, etc.). Hay investigaciones que afirman que nuestro momento de mayor atención coincide con los momentos de mayor riesgo y temor. Entonces, si el hábito es una acción cuyo destino ya se conoce y sus detalles se omiten, la catástrofe del hábito (llamemos a esto incertidumbre social) produce una situación en el que las acciones ya no tienen tan claro su destino y los detalles se intensifican. La situación es interesante: al mismo tiempo que no podemos hacer una imagen de futuro (o de fijarla), procuramos producirlas y para ello nos valemos de elementos y detalles que, hasta entonces, no tenían relevancia. La inmanencia del futuro en el presente se vuelve más “tangible” cuando dejamos de pensar proféticamente (tal cosa sucederá) y pensamos en qué posibilidades existen en nuestra situación (aunque no tengamos una imagen clara de sus consecuencias). La posibilidad de fugarse no siempre está donde dice “salida de emergencia”.

3. Pánico no es incertidumbre

En su apasionante *Anatomía del pánico*, el historiador argentino Alejandro Rabinovich reconstruye la batalla de Huaqui de 1811. En esa batalla las tropas independentistas fueron derrotadas por los realistas del Altiplano. ¿Cómo fue posible tal cosa, se pregunta Rabinovich, si las tropas independentistas quintuplicaban a los partidarios de la corona española? La reconstrucción minuciosa de una serie de elementos lo lleva a encontrarse con un factor decisivo poco esperado para una historiografía muy dada a entender lo material como cosas y la política como poder discursivo: el pánico. Resulta que, en un momento, corre un rumor entre las tropas independentistas sobre un ataque realista que provoca la dispersión de los primeros y, a fin de cuentas, su derrota.

Ese miedo incontrolable, demuestra Rabinovich, tiene condiciones previas que lo hicieron posible. Y no sería inútil avanzar en una investigación homóloga para la actual si-

tuación, buscando comprender cuáles son las condiciones sociales sobre las que impacta el Coronavirus, desatando el pánico, ese afecto que, siguiendo a Ernst Bloch, podríamos denominar “un afecto de futuro” (2007).

Pero aquí me interesa resaltar otro elemento. Se habla mucho del pánico y de no saber qué va a pasar como si ambos elementos fueran inescindibles o, incluso, idénticos. Sin embargo, me parece que no lo son, y que su diferenciación tiene efectos para pensar e intervenir en lo que está sucediendo. Hace unos días, en una entrevista radial, Pedro Cahn, médico argentino especialista en Infectología hizo este comentario a propósito de cómo bajar, en palabras del periodista, “la paranoia” (léase, en verdad, el temor): “Pienso que está bien que la gente tenga un poco de temor porque de lo contrario no se quedaría en sus casas. En cambio, el pánico no está bueno porque impide razonar. Si uno se enfrenta a siete canales de noticias que 24x7 te presentan el tema del coronavirus y te muestran videos e imágenes con féretros, con música tétrica de fondo; lo más natural es que todos se preocupen muchísimo. ¿Cómo hacen las personas para distanciarse y creer que eso que están viendo en televisión nos les pasará a ellas?” Este señalamiento de Cahn es clave: el temor deja margen de maniobra, el pánico no.

Por eso, no estoy tan seguro de que el pánico en relación al coronavirus se deba sólo a la incertidumbre. Creo que también tiene mucho que ver con el espanto que da saber, o poder imaginar, con cierta certeza qué y cómo te puede matar. No que somos seres mortales o para la muerte o finitos: sino que esa cosa concreta, ineliminable, te va a matar de una determinada forma. Es entonces que el pánico se precipita como una figuración fuerte, hecha de hospitales, médicos, sonidos de respiradores, soledad, dolor, etc., etc. El pánico no se debe a no poder hacerse una idea, sino lo contrario a no poder deshacerse de una cierta idea. La incertidumbre, en cambio, es no poder hacerse una idea. Se suele vivir con temor (y en la actual condición más todavía), pero no necesariamente debe ser así. La incertidumbre puede ser un vector de posibilidades que, hasta el momento, ni siquiera entraban en los cálculos.

Este virus, además, suma otro factor interesante de incertidumbre: nadie está a salvo del contagio (que no equivale, por supuesto, a que las condiciones para atravesarlo sean igualitarias). Y nadie puede prever cómo se saldrá, o tener el monopolio de esa salida. En otros términos, la figuración de lo que puede venir no tiene un productor claro, ni nitidez. ¿Por qué temerle a eso? De hecho, quizá este valor democratizante de la incertidumbre haya que incorporarlo en nuestras prácticas políticas.

En la búsqueda del conejo (de chocolate)

Por Paola Santi Kremer

El humor, cuando no reafirma la producción de subjetividad hegemónica, colonialista, capitalística, es una potente herramienta micropolítica. No solo invierte las relaciones de poder, redistribuye el poder, como redibuja sus flujos. Algo que domina, tanto en la esfera macropolítica como en la política de los gestos, como en la psique, se vuelve materia de goce con una altísima capacidad de contagio, dibujando una forma para los flujos del poder más parecida al rizoma que a las relaciones verticales que este mundo no para de producir y reproducir. El humor recobra el movimiento, la vida, al cuerpo paralizado por el miedo, y enseña de forma seductora, sensual, sensorial, una estrategia placentera e infalible: no hay terror, no hay concentración de poder que pueda escapar a su alquimia. Esto es lo que trato de desarrollar a partir de una lectura de las primeras obras poéticas de Néstor Perlongher y Waly Salomão, escritas en las últimas dictaduras militares de Argentina y Brasil, como tesis para la Maestría en Literatura Argentina de la UNR. Cuando llegué a Argentina, en 2014, no podía parar de pensar en la noción de lo ridículo como forma de control social. Me había encontrado con esta idea en libros de un psiquiatra anarquista brasileño, Roberto Freire, *Sem tesão não há solução* (1987) e *Ame e dê vexame* (1990) (vexame aquí sería algo como escándalo, ame y haga escándalo, aunque internet lo traduzca a ame y pase vergüenza, pero la vergüenza es exactamente en contra de lo que estos libros se rebelan). Freire, lector de Wilhelm Reich, fundó una terapia que partía de ideas como de que las sociedades autoritarias desarrollan en las subjetividades la noción y el miedo a lo ridículo como forma de control y que “El miedo a lo ridículo se confunde con el miedo de ser, de amar, de ser libre. Contra ese veneno, solo hay un antídoto: el escándalo.” (1990, traducción mía). Yo no paraba de leer ese escándalo en poetas marginales brasileños de los 70 y 80, como Waly, y también en Ana Cristina Cesar, Cacaso y varies otros. Me acuerdo de un poema de Ana, con su idioma magnífico, su deliciosa elegancia-malandra, en que escribe que se despertó con picazón en el himen. En ese momento yo culpaba mi depresión en parte a una falta de ridiculez en la blanquitud argentina, esa europea elegancia que se ilustraba perfectamente en comentarios de una rosarina cuando decía, con un leve tono de desprecio, que los brasileños somos más “yankis” y “los argentinos más ingleses”, como si la colonización directa de la fuente fuese más honorable que una colonización de segunda mano. Pero esto fue cuando entre la ciudad y yo había una frontera y todo era dorado y blanco, antes de que pueda ver sus escándalos y sus colores, sus bares culturales (cuando todavía sobrevivían a la persecución de la municipalidad), sus reinas de las noches y de los días, su poesía,

su música, su arte, el fútbol en el parque en que nuestros cuerpos dibujaban otro juego, con menos formación militar, menos rigidez producida en serie y horneada por la competencia, y más goles con pasos parecidos a una danza contemporánea parodiada, más risas. Un fútbol estéticamente radicalmente diferente al de la tele, en que entrábamos todes, en que personas desconocidas pasando por el parque se sacaban las sandalias y se animaban a jugar por primera vez, y por personas digo trans, no binaries, intersex, indígenas, negras, lesbianas, heteros, mujeres y también digo hombres con más ganas de pasar la pelota, de armar la jugada para que otras personas hagan los primeros goles de sus vidas y los goles que siguieron a los primeros goles de sus vidas, goles que no significaban nada más allá de ese momento de euforia colectiva en que ambos equipos (sorteados por un juego aleatorio que llamamos Cuchicuchi por como una de nosotres y sus hermanas se referían a la masturbación) vibraban. Para terminar gritábamos “gol gana” cuando no dábamos más e independiente de quien lo hiciera saltábamos todes, a veces nos abrazábamos, a veces hacíamos pogo (el nombre de nuestro antiequipo es Pogo en el Corner), pero siempre salíamos ganando todes. Porque creemos en el juego cómo método de generar las condiciones para que la vida se manifieste.

Las mejores fotos son las de la ranchada: una vereda bajo el cielo y gente exhibiendo un cierto brillo veraniego en cualquier estación, el brillo de no necesitar más que eso. Gente, vereda y cielo, en ese instante imagen, no necesitan más nada. Este brillo es una especie de poder, el mismo que tienen los gatos que subo a ver en la terraza al atardecer. El brillo que exhiben hermosos en su ranchada (yo me pongo a ranchar con ellos) y que es el mismo poder que tienen los árboles y tantas otras cosas, el de no necesitar más que respirar, estar ahí, ser lo que sea que son.

Propongo a mi novia que hagamos una búsqueda del conejo en casa. En verdad estamos casadas (Bolsonaro terminó siendo el último empujoncito en la decisión de muchas parejas LGBTIQ) pero las palabras del casamiento son tremendas, mi esposa, mi mujer, consorte, incluso compañera, todas nos resultan totalmente extrañas. En la primera pista escribí: “soy la espiral que aparece con más frecuencia en esta casa, lástima que no huelo muy bien” y escondí el siguiente papelito atrás del inodoro. El libro de poemas en el que estoy trabajando tiene muchas espirales, sobre todo remolinos. Después de transitar la espiral de la depresión, empecé a ver espirales que son divertidísimas, como los toboganes (para dar un ejemplo fácil) y quise hacer algo por ellas, pensando que en general las espirales aparecen más como representaciones de la tristeza, o la “locura”. En el papelito que escondí detrás del inodoro escribí “en el fondo del agua ríen las sirenas y bailan los tentáculos, guardados por nuestra propia isla de Lesbos”. Este lo encontró fácil, me refería a unas carnosas que parecen tentáculos que están al lado de un plato lleno de conchas juntadas en playas. La última pista decía “si hay cosas que nos cuidan desde arriba, estas son: las estrellas, el sol, la luna, las nubes...” porque seguro no hay ese dios varón blanco de barba blanca montado en el tope del rascacielo de la verticalidad del capitalismo mundial integrado pero hay otras cosas que nos cuidan desde arriba, sobre

todo nuestro gato, Cara, que se armó un nido arriba de nuestros roperos para mirarnos y dormir siestas. ¿Cuántos rincones mágicos guarda una casa? Hasta en las casas que no tienen pisos donde patitas tocan todo el tiempo la humedad ardiente, incluso en las casas en que hay que esconderse para sobrevivir.

La búsqueda del tesoro, del conejo, de lo que pinte, se mostró como un método posible para encontrar esos lugares, ver esas fronteras de nuevos sagrados que podemos construir. Me interesan las fronteras que son campos floridos, que son matas, que son plástico burbuja o cancán de red. Porque lo que tiene la intimidad es su capa de invisibilidad, la dificultad de ver sus pliegues que hace con que cada vez que yo vea los contornos de mi novia, escuche el poder de su voz y de su nombre, explote el carnaval total en las esquinas de mi cuerpo. Instantes en que la veo con ese brillo, ella gata, ella árbol, ella. Eso a que le están llamando algo como una disolución total de las separaciones, de los días de la semana, de las horas, las partes de la casa, ropa para cada ocasión, todo volviéndose una gran masa del mismo pan casero, y nosotres medio flotando, disueltos también, y que ¿hay que tener comida en la heladera para que se manifieste? Tal vez esta casa massa, casa acuario, casa mar, en que nadamos disolviéndonos sea el lugar materia de nuevas atlántidas, nuevas fronteras, lugar de nuevos posibles y nuevas negativas, por qué no. ¿No es el propio mar una profunda, constante, negativa, que contiene incontables, brillantes, móviles, afirmaciones?

Una de las potencias del humor es una disolución total del sentido, de todo tipo de presupuesto, de toda verdad aparente, es ese generar las condiciones que se parece a un vacío, tal vez sea un vacío, pero no es que no tenga cosas, hay cosas pero ahí están desnudas de sus relaciones, de su voluntad de poder, aparecen las cosas y las personas solo con el poder de su existencia, que nunca es el de los generales, esos que son siempre ridículos porque son, en su automatismo, más voluntad de poder que cualquier otra cosa. Es en esa especie de vacío, en que las cosas están pero desnudas de las relaciones, de las funciones que les fueron asignadas en procesos de subjetivación, donde se construyen nuevos sagrados, es ahí donde jugamos a la reacomodación de todas las cosas, a nombrar rincones, a ver cosas invisibles, o inventarlas.

Bibliografía:

Bajtín, M., (1978). La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento (el contexto de François Rabelais). Barcelona. Barral Editores.

Cacciari, M., (2000). El dios que baila. Buenos Aires. Editorial Paidós.

Bergson, E. La risa. Buenos Aires. Editorial Tor.

Freud, S. (1905) El chiste y su relación con el inconsciente.

Freire, R. (1987). Sem Teseo não há solução. Editora Guanabara. Rio de Janeiro.

Freire, R. (1990). Ame e dê vexame. Editora Guanabara. Rio de Janeiro.

Guattari y Rolnik, (2005). Micropolítica. Cartografias do desejo. Petropolis. Editora Vozes Ltda.

Tecnologías inciertas

Por Javier Gasparri

El aislamiento produce escritura y la crisis pandémica produce conjeturas. En el primer caso, la saturación de diarios, confesiones y bitácoras a través de todos los medios al alcance (empezando, desde ya, por las redes sociales) muestra tanto el impulso egotista como el deseo imperioso de pronunciar una huella verbal, de testimoniar la vivencia. En el segundo caso, las ansiedades interpretativas (ante una pregunta tan elemental como “¿qué es esto?” o “¿qué está pasando?”), en principio justificadas, han provocado el derrape de ilustres filósofos y pensadorxs actuales, lo cual a su vez dio lugar a respuestas, y a las respuestas de la respuesta, en un diálogo tan necesario como agotador, y en el que no faltaron recriminaciones que, en última instancia, siempre mostraban como problema el sitio de enunciación, a la vez impostura y legitimidad.

De lo segundo, nada tengo para decir más que apuntar mi incertidumbre y mi escepticismo. O apenas puedo articular balbuceos y rezongos, que acaso sean politizables pero no sé si enunciables. La dinámica entre lo ya sabido y el desconocimiento de lo que irrumpe es ciertamente impredecible por imprevisible, y entonces la pregunta por un futuro posible, incluso si la aceptamos como válida, se vuelve una apuesta. Aunque lo complicado de la futurología no debe confundirse con abrir o inventar posibilidades, de todas maneras cualquier narración siempre se organiza retroactivamente con el diario del lunes, con lo cual la narración del futuro -y lo sabe desde Nostradamus hasta Ludovica Squirru- se formaliza en una retórica de la proyección asentada en su creencia, pero que no sabe nada más (ni nada menos) que aquello virtualmente disponible cuando fue enunciada. La certeza con la que se augura que tras la peste habremos aprendido cosas nuevas (y no me refiero solo a arreglar el bidet en la cuarentena) o la seguridad con la que se afirma que el mundo se verá transformado me parecen un exceso de confianza, y a todo plano -subjetivo, colectivo, individual, social, etc. A no dudarlo: nos encontraremos en y con otro mundo. Pero no creo que podamos anticiparlo precisamente porque aún tenemos que hacerlo. Ni “optimismo” ni “pesimismo” (empezando por esa disyuntiva infame y afectivamente direccionada), ni tampoco -por supuesto- la indiferencia del “no pasa nada” (y por lo tanto nuestras vidas serán retomadas allí donde quedaron en pausa) ni la canción de la “humanidad unida”. ¿En serio que una pandemia que está dejando miles y miles de enfermos y muertos, por no contar las consecuencias sociales de la cuarentena, puede ser una “buena oportunidad” para algo? Lógicamente, se trata de una crisis: de sus fracturas siempre otra cosa llega y su violencia es constitutiva; pero que esa violencia sea constitutiva no la hace más liviana ni digerible, ni mucho menos necesaria o justificada.

Sobre el pasado, cuya relación no entiendo sino como ontología del presente, más o menos intempestiva, menos todavía tengo para decir de manera sesuda. Solo que me divierten las compulsiones conspiranoicas disponibles, como quien ve la última moda de Netflix. Y que las maricas no podemos no recordar aquella otra pandemia que nos estigmatizó para siempre (es decir hasta hoy), y no se nos pueden no activar las luces de la desconfianza biopoderosa, aunque las comparaciones trazadas -muchas de ellas introducidas desde la voz del amo- entre una y otra peste no sean del todo sostenibles. Por todo lo demás, llevo con rigor y meticulosidad los protocolos sanitarios al día, entusiasmado con la buena conciencia progre de que al menos, en Argentina, esto nos agarra con Ministerio de Salud y un Estado presente que a todes nos protege (iba a escribir “cuida”, pero ahí sí ya es mucho, mezquino esa palabra para otras sutilezas conceptuales más preciosas).

Pienso que recuperar la palabra (del) deseo, la dimensión del deseo, puede ser -o, para sustraerme de las prescripciones digo: está siendo, al menos para mí- una línea de salida. Es el deseo de pasaje pasado: el deseo de que esto pase (termine) y en realidad de que no hubiese pasado (ocurrido). En fin, más acá de las especulaciones y las estrategias, lo que importa (y que en lo inmediato parecería ser la única y más efectiva forma de resistencia) es que no se enfermen y no se (nos) mueran los cuerpos. Y no se trata de la vida biológica de la especie: se trata de la vida vivible de todes. Y mi deseo de futuro, aleatoriamente: deseo de andar en bici, ver a mis amigos, salir a comer, viajar a cualquier lugar, tomar cerveza en la calle, coger, pasear a Marta más de una cuadra, ir a la Facultad, tomar una sesión de masajes, ir a la peluquería, abrazar y besar, recorrer librerías, dar clases presenciales, ir a un recital, hacer el domingay con la Pathy, cranear proyectos realizables en lo inmediato, ir a pasear al parque, y mil etcéteras.

En mis deseos futuristas, en rigor, se filtró algo del primer punto, es decir, una perspectiva más ligada a las vicisitudes del aislamiento, el tema sobre el que sí creía que algo (más o menos divertido) podía contar. Y además hacía sentido el título, pomposo y hasta misterioso. Pero casi que se me terminó el espacio.

Así que resumo. La asociación predominante entre tecnología y dispositivos electrónicos, especialmente ligados a la conexión mediante internet, y que configura el llamado espacio virtual, ha restringido el alcance más vasto de la noción de tecnología. No sé si es culpa de Frávega o Garbarino pero como sea, así entendida, parecería que ha venido a salvarnos. Sin dudarle: ha cumplido una función obviamente clave en el aislamiento social. Desde los vínculos hasta la enseñanza (en mi caso), pasando por numerosas formas de trabajo que han tenido que readaptarse como “remotas”, lo que ha facilitado es innegable. Por lo demás, pronto habremos de asistir a tratados enteros sobre las nuevas ecologías que regulan y configuran las proximidades y las distancias, los vínculos y

las relaciones, #juntasadistancia, #aisladosperoconectados, la presencia en lo virtual, la no-presencia en lo presencial, la ausencia en el contacto, lo in-mediato, el contacto aurático en la presencia, el roce de nalgas en Zoom... Las posibilidades son todas, aunque por mi parte me advierto un jodido melancólico.

De cualquier manera, lo que quiero señalar es no solo algo obvio (que en este flujo tecnológico ya estábamos inmersxs, y que en todo caso ahora se intensifican sus exploraciones, explotaciones y experimentaciones) sino además la moralización del uso ligada a un entusiasmo confianzudo (los usos más copados frente a usos más grises o atrasados): otra vez, la dimensión de futuro es lo que queremos que sea y no algo ya dado, de modo que en la complejidad errática de los agenciamientos no sabemos para dónde irá el asunto. De la tecnología, está claro, no podemos prescindir al punto de que nuestros cuerpos se hacen en y con ella, tal como nos lo enseñó a pensar la serie comprendida entre Michel Foucault, Teresa de Lauretis y Paul Preciado. Por eso la tecnología no es buena ni mala en sí misma sino que supone una apropiación que la realiza -según el deseo, la funcionalidad, los intereses, las ganas... Acaso la eficacia tecnológica se mide cuando ya la incorporamos tanto que no la sentimos como ajena.

Y bien: mi tecnología más potente para sobrellevar el día a día de la cuarentena en su repliegue afectivo fue la escritura. Una antigua tecnología cuyo vigor seguimos sosteniendo todes. De modo que también sucumbí (y cómo no hacerlo, el reparo sería considerar importante su publicación) a la masa textual del tipo “diario de la cuarentena”. Pero no se trata de un diario solipsista sino hecho de a dos, y por lo tanto su forma es menos la del diario (aunque todos los días tengan su entrada) que la de la correspondencia; en todo caso, un diario epistolar. Lo llevo con mi amiga la Pathy.

El viernes 20 de marzo a la noche, primer día de la cuarentena, recibí un mail suyo titulado “Bitácora de la cuarentena. Día 1”. La piedra estaba tirada, o la carta llegó a destino: saludé la idea como genial y desde entonces todos los días va y viene un mail. Espero a la noche el suyo, mientras redacto el mío, como antes se esperaba la carta que traía el cartero. La conversación se anima con un día de delay, porque en la entrada de mañana nos respondemos mutuamente lo que nos contamos hoy. Algunas veces, por el cansancio del día, se nos juntan dos al día siguiente, y le hacemos trampa al realismo del calendario en su exigencia sincrónica redactando la entrada del día anterior como si fuese ese día, de modo que todo día tiene su entrada. Últimamente, nos estamos confundiendo el número de los días (ies que ya van tantos!) y entonces se altera la correlatividad en la secuencia y así en la enumeración figuran, por ejemplo, dos entradas “día 26” y ninguna del “día 27” (que quedó incluido, digamos, en la 26 “bis”). Los restos palabreros que van quedando allí se mueven entre el registro perceptivo, reflexivo y vivencial-cotidiano, en el que se corporalizan desde blasfemias y bufonadas hasta quejas y lamentos pasando por todas

las nimiedades banales que (se) nos ocurren. El tono siempre es carnavalesco, incluso cuando posamos de serias. No se sostiene un simple confesionario aunque a veces tenga los arrebatos del sinceridicio. Nos saludamos y firmamos todos los días con una calificación nominal distinta. Hablamos mucho, por supuesto, de nuestras aventuras preparando y llevando a cabo clases virtuales, de las nuevas gramáticas corporales, de las historias de vigilancia en cuarentena, de los microfascismos sociales, es decir, todos los tópicos que corresponden a este tiempo. Pero también queda margen, para el disparate sobre todo: por caso, mi fascinación con capítulos televisivos de History Chanel o Discovery (da lo mismo) los sábados a la noche, a través de los cuales estoy proyectando un libro sabático que versará sobre especulaciones corporales, sexogenéricas, mitológicas y culturales en Cristo, Tarzán, Gardel y la batalla de los videojuegos. Estamos por estos días discutiendo el título. La Pathy es la persona de la que más noticias tengo, y la que más al tanto está de mis días. Revisé el WhatssApp y el último diálogo por ahí fue antes de la cuarentena.



La vida abstracta

Por Marcela Alemandi

Slava almuerza en una mesa pequeña pegada a una ventana que apenas deja pasar la luz débil y gris del día ya avanzado. El alféizar tiene montones de nieve que trepan hasta los vidrios y oscurecen aún más el empapelado de flores rosa viejo del interior. Sobre la mesa, un bol con restos de sopa y un vaso de agua con una cebolla germinando. Entre las manos, una taza de café humeante. Colgada en la ventana, una jaula con un loro. Slava, de 63 años, con pullover grueso de lana marrón, el pelo canoso un poco largo y una barba de días, levanta la vista hacia el loro y le dirige palabras cariñosas. Una fotografía de un día más en el Ártico.

Khodovarikha es una estación meteorológica en el norte de Rusia, en la península sobre el mar de Barents, en el Polo Norte. Es el puesto meteorológico más remoto, con temperaturas que pueden llegar a 40 grados bajo cero. La población más cercana está a una hora de helicóptero. Allí vivió trece años Slava Korotki, especialista en meteorología polar, solo. Y hasta allá llegó un día, en 2014, la fotógrafa Evgenia Arbugaeva, también nacida en un pueblo del Ártico ruso, para quedarse tres semanas con Slava y fotografiar su vida cotidiana.

En otra de las fotos de Arbugaeva no aparece Slava, pero sí su escritorio, lleno de anotaciones a lápiz, cifras, el diseño de un bote, un cenicero con muchas colillas, libros apilados y, a un lado, una foto en blanco y negro de Yuri Gagarin, el primer ser humano en viajar al espacio exterior. En su refugio del Ártico, Slava mismo parece un antiguo cosmonauta soviético, congelado en el tiempo. En las fotos se lo ve, único habitante de ese planeta helado, inmenso y pacífico, caminando hacia el antiguo faro, en medio de la niebla y la noche casi permanentes. O con sus instrumentos de trabajo, parado en medio de los incontables médanos de nieve, estudiando las auroras boreales, a 20 grados bajo cero. O en la ventana de su casa observando la lluvia, cuya única diferencia con la nieve es que al menos rompe el silencio perpetuo que reina en esos inviernos oscuros.

En su libro *El país del viento*, la escritora Sylvia Iparraguirre cuenta una historia con un personaje similar: en 1932, Donovan está en el Cabo de Hornos, a cargo del faro más austral de todos, el Faro del Fin del Mundo. Solo, con la única compañía de su perro, resiste desde hace tres meses sin recambio, porque la persona que iba a relevarlo cayó enferma y no hay quien la reemplace. Sus tareas son metódicas y estrictas: medir la temperatura, el viento, la presión, transmitir por radio al continente una vez al día, prender el faro al anochecer, apagarlo por la mañana. A veces cruza remando a los islotes, a buscar huevos de cormorán para la cena. Hábil con el bote, esquiva los témpanos que suben

y bajan con la respiración de ese animal enorme que es el encuentro arremolinado de los dos océanos.

Su rutina incluye la lectura, por las noches, de las aventuras de los grandes marinos que navegaron esas aguas: Francis Drake, el más famoso, que, cuando el lugar era escenario de la pelea de los dos más grandes imperios del mundo, España e Inglaterra, perdió varios barcos cruzando el Estrecho de Magallanes. Naves que eran arrastradas por el viento hacia el sur, perdidas para siempre en esa terra incognita. Donovan subraya los mejores pasajes y se los lee en voz alta a su perro, que lo escucha echado en una manta, cerca del fuego.

Un día, el perro muere, y Donovan, a la espera del barco de provisiones que llegará en dos semanas, empieza a dejarse invadir poco a poco por la melancolía que, en esas circunstancias, es la antesala de la locura. Los sonidos que trae ese viento que parece adherido a todo lo sólido que habite el lugar no le dan respiro para la mente ni descanso para el trabajo.

Dos hombres solitarios, dos confinados, en el norte y en el sur más helados del mundo, pendientes de las temperaturas y los vientos, haciéndose uno con el agua, el aire y el hielo, tienen, a pesar de su soledad, observadores que pueden espiar esos momentos de la intimidad: la lectura, la comida caliente, el café. Quienes leemos el cuento o miramos las fotos experimentamos a la vez la soledad y la compañía, el aislamiento y la comunión.

Otro ruso, el escritor Fiódor Dostoyevski, decía que la humanidad sabe mucho más sobre sí misma de lo que ha registrado en la literatura, y por eso escribir sobre nuestro momento actual de aislamiento absoluto es casi imposible: como no se puede escribir en la urgencia, solo podemos llegar a él, y a la intimidad de esa experiencia, de manera oblicua, leyendo cuentos, mirando fotografías que narran esas vivencias.

Otros y otras escribirán después sobre estos días en los que vivimos y sobrevivimos, en compañía y en soledad, aislados, adentro. Los textos y las fotos que vengan le darán al aire ese instante de serenidad que vemos en el café de Slava o en la lectura de Donovan. Solo en ese momento podremos, quizás, pedirle a la época lo que también Dostoyevski le hace pedir a Shatov, personaje de su novela "Los demonios": "Al menos por una vez, hable con una voz humana".

Pie de página

Por Ernestina Fabbri

Vivir feliz es cosa de pelotudo o de jodido, me dijo una vez mi abuelo. Desde entonces, llevo la felicidad con prudencia. Durante los primeros días de pandemia, Alexandra Kohan señaló en una entrevista la diferencia entre vivir feliz y ser feliz de vivir. Mientras que la primera categoría resume la visión de quienes perciben a la felicidad como un mandato, como un objetivo al cual hay que llegar, la segunda refiere a la aceptación de que en la vida no existen garantías de ningún tipo; ella lo define como “vivir sin melancolizarse en la idea de que la felicidad es una fiesta de los otros a la que nunca estamos invitados”. Durante los primeros días de encierro pensé mucho en eso que me había dicho mi abuelo y en la idea de éxito vinculada a la felicidad y a concretar ciertos objetivos que pretendemos alcanzar en la vida ¹. Me di el lujo de pesar en la felicidad porque estoy encerrada en 40 m², con la heladera llena, conexión a internet y con todo el tiempo del mundo. Aun así, no hice más que caminar, toda culposa, de la habitación al living, del living al balcón, del balcón a la cocina, sin poder articular una idea concreta, ni tipear una palabra, ni dejar de pensar en algo que todavía hoy me cuesta definir ².

Así que volví a los orígenes. 2020 un año de restricciones, me dijo Ludovica en enero. Implementé una reducción en casi todo: en la ropa que uso por día, en la cantidad de agua con la que me ducho, en los ingredientes que tienen las comidas que como, en las salidas a la calle, en las horas de pantalla que tengo por día. Volví al cuaderno único y al lápiz, donde anoto recetas, notas de reuniones de trabajo, listas de supermercado, frases de libros que quiero recordar y algún que otro dibujito. Me siento primitiva. Hasta volví a la Time New Roman, la mamá de la tipografía digital.

Hace unos días leí un texto de Jerry Saltz, donde el autor reflexiona sobre el mundo del arte en este contexto extraño que percibe como final y principio al mismo tiempo. “El arte no se concierne con el profesionalismo, la eficiencia y la seguridad; le importan la excentricidad, el riesgo, la resistencia y la adaptabilidad”, dice ³. La resistencia sobre todo. Prefiero que el arte sea capaz de reconocer y señalar todas las contradicciones del mundo. Quizás es mucho. “Sabíamos todo y fuimos incapaces de revertir el proceso”, dice Maristella Svampa –en un ensayo de ese libro titulado, tan oportunamente, Futuro presente–: que los modos de producir alimento son muy crueles con los animales, las plantas y la tierra; que viajar hacinados en colectivos y trenes está mal; que los sistemas para acceder a todo tipo de recurso son desiguales y que el sistema del arte también es desigual ⁴. Sigo haciéndome las preguntas más básicas. Esperaría que el arte sea cada vez más primitivo, más urgente, y que pueda seguir llevando belleza a lugares secretos, como los animalitos pintados en las cavernas.

Después de quince días de no ver absolutamente una sola cara conocida, me crucé con una amiga por razones que no vienen al caso ⁵. Me dio tanta alegría verla que sentí ganas de abrazarla. Pero en su lugar, hicimos coditos, un gesto que hace que nuestros cuerpos se vean ridículamente adolescentes. Y pensé en todas las veces que mis amigos me invitaron a tomar una cerveza y les dije que no, y en cómo van a reaccionar nuestros cuerpos cuando nos volvamos a encontrar. Me alegró el mínimo roce de un codo amigo teniendo en cuenta que en mi casa ni siquiera tengo un gato para acariciar ⁶. En el contacto casi nulo con el mundo exterior, mi intimidad se subleva. Aunque armo escenarios perfectos para mis videollamadas, el teléfono se me cae y queda visible ese caño del aire acondicionado que atraviesa salvajemente la pared donde puse una planta para disimularlo. Aunque me empeñe en mostrarme regia, mis propias profundidades no se bancan más las oscuridades. Tengo fallidos y sueños clarísimos. Mucha nota al pie de página. ⁷

¹ Estoy escribiendo mi tesina. No. Debería estar escribiendo mi tesina, mientras escribo este texto. Quiero volver a los tres días que me tomé en el trabajo antes del confinamiento para terminarla y entregarla en marzo. Fueron los días más productivos de mi vida.

² *Ibidem*.

³ Ahora estoy sentada en mi escritorio. Tengo que mirar la pantalla y los libros desparramados; tengo que encajar lo que dicen los autores fuente en un relato que me estoy inventado; agregar rigurosidad científica a intuiciones muy primarias; poner restricciones al lenguaje natural usando mil barroquismos para explicar una idea simplísima. Juro que me esfuerzo muchísimo.

⁴ A los quince días de cuarentena, me di cuenta de que no iba a poder rendir la tesina quién sabe hasta cuándo. No es que me haya relajado por eso. Estos días han sido los más lúcidos de los últimos meses. Nunca me había dado cuenta de tantas cosas a la vez. De la vida y de la tesina. Casi escribo poesía en vez de tesina, no sé bien qué significa eso, pero me emociona.

⁵ La escritura académica es una práctica solitaria: solitaria, introspectiva y oscura. Escribir mi tesina es, un poco, sumar encierro a otro encierro.

⁶ ¿En serio Raymond, inventaste una estructura para tratar de entender a los grupos de amigos que se juntan a organizar delirios, movidos únicamente por el amor y el deseo? Yo también quiero entender a mis amigos y muero de ganas de juntarme con ellos.

⁷ Querido Freud: cuando termine este texto, se lo voy a mandar a mi director de tesina. Será una confesión.

Métricas en intimidad



La fiambrería de la cuarentena: de cómo los fantasmas de los antepasados, todos nuestros muertos, nos visitan durante el aislamiento

Por Pablo Bilsky

En el mudo vacío, mellado por el tiempo.
Por dar tanto poder al silencio, vienen los muertos.

Aparecen, así nomás, los muertos.

Abuelos idos, madres, padres, tíos.

Y nadie tuvo miedo.

Fue como recibir visitas, en plena cuarentena,
sentirse acompañados
sin violar restricciones.

Los muertos no cuentan como cuerpos.

No están en el mundo de las distancias.

(...)

Pero los muertos, tan delicados,
tan especiales sus modos, sus movimientos,
no ofrecieron sorpresas ni secretos.

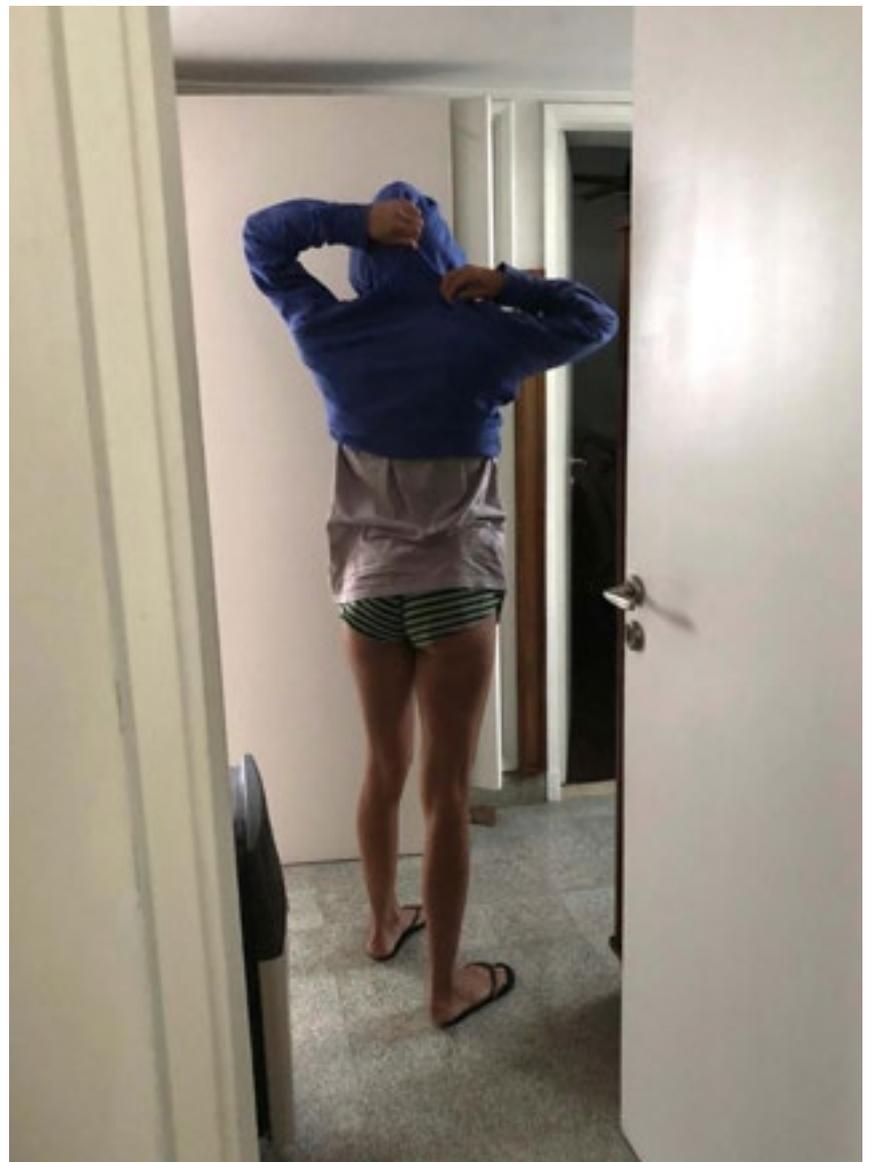
Ni historias metafísicas.

Ni nada que pudiese siquiera entretener
a gente en cuarentena.

Por el contrario, semejante fiambrería,
más densa que la pasta ya densa del encierro,

nos hizo padecer aburrimiento.
Más allá de algún aura, una pasajera palidez,
padecemos la abulia,
la tensión vergonzante
de la frívola conversa.
Lo bobo,
la cháchara idiota sobre chismes de TV
y los lugares comunes
más garroteados entre nosotros, los vivos.
Una gilada la charla con fantasmas.
Preguntas chirles.
Repetir clichés publicitarios.
Abuelas magnas, adustas,
con sus vestidos de hace siglos
hablando de WhatsApp,
de memes coreanas y de aplicaciones.
Imitaba youtubers la nona.
Señores muertos hace décadas, bigotudos,
poniéndose en la pose de muerto sabio
y repitiendo la vulgata gastada
de pastores infames.
Vade retro, autoayuda de coaching con gusanos.
Actitud positiva, dice el tipo,
y lleva cuarenta pirulos, gil,
en el breto de roble.
(...)
Los muertos desdeñan o desconocen
el misterio,
lo otro.

Incluso el pasado.
La muerte atonta.
Los hace giles y aburridos.
Y los trajo hasta nosotros,
para pelear por el control remoto
hablar de series
y todas esas bobadas
de las que estamos hechos
los vivos, los aburridos vivos.
Hay fiambre en cuarentena.
Y no es picada.



No sé

Por Coki de Bernardis

No sé qué es esto

No tengo ni ganas de saberlo

Extraño a mis hijas

No sé porque no estoy tocando

No tengo ganas de ver películas

La lectura es también una trampa

El mundo siempre fue horrible

La música es solo ego

Cocinar siempre fue la salida

Entre respirar y dormir prefiero dormir

El arte es artificio, es mejor no saberlo

La muerte es lo contrario al humor

Podes mantener una charla mas de un minuto por cámara en el celular?

No se puede tener miedo a la muerte, es lo único que sabemos que existe.

Tocar música para un teléfono es lo que necesitan

Esta mierda del aislamiento existe gracias a que le dijimos que si a todo lo que existía en un teléfono

viví años en un monoambiente

No se vuelve mejor de ningún lugar

El vecino es bueno cuando lo necesita

Siempre estuve angustiado

Siempre

No sé nada ni me interesa saberlo

Y, sin embargo, se mueve

Por Flor Balestra

Creo que mi casa, por estos días, es sólo un gran tablero. Nos quieren hacer creer que estamos quietos, pero no. Fue cuando arrancó este estado de suspenso, esta especie de sopor que me abalancé a él y ya no paré. Ahí dibujo, leo, dibujo, escribo, estudio, dibujo, como y pierdo el tiempo. Tal vez es mi isla adentro. Las otras, esas tiras de curvas elegantes y de brazos largos y medio chamuscadas por las quemaduras, las tengo enfrente. Mi balcón me lo dice, me señala, me lo muestra y a cómo va todo, no sé si es el río o la vida lo que fluye ahí enfrente. Pasa el agua, pasan barcos, pasan nubes. Y paso yo: una flaneire, una paseante, una andariega, una bailarina de balcón y de cornisa. Y es que necesitamos el paseo como liberación, como experiencia estética.

Exigimos pedalear y retozar y revolcarnos, tragar tierra y chupar yuyos, como fuente de alegría. Pero no se puede, por estos días. Nos han dicho.

Entonces un papel se posa en mi tablero y un brote amanece en el papel. Dibujar me hace avanzar, me pone en movimiento. El tablero es el territorio donde puedo deambular. El lápiz recorre una distancia cualquiera y me deja un registro de su noble visita. Su presencia me agrada, me inquieta, me hace preguntas. Me acerco a él y lo escucho; me agarra de la mano y sin darme cuenta van apareciendo las respuestas o algo así.

Son líneas, puntos, manchas, rayas, tramas, formas. Todo se va poniendo de acuerdo, se comunican entre sí. Susurran cositas. Hasta parece que quedo afuera de esa dimensión y yo quiero entrar. Tengo sueño, apoyo mi cabeza y me quedo dormida ahí arriba.

Ahora el papel es una superficie inmensa, un río calmo. El tablero, un planeta. El lápiz un tipo flaco y erguido, simpático como a mí me gustan. Tiene una mina adentro. Sonríen y me invitan a ir juntos a recorrer ese espacio cósmico que visito cada tanto donde un mundo fabuloso tiene lugar. Y todo se mueve ahí.

Acontece. Esto es un dibujo*

*lo que viene a continuación son algunos de mis propios mapas de ruta, de fuga. Pero los pienso dibujar y este es un formato sólo para escribir.

Lo que dije que iba a hacer y no hice en cuarentena

Por Federico Fritschi

Limpiar el interior del horno eléctrico.

Pan.

Un zoom con primos que hace tiempo no veo.

Curso on line.

Leer Aira.

Aprender a editar con Soundforge más allá del “rec”, “delete” y “guardar como”.

Respetar la rutina de ejercicios.

No comer tanto.

Concentrarme en pensamientos positivos.

Concentrarme.

Yoga para mejorar la postura.

No temer.

No beber todos los días.

No paniquear.

No agustarme.

Leer los artículos que me auto envié por Whatsapp.

Acomodar libros.

Desprenderme de las revistas que guardé para leer no se qué.

Tocar la guitarra que nos regalaron.

Intentar algo en la armónica.

Ver tutoriales para ukelele.

Digitalizar viejos TDK.

El texto sobre el disco local que me pidieron.

Colgar la hamaca paraguaya en el balcón.

Dejar de hacer listas.

Cardúmenes, cotinifolias y saquitos de mate cocido

Por Nacho Estepario

Hace 6 días no me baño. Desde ese entonces tampoco me cambié de ropa. La bata polar suele hacerme el aguante hasta septiembre. Si fumo mucha marihuana, pienso demasiado, y necesito silenciar mi cabeza, como cuando tengo sexo. Bailo pop para mover el esqueleto, es el x-1 de mi estado 24/7 horizontal. Me inyecta adrenalina, me sube el ánimo y me calma el dolor de espalda por estar todo el día acostado. Cuando hago una playlist no tomo ibuprofeno. Aprendí coreos de Beyoncé, Nicki Minaj y Rihanna (creo que quiero ser negra), aunque también metí Fergie en BEP y Bandana. Puteo si me escriben en Grindr, pero no desinstalo la aplicación. Estoy más entretenido en una nueva página que encontré con videos de mi actor porno favorito. Como en cada otoño, vuelvo a declararle el amor al mate cocido. Los saquitos usados a mi lado se van acumulando en torres de tazas encastradas, que a veces atraen amigas como hormigas, grillos y moscas. La puerta de la habitación sólo se abre cuando mi novio trae comida, lo pienso como Leonard con Virginia Woolf. Aunque esta vez no esté depresiva, reconozco, sí, una gimnasia y algunos hábitos en la soledad y el encierro: mi sueño siempre fue tener un frigobar de mesita de luz como el de Graciela Borges en La Ciénaga.

Tres rastas se me cayeron, una de cada color. Sentía que me deshojaba a medida que los colores de los días se iban desvaneciendo. Una amiga uruguaya que me las teje, tenía programado venir a Rosario en abril. En un raptó de Britney pasada, me corté a tijerazos certeros las 9 que me quedaban. El resultado fue muy similar a Cynthia, la muñeca de Angélica Pickles en los Rugrats. El distanciamiento que venía experimentando con la tecnología tuvo que reconfigurarse: aprendí a hacer videollamadas con mi madre y mi abuela, a ver vivos de mi cantante favorito, a usar WhatsApp web escaneando un código y a enviar archivos por WeTransfer; aunque al mundo de las stories en las redes me sigo negando recalcitrante, nunca en mi vida hice una.

Al patio lo atendí tanto hasta que ya no hubo más nada por hacerle, llegué a separar a mano cada gramilla del césped, recortando a este último con una tijera de escuela. Esa atención con lente macro me permitió descubrir 19 hijitos de una euphorbia cotinifolia, los transplanté en macetines a un sector que tengo dedicado a neonatología.

Me acuesto todos los días cuando amanece, como un vampiro o un licántropo. Hace semanas que no veo el sol. Cuando me tumbo a la mañana, apenas sale y está tapado por los edificios; cuando despierto ya es la hora azul. La otra mañana me cazó un rayo entre los plátanos de la plaza cuando iba por un mandado antes de acostarme. Quedé para-

lizado mirándolo fijo, como cuando era chico y lo miraba directo para que se me grabe en la sombra aun sabiendo que el encandilamiento me haría lagrimear. Se me formaron esos destellos de colores como los que en forma de curvas, círculos y polígonos aparecen en las películas cuando el Sol le pega perpendicularmente al lente y se produce un flare.

Habito la madrugada por el silencio del silencio, sepulcral. Una vez pasé en el monte más de 48 horas sin pronunciar una palabra, sentí que a mi garganta le nacían telarañas. A veces pienso que mi espacio es el silencio.

A mis mejores amigos, con quienes me comunico en lo más profundo, no les estoy pudiendo escribir mensajes; estoy experimentando por primera vez un bloqueo textual, una incapacidad para relacionarme a ellos a través de las palabras. Aun así les preparo plantas: singonios para Adriano, bromelias a Luciana, una ctenanthe setosa para Beatriz, un sangre libanesa a Lila, filodendros para Vero, boldos y aloes a Ciro, purpúreas y zebrinas para el balcón de Mau, nísperos a Alejandrina, junto a helechos y plectrantos, marantas y lazos de amor que aguardan ser repartidos en mi bicicleta cuando todo esto pase.

Al momento de anunciarse en conferencia la medida de aislamiento, elucubré sobre tres miedos personales: que le pasara algo a mi abuela, que me quedara mucho tiempo sin amor, que me quedara sin poder ir a ver al río. En esas últimas horas habilitadas fui a despedirme de él, a un sector que iba todas las noches, muy cerca de casa, la zona más calma de los pescadores nocturnos. Por primera vez en meses estaba toda la franja deshabitada, sin familias cenando, sin gente paseando, sin un solo pescador o pescadora. El tiempo que permanecí allí sucedió un fenómeno que sólo otra vez había visto, a los 5 años: decenas y decenas de peces en grandes cardúmenes saltando en simultáneo. Entrábamos a un camino de eucaliptos hasta la casa del viejo, en su patio tenía inmensos piletones como lagunas donde criaba pacús; yo agarraba una lata grande con alimento y se los tiraba, ellos de a centenas saltaban, como en alegría. Esta vez nadie les daba comida, así que desconozco el motivo, la causa. Sólo sé que eran las doce y el río quedaba sin humanos, con la luna asomando y ellos brillando y saltando entre las aguas.

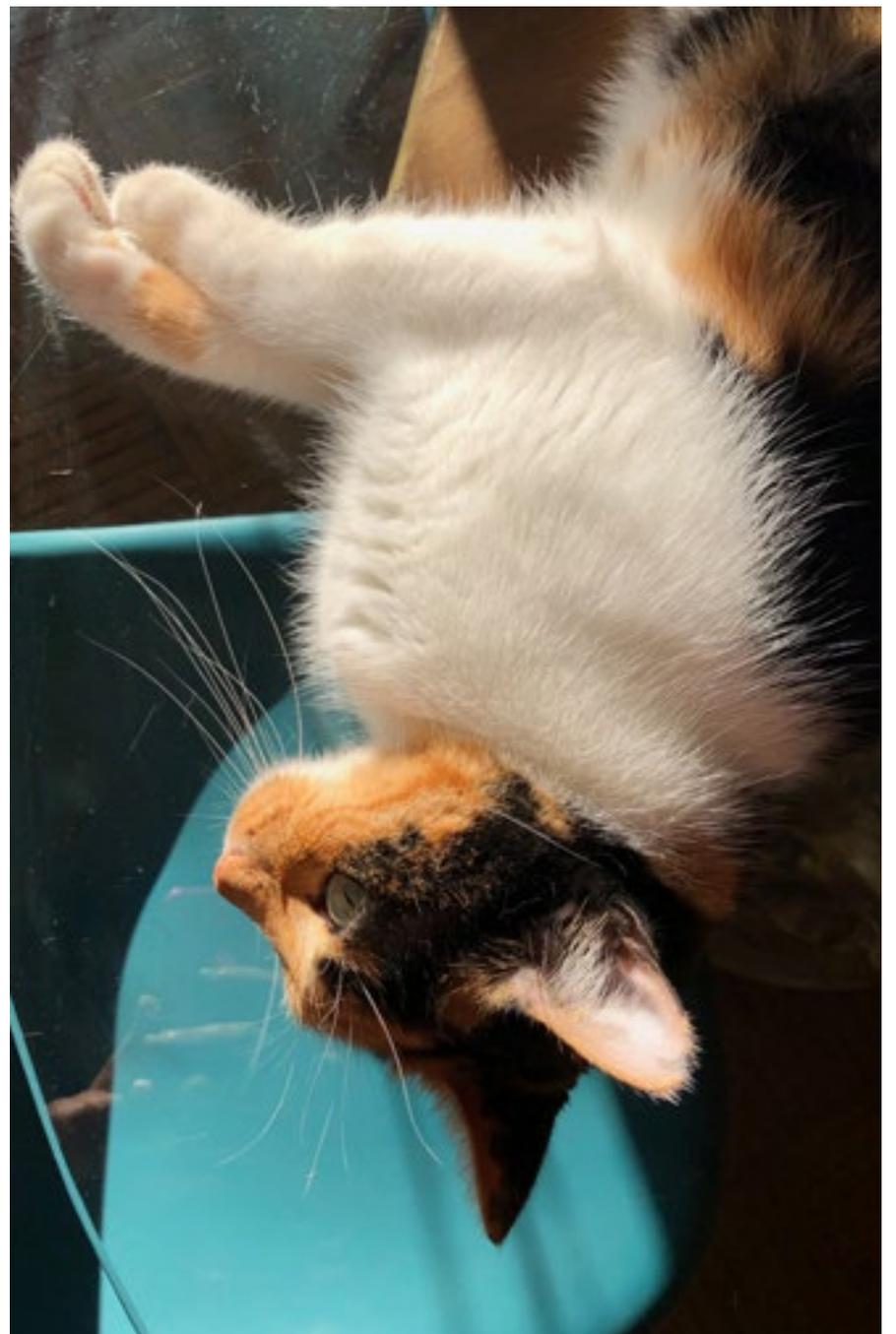
Poesía doméstica (selección 2020)

Por Virginia Negri

el valor
de hacer
lo que decís

sentir

¿sentís?



Más urgentes que nunca mis poemas.
Los escribo mientras mi hijo duerme
una siestita reparadora.
Yo debería aprovechar para descansar
pero escribo
escribo casi como si se fuera a terminar el mundo
en este lapso de tiempo que él me da
escribo como apurada
en bajar a gran velocidad una colina eterna.
Quizás en el medio pare a descansar
en una rama retorcida.
Soy un águila en picada
y al final no digo nada.
¿Tanta urgencia para qué?
¿Qué era eso tan importante
que tenías que escribir?
¿Dónde fue la Idea
que te rondaba al acecho?

¿Dónde estás poema?
Quiero descansar.

A ver si ahora se me da.

Hace bastante que escribo
un largo poema mental
el de mis días
uno simple y cotidiano.

Voy contando en versos
las impresiones de algunos ratos
donde la vida me fascina.

Todo me lo digo
con una voz suave
la voz de mis poemas.

Cada noche cuando
mi hijo hace un buen rato
que se durmió
lo dejó con su papá
y voy a la galería
a fumar un tabaco
orgánico, sin conservantes
papel de armar de cáñamo
orgánico, filtros orgánicos.

Lo enciendo y junto con él
se enciende el poema
el poema de ese día
y me recito cosas así:

Viajamos en silencio
miles de kilómetros
de a tramos cortos
todos los días, o casi todos
trece, quince... de ida y lo mismo
de vuelta.

Compartimos un silencio cómplice
nos sentimos cómodos
nuestro hijo descansa en
mi pecho
y manejás por el ripio
el sonido de las piedras en las
cubiertas hace una música hipnótica
y nuestro bebé se duerme pacíficamente
dulcemente, profundo
y nosotros aprovechamos
la complicidad del silencio.

Ahí también pienso poemas como este.

Viajamos en silencio
porque nuestro hijo duerme.
Escribo poemas mentales
donde nunca nos para la yuta.

un poema feminista
es un poema atrevido
que te da en la tecla
que te vuela la peluca

me encantaría escribir
un poema bandera feminista
y abrazarlas a todas
las travas las tortas las trans
las putitas las maomeno
todas bajo el manto del poema feminista
más sororo de la historia

que cuando alguna se sienta sola
pueda recurrir a ese poema
porque es de todas

y sienta que es para ella

que le dice:
ey chica, cerrá los ojos
descansá, bajá por un rato las armas

que acá podés respirar
y seguir dándole duro mame

soy lo que buscabas

pero me doy cuenta

de que hay algo re machista en esa idea

el poema feminista es colectivo
y lo escribimos entre todes

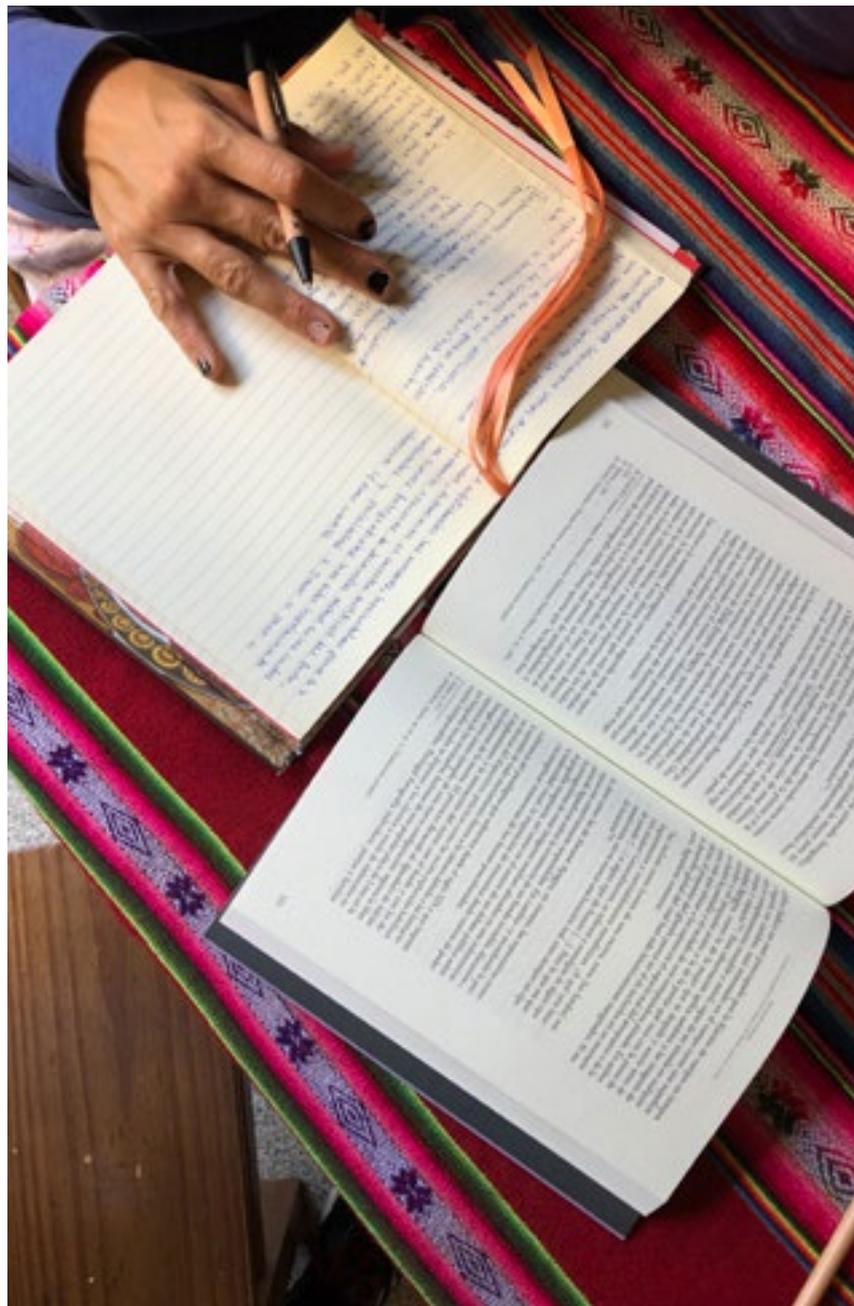


Activo vida
Activo compost
Activo kéfir
Activo masa madre
La vida autosustentable
del jardín
Elaboro alimento diariamente
para mi cría
Limpio todo lo que puedo
Voy haciendo la lenta danza
del quehacer doméstico
Algunos días lavo ropa a mano
Siempre dejo algo en remojo
semillas, granos
Del jardín junto almendras
y nueces, rosas rosadas y rojas
rococó rosadas
Estoy esperando que el limonero
desprenda los limones, el frío
va a ayudar
Crío a mi niño todos los días,
¡claro!
Siempre hay algo en remojo,
en crecimiento
La vida de la tierra no entra
en cuarentena

La pérdida de libertades

es lo que físicamente más me desvela
porque libre sooy mentalmente
Leo poemas de mis amigxs
Participo en una feria virtual de arte
Me parece re kuú?
Pero bueno tampoco me resulta horror

Fumo porro todo el día, el frasco



está bajando bastante y no llego
a cosechar más, ni siquiera planté.
Hoy no compramos cerveza, ni sidra,
no hay alcohol.
Por redes se despliega la creatividad
y qué decir de la vida en casa.
No sé, por momentos mareada
pero sigo mi danza doméstica
de aquí y allá.
A veces prendo sahúmos de plantas
que coseché, lavanda y romero de la casa
de mi abuela
(pienso mucho en ella, 97).
A veces pienso mucho en todo
y siento que la mente explota.
¡Qué afortunada soy! ¡Lo sé!
En este estado de emergencia
puedo sostener, a veces, la calma.
Mi patio es el pulmón
por donde respiro.

La frase del año

“cuando todo esto pase”
escrita mil veces.
Lo lamento, ya no sucederá,
simplemente no vamos a volver
a ser nunca esa humanidad.
Qué hacemos ante un acontecimiento histórico
cuando nos sucede colectivamente,
qué puedo decir yo
con esta vida
tan chiquitita y tan doméstica.
Este entrenamiento
en la quietud y el silencio
en el que por propia voluntad
decidí estar,
cuando afuera todo se deshace.
¿Será suficiente para mí?
Cuando todo esto pase
ya no seremos
les que fuimos.
¿Dónde queda la intimidad
en la era de las redes sociales?
La tangencia real de
los vínculos es
¿hasta dónde?

Silencios llenos de preguntas
deseosos de empaparse
de lo mejor que podés ser
después de que todo esto pase

y perdamos la cáscara
y dejemos el capullo
para ser las mejores versiones de
nosotres mismos.
Estamos aprendiendo a escucharnos
desde el corazón
más puro y vulnerable.

Qué podría yo
desde este jardín amigue
con mi niño que corre
juega a su vida
me vuelve loca
la danza cotidiana
de la poesía doméstica
esa que me sostiene
y despacito me dice
frases sueltas
de poemas tontos
frases para poemas
que no tienen forma
ni principio
ni
final.

A veces el vértigo
me deja inmutable.
Observo toda esta abundancia
y tengo

como ahora este pequeño momento
de silencio y quietud
para escribir
diciéndome
que todo va a salir perfecto.



¿Dormiste anoche?

Por David Nahon

¿Dormiste anoche? ¿Dormiste las últimas tres noches? ¿Pudiste llorar? Aceptá la resistencia. Acepta que tu mente necesita dejarte ir. Cerrá los ojos. Sos todas las voces que escuchás en tu cabeza. Te da miedo morir, pero ya moriste varias veces y ni te enteraste. Tu camino es de muchas habilidades que algunos consideran antinaturales. ¿Sos capaz de dar algo además que excusas? Necesitas detener lo que se aproxima, son malas noticias. Tenías razón, vienen por vos. Tus ideales son pacíficos pero tu historia es violenta. Leíste que, por primera vez en la historia, las personas de 65 años o más superan en número a los niños menores de cinco años. Que la tasa de natalidad está decreciendo y la expectativa de vida es cada vez mayor. Te alegró pensar que la Humanidad está envejeciendo. Un mes después apareció un virus que mata, sobre todo, a personas mayores de 65 años y te frustró, querías ser parte de una raza en extinción. Querías saber cómo iba a ser la próxima evolución, de dónde saldría la nueva raza que habite el planeta. Querías que la Humanidad se termine antes que el planeta.

Estás en la Tierra. Hay árboles, aves. Cuando puedas salir vas a construir una casa en un árbol. Vas a vivir y a morir en este planeta hermoso y luego todo va a continuar sin vos. Esa pequeña épica humana te resulta insoportable. Te sentís obligado a actuar en contra de la naturaleza. En contra de Dios. Otro hijo que busca a su padre. Otro hijo que la tristeza lo amenaza con no irse, si descubre que está solo. Claro que estamos solos, pero a vos te da ansiedad estar sin mapa en la Tierra.

Tu puerta está siempre abierta pero tu enojo es tan ancho que no sale. Sos más chico que el mundo del que hablás cuando escribís. Sos más joven que las ideas en tus canciones que ni vos mismo escuchas. Sos más viejo que la intensidad que no sabés de dónde viene y te parte, por lo menos, en dos. Si pudieras, lo dejarías ir. Sin rebelarte, sin aislarte. La vergüenza no cubre la culpa, sentís culpa porque no te animas a sentir deseo. La noche te trae una canción con la luz encendida, una canción de tres o cuatro acordes muy sencilla de interpretar. Vos podés verlos, pero ellos a no. Te delatan cosas muy pequeñas. Pensamientos imprudentes, despertarte a las 3 de la mañana lleno de miedo, sentirte hace tantos años lejos de casa, de una casa que no existe más. Pensás tanto en el futuro que lo haces presente. El porvenir es un bote al que no te subís, pero tampoco dejás a la deriva.

El peligro es diferente al miedo. Practicás cosas que salen mal todo el tiempo. Mejoras día a día tu papel de héroe trágico. Empeoras tu rol de hijo. Tu padre te dice ben, que significa hijo de en hebreo. Hay pocas posibilidades de que vuelvas a verlo, está lejos, el mundo está enfermo y todavía no hay cura para esa enfermedad. El mundo cambió, ni siquiera se parece al mundo. Vas a tener que elegir qué tipo de hombre querés ser ahora.

Los océanos se limpiaron, la atmósfera también. Los animales cruzan la tierra. Las aves organizan distinto su vuelo entre los edificios. A veces solo se escuchan perros, los seres humanos estamos en silencio y una vez al día aplaudimos. Hacemos ruido para saber que continuamos vivos. Los restaurantes están cerrados. El Papa absuelve a la Humanidad en una plaza vacía. Dios eventualmente no está entre nosotros.

Todos saben que la guerra empezó y perdieron los buenos. Que la pelea estaba arreglada y los pobres siguen siendo pobres y los ricos se hacen más ricos. Que el barco estaba haciendo agua y el capitán mintió rompiéndote el corazón, hiriendo tus sentimientos. Fuiste discreto, pero todos saben quién sos y que haces. La plaga está llegando, se mueve rápido. Pronto los hombres y las mujeres vamos a brillar como un recuerdo en la oscuridad del pasado. La escena transgredió y reveló por todo lo que pasaste. Sos demasiado viejo para morir joven. Tratás pero no podes porque tratás pero no querés.

Tu cuerpo se inclina, tu cabeza se pone alerta. Tus oídos también. Es un silencio insomne. Inmovil. Tu vigilia es una puerta, una continuidad en el silencio que no deja rastros. Esta noche, la próxima. Todas iguales. Los niños se duermen, las luces se apagan y llega el silencio. El cuerpo cansado teme al silencio porque revela que no vas a dormir. La congoja de aguardar que llegue el descanso que no llega nunca. Tu noche es indigna, humillante. Vos sos el silencio. Un libro, otro. Llegan los pájaros de la mañana. No entras al sueño nunca. La oscuridad se va y llega la luz para ignorarte como te ignoran las estrellas de noche. Nada más te miran despierto, escuchan los sonidos de tu corazón en el vasto silencio de la noche. El fin de esa afonía es la luz de la aurora.

Esta es tu casa, la construiste con dolor en una época de esperanza y conflicto. De promesa de progreso. Queres sentirte fuerte y pensar que las cosas pasan por una razón. ¿Te sentís preparado? Estás calmado, sereno. Dormiste bien. Te concentras en lo esencial excluyendo todo lo demás. Tomas decisiones prácticas, no te dejas distraer. No le permitís a tu mente meterse donde siempre. No vas a depender de nada ni de nadie. No vas a ser vulnerable. Te ves a vos mismo desde afuera y sonreís. Te gustás, pones tu mejor cara. Sentirte bien es una actuación que ensayaste un montón de veces. La vista al frente, los ojos en la salida. Ojalá tengas suerte porque no tenés otra cosa.

Otoño 2020

A veces, el amor

Por Belén Campero

Mi tía Chiche era la menor de tres varones, vivía en la casa familiar, cuidaba tiempo completo de su madre, mi bisabuela, que estaba postrada en una cama y no hacía más que gritar desde su habitación: Yegua, me cago en dios; una y otra vez, para pedir o decir algo.

Nosotras íbamos a visitarlas todos los fines de semana.

La tía Chiche arrastraba los pies, tenía juanetes, las uñas largas, usaba chancletas de lánilla con medias de muselina. Yo miraba su cuerpo, parecía dibujado, cintura pequeña y pechos grandes, erguidos, las piernas largas con pantorrillas musculosas. La tía Chiche era sorda, se ponía las manos atrás de las orejas y con un movimiento brusco fruncía los ojos y el entrecejo para escuchar mejor. Igual, siempre nos hacía repetir lo que habíamos dicho.

Una tarde, me acuerdo bien, la espí, ella estaba cantando en la cocina mientras preparaba limonada y té, siempre hacía té, era el único que yo tomaba. No sé si era por la miel o las gotitas de limón, pero me gustaba. No se entendía lo que cantaba, pero le salía hermoso, parecía poseída, la voz venía de su genitalidad, afinada, profunda, se me hacen presentes los sonidos de la i, limpia, como salida de un tubo y esa u, honda y solemne.

Me quedé quieta atrás de la puerta para que no me viera, no quería que dejara de cantar, cuando se dio vuelta, la miré, tenía los ojos verdes cristalinos, parecía haber llorado, el rictus de la cara se había vuelto firme; en esa mirada conocí el significado de la distancia. La casa tenía dos ingresos, de un lado, la habitación del piano y del otro el garaje, desde ahí se entraba a la cocina. La tía Chiche no tenía auto, nadie en la casa tenía, pero ese lugar no podía usarse, como tampoco el living que tenía los muebles y los sillones cubiertos con sábanas. En la planta alta, se conservaba intacta la oficina de la ferretería industrial, un negocio familiar que se fundió en la época de Martínez de Hoz. Pilas de facturas, talonarios de pedidos, archiveros, remitos, una caja registradora, todo apuntaba a una ventana ojo de pez que daba a la calle. Pasábamos horas en ese lugar con mis hermanas, la tía Chiche no subía. Yo me llevaba papeles a escondidas para seguir jugando en casa. Nada de lo que estaba ahí podía terminarse.

La tía Chiche era profesora de Bellas Artes, desde la cocina se veía el limonero del patio de atrás y su atelier, al lado de la Santa Rita, una sola vez abrió la puerta adelante mío, había cuadros, pinturas de flores y los pinceles estaban adentro de una lata de duraznos en almíbar.

En la época en la que la tía Chiche iba los viernes a las galas del teatro el Círculo, nos quedábamos con mi mamá a cuidar de mi bisabuela. Cuando la tía Chiche salía yo la espiaba hasta que llegaba a la esquina.

Mi bisabuela gritaba todo el tiempo, la tía Chiche la vestía, la peinaba y con un trapo húmedo la limpiaba varias veces al día. Se paraba al lado de su cama, con la taza de leche en la mano y con un vaivén automático, que iba de la boca de la madre al plato, miraba el techo. Apenas salía de la habitación la volvía a llamar: Yegua, me cago en dios o en vos, sonaba igual.

Cuando mi bisabuela murió, la tía Chiche tendría sesenta años, quizás menos. Desde ese día y hasta su propia muerte no salió de su casa. Una vecina le hacía las compras, el hermano los trámites. La tía Chiche caminaba usando el palo de un secador de piso como bastón. Ese palo era también la medida que la separaba de la calle, conocía la distancia y, a veces, con la punta más angosta del palo corría el pestillo de la ventana de la puerta y miraba afuera.

Desde hace un mes, repito el ritual, me siento sola en la cocina de mi casa, preparo té con limón y miel, miro la ampelopsis del patio enredada en la ventana y me acuerdo de ella que supo, como los caracoles en épocas de sequía, refugiarse en sí misma hasta que todo estuviera bien.



Las capas del habla

Por Tomás Boasso

El ventilador dice Zamarini
Zamarini Zamarini Zamarini
Zamarini Zamarini Zamarini
Concejal Zamarini
presente en mi inconsciente.

Cada día ofrece su clave
en la escuela de una palabra,
y si el artefacto dice network
network network network
dice network y qué más?

De la velocidad veo que depende
los vocablos que aparecen, vocablos de dos
tres, como mucho cuatro, sílabas te hablo
vocablos depende de cómo ande uno
o una de oído escuchará
las diferentes capas del habla
encriptada del ventilador encriptado
ante el que hay que focalizar
para poder percibir.

Y pasan cosas hermosas
como aquel día que escuché Raquel
Raquel Raquel Raquel
Raquel Raquel y el Raquel

se transformó en genia
genia genia genia
Raquel Raquel genia
genia Raquel Raquel genia
genia genia Raquel
las dos capas del ventilador
(la capa Raquel y la capa genia)
remixaban una verdad tamaño bosque
porque qué genia que sos Raquel
te acordás de aquellas tardes en tu casa?
qué genial que la pasábamos
en el rincón tuyo y de tus hijos
de tu perrito y el patio color merengue
merengue no puedo pensar
merengue merengue
quiero pensar pero no puedo
profundizar con el pensamiento
con el pensamiento no se puede
merengue intelectual
intelectual merengue
Mabel Gladys Raquel
mismo tipo de nombre
se terminan de confundir
en la noche del ventilador
y ya estoy para otra cosa.

Este asiento que para escribir me queda alto
es un banquito para tocar el piano
pero sin tocar el piano me siento

a escribir desde este banco de tocador
de piano, pianista, piensista, pensador
merengue intelectual pensador
mismo tipo de nombre se mide por generación
yo te diría que los nombres son lo más real de una generación
lo que más identifica a esa masa de gente que se agrupa
por edad por edad por edad
por edad por edad
por edad en general se agrupan
los grados en la escuela, las amistades
los años de trabajo, la jubilación
los riesgos
desde Grecia Antigua que por edad
por edad y por edad
había 3 clases de hombres
guerrero, político y filósofo
las mujeres, las niñas y los niños, los esclavos
no contaban, no servían para el fin
que era el poder y el gobierno
fíjate lo dice Aristóteles, bien claro
claro que bien lo tenés incorporado
y bue, es un problemón
hay todo un sistema que banca
al hombre adulto
y lo que sigue sería obvio
para decirlo en un poema
porque se hasta pensó
que hay cosas que por obvias
en poemas no se ponen

cuando alguien vea de lejos estos tiempos
vamos a ser vistos como parte
de la misma época, el mismo período
que Grecia Antigua tal vez su final
qué cambió en fondo? Yo creo
que solo la velocidad que nos desploma
el mármol todavía nos rodea
y el ventilador ventila bardo
bardo bardo bardo
bardo bardo bardo dice bardo
el ventilador dice
bardo duro como el mármol
ahora todos adentro! si el precio
que se le pone a los bienes
de consumo fuera real
todo se basa en su ficción
un bien de consumo es cualquier cosa
a la que se designe como bien de consumo
hasta les han puesto precio a las piedras
al agua y a ideas y hay escalas
para todo y te digo por qué
porque el título vale más que el diploma
el diploma vale más que el certificado
el certificado vale más que el documento
el documento vale más que tu identidad
y tomá, se te cayó la gorra
que te envuelve botón.

Entonces no perderemos

nada con involucrarnos
modificar las letras, o sea
convirtiendo bardo en Edgar
y de general a particular
y de lo público a lo privado
a través de la escritura como portal viaje
muy fácilmente a Edgar
porque es mi tío, tío Edgar
que me enseñó a mirar a las estrellas
sentados en el campo desde reposeras
las estrellas se ubicaban y él me señalaba
los nombres de las constelaciones
pero en medio de eso tiraba data
de otras cosas como ingeniería, química,
qué sé yo, literatura... en definitiva,
una locura, un tío de verdad que un día se fue
ahí me di cuenta que aquí lo subestimaban
salvo mi tía Mariela que era quien lo amaba
quien lo sigue amando para atenerme a la verdad
y yo cuento esto no sé porqué
pero acabo de mudarme y hace mucho no escribía
además lo vi hace poco porque está
acá de vuelta y vive
acá a la vuelta y ha pasado
tiempo, tiempo medido en el largo de un cabello, el cabello
que siempre tiene razón, lleno de razones como caballos
y yo reposaría mi frente sobre la G de la grúa
que forman mi mano, el antebrazo y el codo
y qué certezas se abalanzarían? Mi hijo

tiene una confianza hacia mí descomunal
se tira sabiendo que con los brazos voy a atajarlo
y lo amortiguaré, será porque ando hace días
por la casa con la casaca de arquero
del patón guzmán que el patón guzmán
le regaló a mi hermano y que mi hermano
me regaló a mí y que en esta cuarentena
no me saco ni pa dormir,
el resto de las cosas
con una leve capa de polvo
se olvidaron entre sí
las zapatillas una al lado de la otra
miran para diferentes lados
puedo también puedo
hacerlas a un lado
a un lado como a problemas
a un lado a un lado a un lado
fuera de la puerta y me olvido
aunque sea por un rato
a un lado aislado a un lado
aislado a un lado aislado
porque sé que están ahí.

Pasó que con la llegada del otoño
el ventilador enmudeció
y los días entraron y ni una palabra más, ni un brillo
la voz de mi inconsciente silenció su modo visible
y la burbuja del silencio se acomodó en el aislamiento,
la puerta pensará que me enojé con ella

y ya no quiero ni tocarla
la biblioteca con sus pulmones llenos
ya no me extraña,
los auriculares se aferraron
a mi cabeza como araña o estrella de mar.

Lo bueno es que hoy
calentando unas tostadas
apareció la voz
del reloj del hornito eléctrico
para envolverme con su manto
de tres claras sílabas
luz-men-tal
luz-men-tal
entonces ahora
luz mental
luz mental
un rayo entra por el ventanal
luz mental
luz mental
un rayo entra por el ventanal
luz mental
luz mental
y un rayo entra
luz mental
luz mental
y un rayo
entra.

Tormenta sobre la costa ¹

Por Rafael Ielpi

¿Diré acaso que toda contemplación es fuego,
que todo perdura bajo estos árboles
arteros? ¿A quién legar mi porción de inesperado
fragor, a quién restituir una pureza
inútil? Las nubes deslizan su parábola,
grises como la ociosidad de esta tarde,
detrás, más lejos, detrás de la paciencia
y el desamor casi salvaje de enero.
Tormenta que no purifica,
lluvias que detendrán el verano,
una cierta morosidad nos hace cómplices
y todos vemos cómo declina este tiempo
que anuncia el agua. Ahora detenido,
ahora solo, frente a esta costa inocente,
¿valdrá de mí el insensato deleite, la no esgrimida pasión?
Cerrándose, marchándose, hijas de su propio deleite,
las nubes han desaparecido y fugado.
Detrás de este desamparado,
ahora definitivamente inocente paisaje,
la costa es apenas una sensación de infinito
devolviéndome, ¿por qué no? a la mentira,
a la incandescente terquedad de la vida.

¹ Poema del libro El vicio absoluto – Poemas 1958 1965 (Editorial Biblioteca, 1968)

Forma parte del presente volumen el ensayo fotográfico *Me cuidan mis amigas* de la autora Virginia Molinari, y nos cuenta lo siguiente: -Un día, antes de que decreten la cuarentena, caminé hasta el río y me despedí. Fui hasta mi colina favorita de la ciudad y no había nadie. –

Marzo abril 2020

ISBN 978-987-27972-3-2



9 789872 797232